

COLECCION
— DE —
MARIA GUADALUPE CARTAGENA

Publicadas

“LA PERLA DE LAS ANTILLAS”

En preparación

“NOBLEZA DE ALMA”

MARIA GUADALUPE CARTAGENA

LA PERLA
DE LAS
ANTILLAS

NOVELA HISTORICA

SAN SALVADOR

1927

Imprenta "La Salvadoreña"



ASOCIACION
DE EL SALVADOR

4343

63-29,265

13
22p
227
21
21

NO65755

DEDICATORIA

Al Excelentísimo señor ex-Presidente de la República
de El Salvador, Doctor don Alfonso Quiñónez Molina:
como un homenaje de la

AUTORA

San Salvador,—1927

PALABRAS DE LA AUTORA

Cuando en 1924, de paso para New York tuve la suerte de quedarme por algunos días en la Habana, capital de Cuba, admirando la hermosura del paisaje y la esplendidez de toda la ciudad en todo su conjunto, concebí la idea de escribir este libro manifestando mis impresiones; y el cual he bautizado con el sugestivo título de «La Perla de las Antillas».

María Guadalupe Cartagena.

563.
C 322 P
SIV

I. 034343

IMPRESIONES DE VIAJE

ATARDECER

En alta mar: el barco rodeado de clara y cristalina agua, dejando a su paso la blanca espuma de su estela. Por dondequiera que se extiende la vista se abarca un bellísimo panorama. La tarde espléndida. El sol, en el ocaso, difunde su última luz sobre el agua marina y aquellas costas que se ven allá a lo lejos dibujar su arqueada silueta sobre el firmamento embellecido por la luz del disco dorado que va cubriéndose por las nubes matizadas por los colores más bellos del arco iris. Se acerca la noche y cambia el paisaje; el amplio firmamento se cubre por un manto negro y van apareciendo las estrellas cual mariposas de luz, ráfagas de viento embalsamado de las plantas silvestres de la costa y aparece en lontananza la pálida y delicada faz de la luna, que con su luz bienhechora invita a las confidencias y al éxtasis de grandeza, de mansedumbre, de belleza y de espiritualidad.

Las parejas diseminadas en la cubierta del barco: unas dedicando su atención a la música o al baile y otras admirando la belleza agreste de las costas tropicales. La juventud, ávida de felicidad y de alegrías se entrega a la danza luciendo su apocatura en pasos rítmicos, al compás de las notas alegres y vivaces del jazz.

¡Qué despertar más agradable! ¡El barco anclado al muelle de La Perla de las Antillas!. ¡Qué deliciosa llegada! ¡Hermosos trasatlánticos, infinidad de barcos de carga, cientos de barcos pesqueros, una flotilla de lanchas transportadoras de mercadería, y a cada momento se dejan oír las sirenas de los buques que entran y salen del puerto. El muelle grande y amplio,—algunas veces insuficiente para tanto movimiento,—ir y venir de camiones, automóviles y toda clase de vehículos, miles de trabajadores en movimiento constante, trabajando honradamente para ganarse el pan, en un trabajo rudo y áspero como es el de los muelles, el trañín diario, cargar y descargar, constante chirrido de la cadena pendiente como una serpiente de hierro, expuestas las vidas a cada momento. ¡Es duro ganarse la vida de esa manera, al terminar el día, cuando empieza a teñir la noche, cuando llega la hora del descanso! El húmedo viento salado que sopla del mar y el agua que murmura debajo del ancho muelle, mantiene las lanchas en continuo cabeceo,—embarcaciones chatas, negras y grandes. Las olas mueven pausadamente estos pesados maderos conductores de grandes fardos.

La mañana tibia y agradable, el sol que comienza a derramar sus cálidos rayos, se abre paso en medio de las nubes semi-rosadas, para teñir de fúlgidos colores el agua que, deshecha en espumantes olas, va a morir sobre las blancas piedras de la playa, donde en otro tiempo hubo grandes edificios construídos a la orilla del agua, al estilo de la bella Venecia.

Flotaba en el ambiente una fragancia como de flores recién cortadas. Posee la Habana, (capital de Cuba, la «Perla del Atlántico» como la llaman) grandes edificios, bellísimos paseos, lindos y extensos parques, calles anchas y bien delineadas, sun-

La Perla de las Antillas

tuosos almacenes, magníficos teatros, elegantes residencias, una bien organizada policía,—tanto la del tráfico como la de línea,—muchas y muy bien establecidas casas de Beneficencia, una de ellas, El Centro de Dependientes, sostiene un Hospital, sito en el centro de la ciudad, que posee grandes pabellones para cada enfermedad, extensos jardines para la expansión de los enfermos, asistidos por buenos médicos y cariñosas enfermeras; una bien provista biblioteca para solaz de aquellos pobres enfermos; Grandes Centrales, como llaman a los ingenios de azúcar; buenos beneficios de café, gran cantidad de frutas y toda clase de cereales, magníficas plantaciones de tabaco, el agradable y aromático tabaco habanero, tan estimado en Norte América y toda Europa. Cuba entera es muy rica y muy bella; su clima es agradable, la vida que allí se hace es simpática y alegre. Cuba es rica por sus cerebros, por sus tierras, y por sus capitales. Cuba ha producido grandes talentos, políticos y científicos que han figurado en Norte América y Europa; así mismo muchos magnates de la bolsa. Cuba es deliciosa por sus mujeres. ¿Deseais ver una mujer bella?, id a la Habana. Las habaneras son bellas en la extensión de la palabra; bellas con una belleza tropical; tienen una gracia incomparable, una simpatía inexplicable, poseen un cutis ambarino, la piel fresca y aterciopelada como una fruta madura o hecha de pétalos de rosa. Sus ojos de un negro intenso y de una belleza sin igual, de un mirar tierno y acariciador, ojos húmedos y amorosos, ojos que su mirada penetra hasta el fondo de nuestras almas como dardos, ojos que despiden reflejos de luz y de mirar de fuego. Sus cabelleras negras o bronceadas, sedosas y perfumadas, de graciosas ondulaciones, se enrollan sobre su linda cabeza como serpientes; cabelleras espléndidas de reflejos leonados, o melenitas arregladas según la moda.

La mujer habanera, es sensitiva, graciosa, atrayente y seductora. La mayor parte de ellas de una estatura regular, cuerpos bellos y proporcionados, de una belleza estatuaria, que pueden competir con los más bellos modelos dignos de un cincel. Es la habanera una de las pocas, que poseen el don de atraer y de trastornar los cerebros mejor equilibrados, y dar vida y comunicar su fuego a un corazón de roca. Es inteligente, positiva, y financiera; en su corazón hay mucha música y poesía.

La Habana es en una palabra, una ciudad encantadora. Con frecuencia es visitada por muchos millonarios americanos y elegantes europeos que desean variar un poco su vida en los diferentes países del globo.

La Habana tiene bellísimos alrededores. Siguiendo la calle que nos lleva a Marianao ¡qué de paisajes, de un verde intenso, matizados con los colores vivos y alegres de las flores! Bordea este encantador camino varios hotelitos y chalets de gente elegante; rodeados de extensos y bien cuidados jardines: bandadas de pajarillos multicolores que con su deliciosa música alegran el paisaje. En los parterres o terrazas de esas residencias se ven encantadoras mujeres y lindos chiquitines que corretean por los inmensos prados, ya jugando, o charlando, con esa encantadora jerga que hace la gracia en los niños, y es la alegría de las madres.

En este encantador paseo se ve allá, sobre la colina, el magnífico Cabaret Tut-Ank-Amen que luce gallardamente su elegante silueta, recortando sobre el lapis-lázuli del firmamento las muchas torrecillas de su admirable estructura. Este es el Templo de la danza y de la Música, en donde se dan cita mujeres lindas y elegantés, y apuestos y ricos caballeros. Este regio edificio bellamente decorado, y alumbrado por miles de foquitos eléc-

La Perla de las Antillas

tricos y de cambiantes colores, le dan una gracia seductora. A sus pies se extiende una inmensa sábana cubierta por exuberante vegetación, que lo separa de los demás edificios de las cercanías. Este lugar de expansión es delicioso, tanto en la hora vespéral como ya entrada la noche, cuando el disco de la luna derrama su bellísima luz sobre esta tierra de promisión.

I

En busca de millones

Habana 1924.—Era una tarde fresca y deliciosa. Del mar soplaba una brisa agradable. El elegante paseo del Malecón adonde con gran ruido van a golpear las espumosas olas, se encontraba bastante concurrido. Recostado muellemente sobre los cojines de un elegante automóvil, un joven sumamente elegante, en traje de verano, de facciones correctas y distinguidos ademanes. Alto, un poco empacado sin ser gordo, de ojos pardos, de mirada algunas veces penetrante y otras agradable, hasta soñadora; de sonrisa atrayente, el cabello negro como ala de cuervo, ondulado y sedoso; usaba patillas que daban a su semblante mucha apostura, llevaba entre los labios un cigarrillo y miraba distraídamente hacia el mar. Mandó parar su carro y se quedó viendo con ojos tristes y somnolientos las espirales de humo que dejara un barco al salir del puerto. En ese preciso momento pasa por su lado en su elegante Rolls-Roice la lindísima cubana Gladys Wollson, hija del millonario Wollson, un americano que vino pobre y aquí, a fuerza de privaciones, logró a la vuelta de quince años, tener un capital de diez o doce millones de dollars. Como a los cinco años de estar en la Habana casó con una señorita de

La Perla de las Antillas

la ciudad, que poseía una casa y una pequeña finca en las inmediaciones de Camaguëy. La esposa llamábase Ana y él Albert; de este matrimonio no hubo más que una hija a la cual pusieron el nombre de Gladys en recuerdo de la madre de Albert. Esta pequeña no tenía más que una tía, hermana de su madre. Dos años después del nacimiento de Gladys, Ana, la esposa de Albert cogió una pulmonía que la llevó al sepulcro. Después de muerta su esposa, Albert se dedicó a trabajar con ahinco para los gastos de su hijita, su único consuelo. Mandó traer a la hermana de Ana y la estableció en su casa donde nada le haría falta y con la única ocupación de cuidar a la pequeña Gladys. La chiquilla creció y se desarrolló sana y hermosa, y era la delicia de todo el vecindario, quienes la querían y mimaban pues era una criatura sumamente buena, cariñosa y bella. Todos los días, cuando su padre regresaba de sus labores, salía la pequeña a recibirlo y graciosamente le echaba los blancos bracitos al cuello y después se sentaba sobre sus rodillas y empezaba a charlar, con su bocecita cristalina y a reír de las gracias que Albert le hacía. Después de cenar, el padre llevaba a su nena a su blanca camita rezando una oración a la Virgen y se dormía profundamente. Vivían en una casita blanca y clara, en un barrio no muy elegante; tenía un jardincillo donde la graciosa criatura pasaba las más felices horas. La pequeña con su charla y su risa argentina hacía la alegría de su padre que la adoraba y de su tía Luisa que también la quería mucho, tanto como su padre. Gladys desde muy pequeña tuvo profesores de todas las materias, y viendo que era muy estudiosa y teniendo tanta vocación por los idiomas y la música, cuando llegó a los diez años dispuso Mr. Wollosson (como allí lo llamaban) mandarla a Europa, y pocas semanas después salió para Londres con su pequeña como cariñosamente la llamaba. La

despedida fué sumamente triste, la tía Luisa lloró y relloró a su amadísima Gladys. La chiquilla también sufrió bastante, pues amaba como a una madre a su tía, diminutivo cariñoso con que llamaba a su segunda mamá. Sufrió por tener que dejar sus flores que con tanto esmero cuidara, por dejar a sus amiguitas, a su perrito tan querido, —un Bulldogg,—por dejar su casita blanca y clara, donde corrieron sus primeros años, y aquella galería donde recibía sus clases y todas las tardes veía ponerse el sol que tanto agradaba ver, y con quien según ella ya eran amigos puesto que todos los días le enviaba los cálidos rayos que ella con tanto gusto recibía.

Luego regresó el padre, pues sus negocios lo llamaban aquí. Aunque todavía joven Albert, con la separación de su hija que era la alegría de su vida, se sintió decaer, y sólo cuando la tía Luisa le hablaba de su querida Gladys, se sentía renacer y se entregaba con más empeño al trabajo.

Quería que su hijita recibiera una magnífica educación, quería que no le hiciera falta nada; que fuera dichosa, atendida, respetada y que más tarde tuviera un porvenir y que contrajese un buen matrimonio. Cuando terminara su educación la llevaría a Norte-América y se la presentaría a su padre y a su hermano, que eran los únicos parientes que él tenía, pues su madre murió de pena y sentimiento al venirse su hijo predilecto a Cuba a un país de salvajes como ellos creían, un país de sólo fieras. Albert tenía una novia que jamás agradó a sus padres, porque era una bailarina de un Chap-suey; y cuando dijo una mañana Albert a sus padres, que aunque ellos no quisieran él casaría con la novia que tenía, fué un gran disgusto para la familia, y la pobre madre sufrió horriblemente, cuando su esposo, el viejo Wollson dijo a su hijo mayor: «Sal ya de mi casa y que jamás sepa yo de tí. Nunca vayas a intentar pasar los umbra-

La Perla de las Antillas

les de mi casa porque te mataré; prefiero ver tu cadáver antes que verte casado con esa mujer.» Albert se arrodilló a los pies de su madre y allí triste y apenado lloró; después se volvió a su padre que ni aun la mano quiso darle, y el muchacho al ver aquella actitud se despidió de su hermano menor y que se llamaba William, y ya en el umbral de la puerta se volvió y dijo a su padre con una entonación de tristeza pero decidida: «No me casaré con Betty, pero me voy a un país de donde Uds. jamás sabrán de mí, y me voy para no volver mientras tenga vida». Y bebiéndose las lágrimas y andándosele la voz en la garganta, salió de su casa, en donde dejaba en una desolación grande a su pobre madre, que desde la partida de éste se pasa los días en silencio y rezando por el hijo ausente que tan luego los abandonara y al que no puede ver ni escribir aunque fuera a escondidas de su esposo, pues no sabe a donde se fue, y que jamás han sabido de él. Sólo una tan sola vez le dijo William, que por unos amigos había sabido que la misma semana que dejara su casa lo habían visto embarcar para las Antillas, pero sin decirles a punto fijo a qué lugar iría a fijar su vida: que en la Isla que más le agradara allí se quedaría, pues iba sin rumbo, en busca de mejores horizontes y poder olvidar su pasado, y en el trabajo ocupar todas las horas para no pensar en que tenía padres a quienes había abandonado.

.....

.....

Había por ese entonces en la Habana una mujer que estaba llamando mucho la atención en el mundo bajo. Era de una belleza deslumbradora, mezcla de mujer y de hada, bailaba en un café de baja estofa y en donde era admirada por un público que la aplaudía frenético de entusiasmo, que crecía a medida que bailaba. Llamábase Lola, tenía una estatura mediana, de formas esculturales, blanca y fresca, la piel de una tersura de raso, de ojos negros profundos y razgados; su cabellera sedosa y también negra ondeada naturalmente, de largas y gruesas trenzas, peinadas al estilo de las gitanas, y con una gracia tal en sus menores movimientos que demostraba claramente el arte de seducir: unas manos de reina y un pie tan diminuto que su zapato no medía arriba de seis pulgadas. Una noche como a eso de las diez, ya estaba bastante concurrido «El Café de la Sirena»,—como se llamaba el sitio bastante dudoso donde bailaba «Lola la gitana», según la designaban,—donde llegaban, marinos, pescadores y toda clase de hombres sin oficio, de aspecto dudoso, y en su mayor parte gente de color. Al entrar se veía una sala de vastas dimensiones, tapizada con un papel bastante viejo y sucio, alumbrada por dos focos grandes y eléctricos, varias mesas pequeñas diseminadas, y

La Feria de las Antillas

con unas sillas o bancos rústicos ya deteriorados por el uso. En algunas mesas había varios hombres de mala catadura; uno de ellos tenía traza de vividor a costa de lo ajeno, con un pantalón raído y sucio, una camisa *pasadera*, una americana obscura, una gorra a cuadros y un pañuelo rojo anudado al cuello; moreno, ojos de lince, barbado y el cabello negro y lacio al que llamaban «el Manco». Con él estaban dos más, por el estilo, en cuanto a su traje y aspecto. Bebían poco y hablaban en voz baja. En la sala siguiente: la primera cerrada por una cortina de cretona, y con vista al interior, servía para juego: de cartas, fichas, y dados. En la primera sala la atmósfera estaba recargada de humo de los puros y cigarros que se consumía allí. Bailaba Lola uno de esos bailes andaluces, tan llenos de gracia, y con su bellísimo, cimbreante y flexible cuerpo derramaba el salero español; su mirada de fuego y al par dulcísima y lánguida; la sonrisa avasalladora que hacía entreabrir sus labios rojos dejaban ver dos hilos de perlas blanquísimas, y el gesto atrevido de la raza gitana. Vestía una amplia falda de raso blanco bordada de piedrecitas de colores, una faja roja que ceñía sus redondas caderas y una chaqueta torera de terciopelo negro. Los lindos pies calzados en pequeños zapatitos de seda blanca y bordados; sus negros cabellos peinados, con una raya al medio de la cabeza y terminados en gruesas y brillantes trenzas, y una hermosa rosa roja prendida al lado izquierdo de su cabellera, lucía su linda y torneada garganta una crucecita de oro pendiente de una finísima cadena del mismo metal.

En el momento en que Lola bailaba y tocaba su pandereta, entró en la sala un joven alto, de apuesto continente; vestía un traje negro, un fieltro del mismo color y llevaba en la mano un bastón con elegante faja de plata. Al entrar se diri-

gió a una mesa que estaba desocupada y pidió un vaso de cerveza.

El «Manco» se levantó y dejando a sus compañeros se dirigió a la mesa que ocupaba aquel caballero, y pusieron a conversar de cosas fútiles y a beber, después de un momento de conversación se levantaron y se dirigieron a una pieza reservada donde podían hablar sin ser espíados, ni oídos; luego regresaron y se sentaron en un sitio cerca de donde bailaba Lola. El más joven de los hombres se quedó viéndola y al terminar su baile la llamó a su mesa y la obsequió. Lola no quiso tomar nada, pero se contentó con mirar al gallardo joven, que con gesto aburrido la miraba sonreír. El le dijo unas cuantas palabras cariñosas y al despedirse de ella le dejó sobre su pandereta unas monedas de oro y la dijo que iría todas las noches que tuviera desocupadas; ella le dió las gracias y lo siguió con la vista hasta que salió del café.

Este caballero que acabamos de ver salir del «Café de la Sirena» es nada menos que el joven elegante que dejamos en su auto en el paseo del malecón. El es Harry Dexter, un americano que está recién llegado de la Argentina y que anda en asuntos de negocios y que viaja por cuenta de su padre, un riquísimo comerciante de Nueva York. Al llegar a la Habana frecuentó los sitios más elegantes de la ciudad, y por medio del Cónsul se introdujo en la sociedad. En el Hotel Inglés, donde se hospedó pudo hacer magníficas relaciones entre los hombres aristocráticos, y luego se comentó en las soirés y reuniones de familias, la llegada de un americano sumamente rico, elegante, guapo y gran sportman, y que en el Círculo lo habían visto jugar grandes sumas de dinero; ya ganando o perdiendo se quedaba tan impávido, demostrando la costumbre de ganar y despreocupado en las pérdidas. Luego se hizo muy conocido

La Perla de las Antillas

y trabó amistad sólo con los capitalistas o banqueros. Hacía unas pocas semanas que se hallaba en la Habana cuando supo que se encontraba, (entre la lista que tenía de las jóvenes más ricas, y con quienes podía hacer un buen matrimonio:) la bellísima Gladys Wollson, heredera de quince millones de dollars, y que actualmente se hallaba en la Habana de regreso de una gira que acababa de hacer con su padre por Europa. Quiso conocerla y buscó quien lo presentara a ella. Desde entonces frecuentó los lugares que ella visitaba, hacía amistad con los amigos de ella, y frecuentaba todos los paseos y teatros donde podía encontrarla.

Gladys estuvo diez años en un buen Colegio de Londres y cuando terminó sus estudios, todas sus compañeras de colegio, la Directora y profesoras sintieron el regreso de Gladys, pues la querían mucho, porque era amable y generosa con sus amigas, que en poco tiempo se hizo de muchas, la gracia seductora que se desprendía de toda su persona cautivaba a todas aquéllas a quienes trataba. Al concluir su educación Gladys, fue su padre por ella para llevarla a viajar. Estuvieron en las principales capitales de Europa. Después regresaron a la Habana, en los Estados Unidos estuvieron de paso, pues la tía Luisa se encontraba enferma y sola. Además Albert tenía necesidad de regresar debido a sus negocios. La tarde a que nos referimos, después del encuentro casual o premeditado de Harry, Gladys iba en compañía de su tía Luisa, y después de unas vueltas por las principales calles de la ciudad se dirigieron al Casino de la Playa en donde se reunieron con Mr. Wollson y algunos amigos, y sentándose a la orilla del pintoresco lago que tiene el Casino departieron alegremente. Gladys atraía sobre sí todas las miradas: de envidia por parte de las mujeres, de admiración por los adoradores de la belleza y de

deseo y ambición por los hombres casaderos. Gladys estaba espléndidamente bella con su elegancia natural, vestía un traje de crespón color orquídea, color tan en moda, adornado de armiño; una linda charra del mismo color. Rodeaban su cuello y las muñecas de sus bellísimas manos finos hilos de valiosas perlas.

Harry llegó al Casino y al ver a Gladys se acercó a Wollson y pidióle que le presentara a su hija. Wollson accedió; Gladys con su acostumbrada amabilidad mostróse atenta y alegre con Harry.

II

El Cablegrama

Son poco más o menos las cinco de la tarde, la agradable Avenida de Las Palmas se encuentra alegre como siempre a esa hora, en esta elegante calle donde se halla el espléndido edificio del Palacio Presidencial y el bonito parque que se extiende a su frente. Allí no muy lejos de este lugar está la bella residencia del millonario americano Albert Wollson. Esta residencia es un hotelito elegante y coquetón, compuesto de dos pisos, el exterior es agradable y sencillo, pero encierra un bellissimo y lujoso interior, la planta baja se compone de siete elegantes habitaciones. Al traspasar el vestíbulo se encuentra un amplio Hall que une las dos alas del edificio y comunica con un florido patio de estilo español, en donde generalmente toman el té los dueños de la casa. En el centro una graciosa fuentequilla rodeada de floridas masetas, macizos de rosas, bonitos emparrados y una infinidad de pajarillos de todas clases y colores encerrados en una dorada jaula. El panorama es delicioso cuando el sol deja caer sus últimos rayos sobre este encantador rincón. A la calle, en el ala derecha hay dos elegantes salones, uno de ellos estilo persa, encierra los más ricos objetos de arte: regios tapices, lindos y hermosos cojines, lindos pebete-

ros traídos de Arabia, digno todo de un Pashá. El otro salón espacioso y de estilo completamente francés: muebles, tapices, bibelots del tiempo de Luis XV, lindas porcelanas de Sevres, estatuillas de Sajonia, vasos de cristal de Venecia, valiosos cuadros de Ticiano y de Rubén. A estas dos espaciosas habitaciones llega la claridad atenuada por espesas celosías y gruesas colgaduras recogidas en sedosos pliegues.

Después de estos salones sigue la Biblioteca. Casi todas las paredes de la habitación las cubren magníficos estantes de vidrio que encierran valiosas obras de literatura Francesa, Alemana, Inglesa y Española, libros de grandes autores como: Shakespeare, Anatole France, Maeterlinck, Paul Heyse, Gerhart Hauptmann, R. Tagore, Echegaray, A. Daudet, y Edgard Poe, encuadernadas ricamente.

En el ala izquierda están, la sala de billar, el salón de fumar y un saloncito completamente americano que es exclusivamente para las visitas de Wollson. En el segundo piso están las de Gladys compuestas de un saloncito Chino para sus amistades, lujosamente adornado, que comunica al lado derecho con un elegante Budoir y un sencillo y elegante dormitorio de estilo Renacimiento, separados nada más que por un stors, a la izquierda del saloncito, una magnífica habitación completamente clara, tapizada en colores delicados, grandes ventanas que caen sobre el patio y por las que penetra la luz a torrentes, el vivificante sol, y el balsámico aire impregnado de aromáticos olores. En el centro de esta habitación donde los pies se hunden en magníficas y gruesas alfombras, hay una mesita de laca que sostiene un hermoso jarrón de la China lleno de bellísimas Nenúfares, cerca de los ventanales hay un caballete donde está una pintura no concluída todavía, que cubre un lienzo blanco, no muy lejos una mesa que tiene un vaso

La Perla de las Antillas

lleno de pinceles, una paleta, una caja de pinturas y varias tacitas de china y cristal. En un extremo de la sala un amplio sofá, cerca de allí un veladorcito en el que se ven algunos Albums, en las paredes una infinidad de bellísimos cuadros debidos al delicado pincel de Gladys, digna discípula de Van-Diek. Esta artística habitación donde todo el día se oye la argentina vocecita de la más delicada criatura que ha creado la naturaleza, un modelo de virtudes y belleza quien con su constante presencia embellece el lugar. Ella es una joven alta y esbelta, como de veinte años, su cara de facciones correctas y posee los más bellos ojos pardos, de cutis blanquísimo y satinado, cubren sus mejillas y barbilla tonos sonrosados, su blonda cabellera en lustrosas y finas ondas cubre su erguida cabeza y algunos ricillos indomables juguetean en su alba y tersa frente, las cejas tan finas y oscuras como sus pestañas dan una sombra sentimental a sus divinos ojos, sus rojos labios como cerezas maduras se entreabren para dar paso a la constante sonrisa que da tan seductor encanto a su rostro. De toda su persona se desprende un agradable perfume de bienestar, de felicidad; en sus menores movimientos se nota un deje de elegancia y distinción. En su conversación se nota la cultura de su persona: es una muchacha nada superficial; hay en ella mucho fondo moral, magníficos sentimientos piadosos, un gran corazón generoso y amante de lo bello, en su carácter firmeza y gran fuerza de voluntad; es toda ella un poema de dulce idealidad y grandeza.

Es un Martes. Encontrábase recostada en un amplio sillón al lado de la ventana la encantadora Gladys; vestía un elegante traje de franela blanca con guarniciones de seda verde malva, tenía entre sus manos un libro que leía con tanta atención que no se daba cuenta de que las horas pasaban y ella no se había movido del mismo lugar, y no

hizo más que levantar los ojos para ver a la persona que llegaba, pero cuando vió que era su Darling—como ella llamaba a su padre,—puso el libro en una mesa y corrió a besarlo. Abrazados cariñosamente fueron a sentarse al sofá, como hacía ella cuando estaba chiquitina; pasó un brazo alrededor del cuello de Albert y le dijo:—Cuéntame papáito, ¿qué has hecho este día?—«Pues hijita mía: hoy tenemos bastante trabajo en las oficinas; como tú sabes la escasez de brazos que hay ahora, pues las minas son las que ocupan todo el tiempo de que puedo disponer, yo pensaba ir la próxima semana a Sierra Maestre pero no tengo tiempo, las minas reclamaban mi presencia pues el cobre último que heinos recibido no es de mi entera satisfacción; además el corte de maderas se acerca y hay que preparar los ríos para el «Acano», «Yagruma» y el «Majagua» que se sumerge en el agua; y hay que ir preparando los bosques para la próxima temporada que ya se nos viene encima. En fin hija mía, tenemos tanto que hacer en las oficinas, que el tiempo es poco y las horas insuficientes, y lo peor del caso es que acabo de recibir un cable, donde me llaman de la oficina General pues necesitan con urgencia mi presencia, y me llaman sin darme ninguna explicación..... tú puedes enterarte viendo el cable, aquí está. Y sacándose de su bolsillo una hermosa cartera de piel de Rusia, mostró a su hija el cable que hacía nada más que unas pocas horas que lo había recibido y en el que se leían las palabras siguientes: «Por asuntos de la Compañía es de gran necesidad su persona en esta ciudad lo más pronto posible. Walter Phillips—Gerente.»

Gladys después de leer el cable, mira a su padre y dice: Mi querido papáito, ¿qué es lo que Ud. piensa hacer?—Nada más natural que arreglar mi equipaje y salir mañana mismo, ya mandé a las oficinas de navegación para que reserven un cama-

La Perla de las Antillas

rote para mí en el primer barco que salga mañana para el norte.

—Yo creo Darling, que este cable es auténtico. ¿verdad?

—¡Pues, no lo ves hijita firmado por Phillips el gerente de nuestra compañía! Es auténtico, aquí está la dirección cablegráfica «Hirondal» no da lugar a duda.

—Pues bien papá, te irás mañana. Pero yo no sé porqué tengo tantos deseos de acompañarte. No, no me digas nada, no creas que es por divertirme por lo que quisiera ir contigo, no papaíto, pero no quisiera que fueras tú solo.

—¿Pero por qué hija mía? ¿No siempre he ido sólo a todas partes?

—Pero acuérdate papaíto que no has puesto los pies en New York desde que te veniste hace más de veinticinco años, y yo sé que te es muy molesto tener que ir a N w York principalmente.

—Pero si fuera por mero gusto de ir a New York a pasear está bien, pero estos son asuntos puramente comerciales y la necesidad me obliga aunque contra toda mi voluntad.

—Bien Darling; te dejo ir solo con la condición de que tan luego como te desocupes de tus negocios te regreses, pues tu hijita querida va a estar triste mientras tú no vuelvas, ¿me lo prometes adorado papaíto.

—Sí mi encantadora Gladys, yo te lo prometo, y cuenta que saldré cumplir.

—Abrazó amorosamente a su hija dándole un beso en la frente, salió para ir a preparar su viaje.

El día siguiente a las dos de la tarde Gladys se despedía de su padre en el muelle donde estaba anclado el «Wisconsin», un hermoso trasatlántico americano en el que haría su viaje Mr. Wollson. Gladys un poco pálida, veía a su padre tristemente y apretaba cariñosamente entre sus manos una de su padre.

—Papá, no quisiera hacerte esta despedida triste, pero yo no sé porqué no me llevas contigo, aunque fuera por un par

—Gladys, noto que tú bastante triste, es-

María Guadalupe Cartagena

ta despedida te impresiona, y no quisiera por nada del mundo dejarte así. Tú comprenderás que un viaje así tan a la ligera no es nada agradable para una señora y menos para tí, tan acostumbrada a las comodidades; esto es cuestión de unos pocos días, y luego estaré de regreso. Mientras yo vuelvo, tu irás al teatro, al Club; y saldrás con tus amigas a todas partes, no quiero que estés encerrada en casa todo el tiempo que yo tarde; ¿verdad que me obedecerás? Gladys contestó con un signo de cabeza y abrazó y besó repetidas veces a su padre, y en ese mismo momento se dejó oír la sirena del barco avisando a los pasajeros retrasados el zarpe. Pocos minutos después, el barco con sus pausados movimientos iba separándose del muelle, en el que había muchas personas despidiéndose de sus familiares o amigos que se iban, y allí entre todos estaba Gladys llorosa y apenada, diciendo adiós con su enguantada manecita a su Darling.

El «Wisconsin» fué perdiéndose en el horizonte y dejando tras sí un larga columna de humo gris, que gradualmente desapareció. Entonces fué cuando Gladys pensó regresar a su casa en compañía de su tía. Al ir a tomar el automóvil se encontró con Harry Dexter que saludándolas muy amablemente, se dirigió a Gladys diciéndole, que sentía mucho que su papá se hubiera ido, pues tenía deseos de pedirle le permitiera visitar la casa, pues además de sentir por ella una viva simpatía y respeto, quería conservar una amistad tan valiosa para él como lo era la de Mr. Wollson. Gladys oyó todo esto muy atenta y con una agradable sonrisa le contestó:

—Señor Dexter, yo sé que mi padre tiene alguna estimación por usted, y con autorización de mi tía Luisa le concedo el permiso de ir en calidad de amigo de vez en cuando a nuestra casa, nosotros recibimos todos los sábados de cuatro a seis y tendremos mucho gusto en recibirlo, pues creo que mi padre no me lo tendrá a mal.

Y después de algunos saludos, subieron a su Roll-Roice, Gladys y su tía, que salió con dirección

La Perla de las Antillas

a la residencia Wollson. Harry quedóse viendo alejarse el auto y después tomó el suyo y salió para Avenida Almendares donde tenía alquilado un bonito apartamento, que habitaba cuando no tenía que trabajar con sus compañeros. Al llegar a su casa se sentó a su escritorio; y encendiendo un cigarrillo frotóse las manos en señal de satisfacción y dijo: «Todo camina bien, mis menores deseos se cumplen, y si Lola, como yo espero, consigue lo que pienso, no hay que trabajar tanto y luego veremos realizados nuestros anhelos; la combinación no nos puede fallar.» Después de sacudir la ceniza de su cigarrillo, se dispuso a escribir un cablegrama a New York, concebido en los términos siguientes: «Wisconsin» llegará, ejecutar órdenes. — Este cable fué dirigido a un tal Newton 1263 en el Bawery la parte baja de New York, donde las casas son sucias y de un aspecto bastante feo. Las gentes que habitan aquella parte, todas son de mala catadura y al solo verlos infunden pavor, hay muchas tabernas y el tránsito para personas decentes y honradas se hace difícil, pues todos los que visitan esos sitios son gentes sospechosas o agentes de la policía, y aún a estos les es algunas veces peligroso.

A bordo del «Wisconsin» iban varios pasajeros de la Isla de Cuba, pero los que ocupan nuestra narración son tres: el millonario Wollson, una elegantísima joven y un hombre que ocupa camarote de segunda clase, es un hombre barbudo y pelirrojo que lleva una mano encogida y un poco deformada y que lo llaman sus compañeros de oficio «El Manco», es un conocido de nuestros lectores.

La muchacha, es una bellísima joven que viste con elegancia; sus ademanes son suaves, su voz dulce y armoniosa, se nota en ella a una persona distinguida, es sumamente agradable e inteligente. Se llama Kathleen Howard y es americana de nacimiento y ciudadanía también. Luego que

pudo, hizo amistad con Mr. Wollson, valiéndose de tan común pretexto; la misma tarde que el barco salió de la Habana fue Kathleen a sentarse a la terraza en una silla que estaba cerca de Wollson; primero se le cayó el pañuelo intencionalmente y el señor Wollson lo recogió entregándoselo amablemente a Kathleen, ésta sonriendo dió las gracias; a los pocos minutos después, con el pretexto de ir a admirar el paisaje dejó caer el libro que leía; ella, después de recibirlo de manos de Wollson, empezó a trabar conversación con él, se expresó con términos tan elocuentes que Wollson quedó prendado de la cultura y seductora gracia de la muchacha. Kathleen contó a su nuevo amigo que hacía un viaje de recreo; que regresaba de España de visitar a una anciana tía que era lo único que le quedaba de familia por parte materna, y que vivía en compañía de su tutor, un americano rancio, de esos que tienen costumbres raras y severas, y que todos los años le daba permiso para que fuera a visitar a su tía.

III

El Café de la Sirena

Quince días después de los primeros acontecimientos vimos entrar a Harry Dexter al «Café de la Sirena» y nos sorprendió que un joven tan elegante como lo conocimos, llegara a aquel sitio de tan baja estofa, pero él tenía que arreglar algunos asuntos con uno de los asiduos visitantes del Café, y las citas que siguieron fueron en el mismo lugar; así es que ya no debe causarnos sorpresa que le veamos algunas noches en aquel sitio. Harry el intrépido había trabajado desde aquella tarde memorable en que encontró a Gladys Wollson en el Malecón y que tan gran impresión hizo en él. Desde ese momento juró conseguir la amistad de aquélla; después el amor, y por último el capital. Harry en sus ratos de desahogo se ponía a divagar.

«Quince millones de dólares, ¡que bonita suma! esa es la que yo necesito para reformarme.....Si llego a conseguir la haré la promesa de ir a vivir a una casita apartada en compañía de tan linda muchacha; pues yo creo que Gladys sería una buena y amante esposa. ¡Oh! que felicidad, gozar del amor y el capital que Gladys posee. ¡Dios mío, esto es un sueño! Dejad que se realice como es mi deseo. Yo no sé si Dios o el Diablo es mi guía, pero el caso es que hasta ahora todo me ha salido bien. Y si esta vez no fallo juro no meterme en otra, esta será la última hazaña. Otras veces sentado a

su---mesa escritorio mirando vagamente cómo se formaban las largas espirales de humo del cigarrillo su inefable compañero: Francamente decía, yo necesito descanso, mi vida ha sido bastante agitada y ya es tiempo de que me procure un poco de tranquilidad; mi sueño ha sido, poseer una linda casita, una esposa adorable y dos chiquillos rubios y lindos como querubines, que endulcen mi vida, que bien lo merezco; pues yo creo que no he sido malo, yo no he hecho más que buscar el modo de ganarme la vida. Porque algún desfalco en algún Banco, uno que otro robo a algunos judíos sucios y miserables; algunas pieles que desaparecen de algún almacén en boga, eso no es nada, pues nunca ha llegado la suma a dos millones de dollars, que la mayor parte va a parar a los bolsillos de la policía o a los de mis secuaces. Esta vida de incertidumbre, de eternos peligros, de angustias, de disgustos, ya me está cansando y aunque no tengo más de 35 años, ya mi cuerpo está fatigado, mi alma corrompida, de tantos desvelos y orgías; y estar constantemente sobreaviso, huyéndole siempre a la policía en todas partes, durmiendo mal, nunca gozar de tranquilidad, ¡ah! esto es un caos. ¡Oh! si esta vida llega a ser eterna con todas sus miserias, al hastío y degradaciones es preferible la muerte mil veces. Nó, una y cien veces nó, la muerte llega temprano por mucho que tarde, y una muerte cuando no es natural es degradante, es cobardía; nó, prefiero la guerra», y dando un fuerte puñetazo en la mesa dice:---; Es posible que en mi imaginación se haya albergado por un momento un pensamiento tan infame como es el de matarme? ¡Oh! a que triste estado he llegado, parece mentira que un hombre que ha luchado tanto como yo, a quien le cuesta la vida los momentos de placer y de solaz, no debe jamás asomar tal pensamiento a la imaginación, y como siempre he dicho y digo: mi lema será: Triunfar o morir en la

La Perla de las Antillas

batalla. Y dejando correr su pensamiento se abismaba en ideas vagas.

Pocos días después se efectuó en el "Centro Gallego" (el teatro de la aristocracia) un suntuoso baile de disfraces y al que se denominó "Una noche en España", fué un Sábado y se celebraba la Verbena; todas las personas invitadas tenían que vestir sólo trajes españoles. Gladys recibió la invitación la misma tarde que su padre partió para New York y no quería ir pero su tía se empeñó tanto, y sus amigas que por fin lograron que ella consintiera en ir. Dos días después, una mañana que Gladys acompañaba a su tía Luisa a dar su acostumbrado paseo en el Parque Japonés, se encontraron manos a boca con Harry. Después de saludarse él entró en conversación con las dos paseantes. Con mucha despreocupación preguntó a Gladys si pensaba ir al baile del Centro Gallego y como ella le dijese que sí, él con la más atenta solicitud se ofreció acompañarlas al baile. A tía Luisa que le agradaba el muchacho, y hubiera querido que fuera novio de su querida sobrina, fué la primera en contestar afirmativamente, pero Gladys más acostumbrada a la sociedad, pensó que no era bueno presentarse en los círculos sociales en compañía de un joven a quien hacía poco tiempo había conocido; y dándole las gracias le dijo que ella había prometido antes a un amigo de su padre ir con él y su esposa. Harry sin ofenderse por el desaire las acompañó un poco más y después se despidió prometiéndoles que a la hora que ellas llegaran al baile él estaría allí para recibir las, pero que se iría contento si ella le decía qué disfraz llevaría.

Se llegó el Sábado y a eso de las diez de la noche ya estaban los salones y galerías que no se podía caminar sino con alguna dificultad. Las calles adyacentes al Centro Gallego estaban pletóricas de gente ávida de ver los trajes de todas las invi-

tadas; gran movimiento de automóviles y elegantes carruajes, de los que descendían aristocráticas y bellísimas damas, elegantes y apuestos caballeros. Gladys llevaba la clásica mantilla. Era una Maja de Goya. Con ese traje estaba espléndidamente bella. La primera cara conocida con que se encontró fué con la de Harry que al verla corrió a saludarla y la envolvió con la más seductora de sus sonrisas, y volviéndose abrumó con sus atenciones a tía Luisa. Gladys causó gran sensación en el baile y aunque habían miles de bellísimas mujeres, Gladys con su seductora gracia y su innata elegancia fué una de las más admiradas. Rodeaba su linda marfilina garganta un valiosísimo collar de magníficos brillantes; en un momento de descanso iba Gladys del brazo de Harry cuando sintió que un roce suave pasó por su garganta, pero como era tanta la gente no tuvo tiempo para llevarse la mano a ella, y en lo menos que pensó fué en el collar; luego que llegaron a un salón que estaba más despejado se llegó a un espejo y al verse notó que no tenía el collar; al momento corrió la noticia de que a Gladys Wollson, la hija del millonario Wollson le habían robado un collar de brillantes; y Harry corrió de un lado para otro, avisando a la policía y ofreciendo buenas gratificaciones al que lo devolviera. Desde ese momento Gladys se sintió triste y ya no quiso bailar y pocos momentos después regresaba a su casa apenada. Toda la noche no pudo dormir, pensando en que el collar tal vez ya no lo recuperaría, y que se perdía en él la considerable suma de diez mil dólares, y más que todo, que cuando su padre estaba ausente y que él se lo había obsequiado cuando la trajo del colegio; la primera joya valiosa que ella se puso. Mientras tanto, Harry con la más tranquila entonación y el gesto tan natural, conversaba con algunos caballeros. Las Sras. lamentaban la pérdida de una joya tan buena como elegante.

La Perla de las Antillas

Eran siete magníficos brillantes de la India tan bellos y claros como gotas de agua, sus muchas facetas lucían todos los colores del iris; montados en finísimas canastas de filigrana de Plata y oro. Harry, no se preocupó mucho del desenlace del robo, aunque al principio dió muestras de ocuparse demasiado del collar, pero lo hizo diplomáticamente y en calidad de amigo de la casa Wollson; pero los dueños se habían ido ya, y era natural que él se ocupara de sus amigos que lo reclamaban. Una hora después salió en compañía de algunos amigos; en la puerta se despidieron, y al salir a su auto dijo al Chauffer «a Casa» y todavía pudieron los amigos oír la voz de Harry dando la orden, de ir a su casa; y para asegurarse más, dispuso llevarse en su carro al amigo que vivía un poco más arriba que él. Al llegar al apartamento que Harry habitaba en la Avenida de Almendares el auto se paró y descendió de él, Harry, después el auto siguió su camino hasta la casa del amigo. Luego que el auto desapareció en la primera esquina, Harry se subió el cuello del abrigo, se cubrió la parte inferior de la cara con la bufanda y se hundió el sombrero hasta las orejas y desapareció.

Cerca de los muelles había una casa de apariencia bastante sucia y desmantelada, que daba a un callejón obscuro y solitario, a donde no llegaban los ruidos de la ciudad sino atenuados, y como un suave murmullo. En la grada que hay en la puerta de la casa que nos ocupa, está un hombre sucio y pobremente vestido, sentado y como dormitando. Parece que espera a alguien que tarda en llegar, cuando oye un pequeño ruido levanta poco a poco la cabeza y con una mirada de lince explora la calle por donde espera ver llegar a la persona que aguarda. En la torre de la Iglesia más cercana se oye la hora, el reloj da pausadamente las 3 de la mañana, el harapiento que está sentado a la puerta, se levanta inmediatamente y se pone a ver

la calle si hay algún transeunte rezagado y luego en el silencio de la noche un penetrante silbido como el de un pájaro agorero se deja oír; el que está a la puerta contesta con otro igual; al momento apareció un hombre alto, envuelto en un abrigo oscuro y con el fieltro calado hasta los ojos; inmediatamente el hombre de la gorra sucia abrió la puerta de la casa y los dos desaparecieron en un pasadizo oscuro y nauseabundo, caminaron a tientas y después entraron a una sala del piso bajo que tenía todas las ventanas que daban al interior herméticamente cerradas y con fajas de papel pegadas a las hendiduras, para que no traspasara la luz y la voz de los que allí se reunían. Era pieza grande y con todas las paredes deterioradas y asquerosas: por todo mobiliario tenía una cama desvenecijada, una mesa gracienta y dos sillas cojas. En la mesa ardía una vela bastante consumida sostenida en la boca de una botella. En la cama estaba sentado un hombre que tenía el gesto desgarrado, con ojos de lechuza, pobremente vestido, y con una gorra a cuadros. Junto a él estaba otro más joven y con el aspecto menos malo que su compañero; con un traje más arreglado pero del mismo estilo que el primero. Fumaban para matar el tiempo mientras llegaba el Jefe como ellos llamaban a Moore. Al entrar el desconocido del abrigo y el que lo esperaba en la puerta, los otros dos que estaban en el cuarto cesaron en su conversación y saludaron al jefe con una señal, y se acercaron a la mesa. El jefe después de contestar el saludo se echó el sombrero hacia atrás y dejó al descubierto una cara joven y simpática. Daban un acento severo a su semblante unos bigotes y unas patillas negras; y dijo:—Vamos muchachos ¿qué habéis hecho?—El más joven de los dos hombres que se hallaban en aquella guarida sacó de su bolsillo un envoltorio de papel que puso en la mesa y dijo:—Aquí está el collar de Wollson—el je-

La Perla de las Antillas

Y lo desenvolvió y lo cogió en sus manos; los demás se quedaron con la boca abierta admirando los torrentes de luz que despedían los brillantes. Moore luego que los examinó dijo:—Cuéntame cómo llegaste hasta el collar.—El que momentos antes había puesto sobre la mesa la codiciada alhaja empezó así:—Cuando se llegó la hora en que debíamos presentarnos, puse mi placa de lacayo en la solapa de mi traje y entré en funciones; Cuando empezaron a llegar los invitados me coloqué en un lugar adecuado, donde podía ver sin ser visto; a las diez vi llegar a la señorita Wollson acompañada de un caballero y una señora; la seguí con la vista hasta el tocador, después la ví aparecer del brazo de un joven elegante a quien no conozco pero que ya he visto varias veces. Cuando se llegó la hora convenida ví a la señorita Wollson entrar en un pasillo bastante concurrido, donde no se podía dar un paso, y como gusano me entrometí entre la gente elegante y llegué hasta la pareja que seguía, y pasando con disimulo la mano en que tenía una bandeja, por la garganta de la señorita Wollson, desabroché el collar y con la acostumbrada ligereza que me asiste lo escondí en la manga de mi camisa y me escabullí por la puerta que estaba más a mi alcance. Con la agilidad de un galgo corrí por los corredores desocupados hasta llegar al lugar donde el «Tuerto» estaba esperándome con el «Fotingo» listo, que al momento que subimos salió disparado para acá.—Y no tuviste ningún inconveniente en el camino, ni ningún agente de la policía te detuvo: ni en el Centro desconfiaron de tí?—Preguntó Moore.—El ahudido se sonrió de un modo despreciativo y contestó:—Oyga jefe: si desconfían de mí, luego lo sabremos. Si desconfiaron; ¿porqué no me siguieron? porqué no me hicieron prender? o porqué no me dieron la plaza?. Créame jefe: cuando nosotros hacemos un negocio lo hacemos bien o no lo hacemos.

Usted debe confiar en nosotros, pues sabemos tomar nuestras precauciones y cuando se nos llega la ocasión también sabemos escurrir el bulto; pero nunca nos damos por vencidos, ni traicionamos a quien nos paga bien. ¿No es así muchachos? dijo mirando a sus compañeros, y éstos a una voz contestaron afirmativamente.—Bueno, muchachos, ahora estoy contento de vuestro trabajo, y aquí está el valor convenido. Y poniendo en la mesa un fajo de billetes de banco, dijo Moore a su interlocutor:—Mira Gusano, si más tarde yo te encomendara un nuevo trabajo ¿tú lo harías?—Estoy a las órdenes de usted, siempre que pague bien y no tengamos que *estacar el cuero*.—No hombre, no se trata de eso, es una cosa sumamente fácil y un niño la puede hacer.—Bueno, entonces allá en la «Sirena» nos veremos esta noche y entonces hablaremos. El jefe, despidiéndose de aquellos ladrones, salió de aquel antro.

Serían sobre las cuatro de la mañana, cuando Harry regresó a su casa contento y alegre como un colegial.

IV

En New York

Al llegar el «Wisconsin» a New York, lo primero que Wollson hizo fué dejar instalada en un Taxi a Miss Kathleen Howard, con quien había hecho buena amistad y hasta la había cortejado; Wollson a pesar de sus 45 años estaba bastante aceptable y rico; a la muchacha no le desagradaba un partido como él.

Kathlen se fijó que el lacayo del auto en que subió Wollson tenía en la gorra el nombre de «Ritz Carlton» un elegante hotel de los 100 y pico de hoteles lujosos que tiene New York, y a donde sólo llegan los ricos. El «Ritz Carlton» está en la quinta Avenida, en Dow-Tawn en el centro de la ciudad; donde está el movimiento, donde la gente hormiguea por las calles; la quinta Avenida, donde está lo más elegante, en hoteles, almacenes, restaurantes, teatros, clubs, en fin, lo más «chic» de New York. Kathlen fue a hospedarse a un hotel de poca apariencia y no muy caro. Luego que se instaló cambió de traje y salió, entró en el primer Drog-Store que encontró y telefoneó a un individuo con el que se citaron para un lugar donde podrían hablar con toda tranquilidad. Ella tomó un taxi que subió por la calle Central Park y se paró en la esquina de la 1.10; allí descendió Kathlen y entró en el Parke y fue a sentarse a un banco cerca del Boat Hause en un lugar donde pudiera hallarla la persona con quien tenía la cita. Mientras tanto,

Wollson al llegar al hotel después de darse un baño frío, telefoneó al hotel «Mc.-Alpín», donde tenía su habitación el apoderado general y tutor de Gladys, y lo citó para las 6 de la tarde; y después telefoneó al «Hotel Plaza», en que residía W. Phillips, el Gerente de la compañía que giraba bajo la razón social de «Wood National Company», gran casa importadora y exportadora de maderas, y de la que Wollson era socio y visitaba New York cada dos o tres años, pero lo hacía muy a ligera, tal vez sólo para asistir a una junta de la Compañía y permanecía allí el tiempo puramente necesario para arreglar sus asuntos. Algunas veces su apoderado lo representaba, pues Wollson tenía gran confianza en su amigo, un hombre serio, elegante, sabio, de gusto y sumamente escrupuloso en sus amistades y negocios. Tenía poco más o menos 50 años, era nada más que 5 años mayor que Wollson y habían sido compañeros en sus estudios; sus caracteres congeniaban, pues pensaban del mismo modo, tenían los mismos gustos, los dos eran estudiosos, pero cuando Wollson se enamoró de Betty se fue alejando de su amigo, pues éste lo amonestaba por su proceder. Cuando Wollson fué despedido del hogar paterno, corrió donde su amigo a pedirle protección y amparo, y en casa de él vivió hasta el momento de embarcar para las Antillas. Este leal amigo se llama Frank Taylor y que en la actualidad es un magnífico abogado, que la defensa de sus causas le ha valido gran renombre; fue Senador universalmente conocido y estimado por todas las clases sociales. Casó y tiene dos hijos, un varón y una muchacha; es rico y puede darse el lujo de vivir en un hotel como el «Mc. Alpín». Tan luego como estuvo listo Wollson se trasladó al «Mc. Alpín» donde lo esperaba su viejo amigo.

El «Manco» se llegó hasta el Ritz Carlton justamente en el momento en que Wollson tomaba el auto y se trasladaba al Mc. Alpín Hotel. El Man-

La Perla de las Antillas

co estuvo esperándolo en la acera, hasta el momento en que salió acompañado de Taylor y subieron al auto en que tomó la dirección del Hotel Plaza, situado en la Quinta Avenida. A la puerta del hotel se despidieron los dos amigos. Taylor siguió, y Wollson entró y en el Hall lo esperaba Walter Phillips, el Gerente de la «Wood National Company», a quien había dado una cita. Después de los saludos acostumbrados, Wollson entró en materia y comenzó de esta manera:

—Como el barco arribó hasta las cinco de la tarde de ayer, no me fué posible ir directamente a las oficinas de la Compañía para saber de qué se trataba; pues usted, en su cable no me daba ninguna explicación sobre el particular.

Phillips se le queda viendo, y retira de sus labios el habano que fuma y dice:

—Pero amigo Wollson, de qué cable habla usted?

—Cómo de qué cable? ¿No se acuerda del cable que usted mismo me puso?

—Oyga Wollson: yo no he puesto ningún cable a usted, diga ¿para qué, con que objeto? ¿Y qué dice el cable?

—Pues sencillamente que viniera inmediatamente por que la Compañía me necesitaba con urgencia, y aquí está el cable para que usted se convenza, pues veo que usted, no me cree, Phillips.

—De ninguna manera, Wollson; le creo a usted, sé demasiado que es un hombre a quien no agradan las bromas; pero lo que me extraña es que esté firmado por mí. Y no se me ha pedido esta firma; además, yo sería el que debió ordenar este cable, y hasta ahora yo no sé que se haya puesto ninguno a usted, ni siquiera notificándole algo.

—Pero entonces Phillips?, usted, no fué quien me puso este cable o por lo menos no lo autorizó?

No señor mío, yo se lo afirmo a usted, bajo mi palabra.

—Entonces, yo he sido juguete de una mala broma; han jugado conmigo como con un chiquillo. Yo, tengo tan pocos amigos en New York y no creo que ninguno de ellos se ocupe de hacerme tan pesada broma.

—Vea Wollson, el único camino que hay para salir de dudas es hablar con Graham y preguntarle si despachó algún cable la semana pasada, pues éste está fechado el sábado 10. Y después ya puede ir usted, a la oficina del Cable y averiguar algo. Este fué remitido en la Oficina de la calle Franklin 128. Usted, si desea hablar con Graham hoy mismo puede telefonarle a su casa en Park Avenue o espere hasta mañana en su oficina.

—Francamente Phillips, me estoy devanando los sesos y no encuentro cómo ha pasado esto y por qué.

—Wollson, si no ha sido puesto por la casa, es seguro que alguien ha querido alejar a usted, de la Habana.

—Pero amigo, ¿con que interés?; yo no tengo enemigos ni en Cuba ni aquí. ¿Cómo se puede concebir esto?

—Bueno, no hablemos más del asunto, mañana se arreglará todo esto.

—¿Quiere usted, venir a cenar conmigo esta noche?, yo le aseguro que estaremos contentos.

—No amigo, siento mucho no aceptar su invitación pero tengo que hablar con Taylor y me urge.

—Entonces, nos veremos mañana en la oficina.

—Si, hasta mañana.

Y los dos amigos se separaron. Phillips se fue a cenar, no de tan buena gana como parecía, y desde que se sentó a la mesa estuvo pensando lo que había pasado y lo que podía pasar; y bastan-

La Perla de las Antillas

te intrigado se olvidaba hasta de comer. Al salir, Wollson le dijo el portero del hotel, que Mr. Taylor lo esperaba en su casa para cenar, y Wollson tomó un taxi que estaba a la puerta del hotel. Pero tan luego como el carro se puso en movimiento se dió cuenta que dos fuertes manos sujetaban las suyas y el cañón de un revólver le apuntaba, mientras otro individuo lo amordazaba y le ponía esposas. El carro caminó mucho tiempo que a Wollson le parecieron siglos. Por fin, el auto se paró a la puerta de una casa de mala apariencia y según parecía era en los barrios bajos. Wollson no pudo darse cuenta que lo llevaban al barrio italiano, y del carro lo trasladaron a una habitación sucia y sin ventilación, las paredes negras y húmedas. Allí pasó la noche recostado sobre una ventana que por fuera tenía gruesos barrotes de hierro, y por dentro estaba cerrada y daba a un callejón oscuro y sin salida. La única puerta que tenía el cuarto estaba cerrada y al otro lado tendido sobre un viejo colchón estaba un hombre con un revólver al alcance de la mano.

V

Kathleen

La persona con quien se había citado Kathleen no era otra que el «Manco», debemos recordar la última vez que hablamos de él: fué cuando venía abordo del «Wisconsin» y viajaba para cuidar de que Lola la gitana cumpliera su cometido y después trabajara en New York siempre bajo las órdenes de Moore. Al llegar el «Manco» donde estaba Kathleen juntos se fueron alejando por un sendero, del bullicio de la gente y cuando estuvieron seguros de no ser oídos, Kathleen empezó de este modo:

—Oyga Tomás, el señor Wollson se hospeda en el Ritz-Carlton.

—Ya tengo el gusto de saber dónde habitará Wollson, señorita, pues le seguí hasta el hotel.

—Bueno, usted lo supo hasta que llegó al Ritz y pagó su taxi que lo llevó, pero yo nó, yo lo supe desde el momento que Wollson subió al automóvil.

—Quiere tener la amabilidad de decirme de qué medio se valió?

—Pues del modo más sencillo: me bastó ver la Librea del lacayo y leer en su gorra el nombre del hotel.

Y se quedó viendo al «Manco,» que se mordió los labios.

—Bueno, el tiempo apremia y no tenemos que perderlo en vanas palabras. Lo que quiero decir-

La Perla de las Antillas

le Tomás es esto; que según las órdenes de Moore, debemos trabajar de acuerdo y estar al tanto uno de lo que hace el otro.

Perfectamente, la voy a poner en autos de lo que he hecho esta tarde: he colocado a un buen muchacho en la puerta del hotel para que siga la pista a Wollson en caso que sa'ga antes que yo llegue.

—Bien Tomás, yo estoy instalada en 142 West y Amsterdam Av. entre 88 y 89, en el tercer piso: no hay teléfono pero aun que hubiera yo no haría uso de él pues no es conveniente que yo hable con usted de la casa donde vivo. Mejor cíteme a un lugar donde podamos hablar y vernos todos los días.

—Yo no creo que este trabajo dure mucho tiempo, pero mientras viene el jefe le indicaré un lugar donde estaremos bien y sin llamar la atención: espérame todas las mañanas a las 9 en la plataforma del Elevado en la 33 a la entrada de Gimbel Brothers. Espero que mañana a esa hora ya podrá darle algunos informes.

Kathleen tomó el Subway y regresó a su casa.

Phillips no pudo estar tranquilo y al día siguiente esperó a Wollson. Cuando se hizo tarde y éste no llegó, Phillips telefoneó al Ritz y le contestaron que todavía no había regresado, que la noche antes había salido y aún no estaba de vuelta. Phillips estaba intrigado con lo que oía y no podía dar crédito a semejante contestación. Esperó hasta la tarde y como no recibiera comunicación ninguna, volvió a telefonar al hotel y obtuvo la misma contestación de la mañana. Entonces se puso en comunicación con Taylor quien al saber la desaparición de Wollson se armó mucho y empezó a ocuparse de aclarar el asunto. Al día siguiente recibió una misiva de Wollson donde decía lo siguiente: «Mi querido Taylor: no te apenes por

mí, que estoy gozando mucho. Dile a Phillips que a mi regreso lo arreglaremos todo. Tuyo Wollson». Tan luego como Taylor recibió este billete se fue a las oficinas de la Compañía que están situadas en Broadway 44 y fue al departamento de Phillips y le mostró la carta que acababa de recibir y era de puño y letra de Wollson y procedía de New Jersey, una ciudad que está cerca de New York y se comunica con esta por Subways y dista nada más que unos treinta minutos.

Cuando Taylor y Phillips leyeron la carta de Wollson, quedáronse callados y mirándose el uno al otro; al fin, Taylor rompió el silencio:

—Phillips, usted cree en este billete?

—Seguro Mr. Taylor, y conozco perfectamente la letra de Wollson y es ésta, no hay duda alguna.

—Oígame Phillips, ¿entonces, usted cree que Wollson fue a New Jersey por su propio gusto?

—Claro que por su gusto, pues su carta indica que está bien y que no se apenen por él, eso prueba que fue por su propio gusto, pero lo que me llama la atención es que estando tan interesado en saber lo que quería significar el cable que le pusieron y debido al cual tuvo que salir inmediatamente hacia acá.

—Pero yo no me explico cómo puedo ser esto. Wollson me habló muy a la ligera de una joven que venía en el mismo barco que él y la que le agradó a Wollson—pero no creo que ella sea la causa de que él esté en New Jersey.

—Por qué no, Taylor?,—si la chica es bonita y es cubana, usted sabe que la cubana es atrayente...

—Vea, Phillips: de Wollson no lo espero (por lo menos) no lo creería, yo lo conozco bien.

—Mr. Taylor, no se quiebre la cabeza, que lo que le pasa a Wollson es un asunto de faldas.

—Bueno, esperaremos unos dos días más, a ver qué otra cosa se le ocurre.

—Yo hablé con Mr. Graham y no se despachó

La Perla de las Antillas

ningún cable para Cuba, así es que yo tengo que esperar a Wollson que regrese para que me dé el cable e ir yo mismo a las oficinas de la All America y averiguar lo que significa esto.

—Realmente, Phillips, usted tiene razón pues han tomado su firma para remitir este cable.

—Y lo peor del caso es que lleva la dirección cablegráfica de nuestra casa, imagínese usted.

Y hablando y gesticulando llegaron a la calle, y allí se separaron.

Había transcurrido una semana y no se habían tenido noticias de Wollson, quien con toda seguridad seguía en New Jersey. El lunes siguiente Taylor no pudo estar tranquilo y en la tarde de ese día se trasladó a New Jersey donde estuvo toda la tarde y parte de la noche recorriendo hoteles y casas de huéspedes, indagándose en cuál estaría hospedado Wollson, y desalentado regresó en la madrugada a su casa, y le contó a su esposa la pena que tenía—estaba en una disyuntiva terrible; no sabía si dar parte a la Policía de la desaparición de Wollson, o seguir buscándolo sin el auxilio de ella; hacerlo por medio de los hoteles y con gran cautela. Además no quería apenar a Gladys avisándole lo que pasaba, pues Gladys se vendría inmediatamente, y creía que ella no conseguiría gran cosa. Consultó con su esposa y ella le hizo ver que la pobre muchacha no haría más que agravar la situación y era mejor que no se le dijera nada, que si dentro de una semana a lo sumo, no se volvían a tener noticias de Wollson, entonces ya sería otra cosa y ya se le podría avisar a Gladys.

Mientras tanto en la Habana sucedían otros acontecimientos.

Desde que Wollson partió para New York, Gladys no estuvo contenta, se sentía triste, nada le agradaba, no salía, no quería frecuentar los círculos sociales; tan sólo por las mañanas salía en su

Rolls-Roice, acompañada de su tía y daban el acostumbrado paseo por «El Prado» o al «Parque de la India» después regresaban a casa, sin tener un rato de tranquilidad. Después del robo del collar que tanta resonancia tuvo y los periódicos se ocuparon bastante, Gladys no podía estarse quieta un sólo momento; empezaba a leer y luego tiraba el libro; comenzaba un cuadro o un bordado y lo dejaba, no sabía qué hacer; todos los días preguntaba hasta cuatro veces diarias a la oficina de la compañía a ver si se habían recibido noticias de su padre. La tía Luisa le decía para consolarla que no era tiempo de que recibieran carta de Wollson, y Gladys contestaba invariablemente:

—No es posible tía Luisa, papá es muy cariñoso y quiere mucho a su hijita para que la haya olvidado; no Luisin, a papá le ha pasado algo, yo no sé qué, pero mi corazón me lo dice, y lo mejor que nosotros podemos hacer es cablegrafiar a Mr. Phillips, pidiéndole noticias de papá.—Y salió corriendo de la habitación y mandó poner un cable a Mr. Graham, Presidente de la Compañía de la cual era socio Wollson y después que despachó el cable se quedó un poco más tranquila.

Al día siguiente se recibió en casa de Wollson el cable de Graham contestando el de Gladys y en que le notificaba: que sentía mucho no poder darle ninguna noticia acerca de Wollson, pues no lo había visto. Gladys sufrió horriblemente, y no sabía qué pensar, estaba desesperada, una congoja terrible le destrozaba el corazón y sin darse cuenta de lo que hacía mandó a la Pacific Mail Company que le reservaran un camarote para el primer barco que saliera el día siguiente para New York. Como a las tres de la tarde recibió un cable donde le decían lo siguiente:—«Wollson grave, accidente automovilístico, desea verla.—Vanderbilt Hospital—» y deshecha en lágrimas corrió donde su tía diciéndole: Verdad que yo tenía razón, mi corazón no me

La Perla de las Antillas

engaña nunca, mira tía,.....»—y enseñándole el cable se arrodilló a los pies de la tía. Desde ese momento se ocuparon de su viaje. La cosa quedó tal como estaba, no hubo tiempo de alzar las cosas delicadas, de enrollar las alfombras, de enfundar los muebles como se hace en las casas grandes, cuando la familia se va de viaje. Molley, como solía llamar Gladys a su niñera, quien adoraba a su niña, quedó encargada de la casa; y al mayordomo le entregaron las llaves. Esa noche llegó Harry Dexter a despedirse, pues embarcaba para New York.

El día siguiente se llegó por fin y cuando el barco iba alejándose de Cuba, Gladys se encontró sobre cubierta con Harry y fué grande la sorpresa que Harry simuló (él sabía demasiado que Gladys viajaría en el barco que él había tomado, por eso mismo lo tomó, y cuando fue a despedirse lo hizo para saber en qué barco haría ella la travesía). En todo el viaje él fué muy atento con las dos viajeras; se mostró tan fino, obsequioso y amable que Gladys le concedió un poco de cariño, pues él la alentaba y le decía que tuviera confianza que su padre se mejoraría con sólo verla, y estos consuelos ablandaron a Gladys. Harry consiguió un poco de confianza de Gladys y el cariño de tía Luisa, que estaba pagada del muchacho.

Una mañana del mes de marzo que tocaba a su fin llegó a New York el barco en que Gladys iba. Una mañana gris, bastante brumosa; todo el espacio estaba como envuelto en una espesa cortina de niebla, el agua mansa y quieta se unía a lo lejos con el cielo, los barcos se veían semi-borrados por la bruma, el sol tiernamente enviaba sus cálidos rayos como temeroso de hacer daño y deseoso de no mostrarse en toda su plenitud, pues el tiempo se lo prohibía; pero allá a lo lejos se divisaba la Estatua de La Libertad. la

gran Señora que nos enseña el camino de New York. A su espalda se notan desde lejos los grandes edificios, tan famosos en el mundo entero, como el Woolworth Building, el Times Build, el Equitable Build, el Metropolitan-Build, el Whitehall el Bankers Trust, y así una infinidad. La llegada a New York fué para Gladys agradabilísima; ella muellemente recostada en la baranda del barco, y provista de unos anteojos de aumento, veía embebida el paisaje que tenía ante su vista: en ese momento se olvidó de la gran pena que afligía su corazón. Tenía un buen Cicerone como era Harry, un conocedor experto y sabía darle tanto colorido a sus descripciones, que se le escuchaba con agrado. Después de pasar el Ferry y pisar suelo New-yorkino, ¡qué agradable y qué satisfacción el ver de nuevo a New York, el país que tanto había deseado conocer.....!—Qué dicha llegar a su verdadero país, hablar su mismo idioma; todo era para Gladys motivo de gusto; y se decía que era un pecado no haber venido antes a New York, si bien es cierto que estuvo un año antes cuando regresaba de Europa pero fué tan a la ligera, que no tuvo tiempo de conocer nada pues tal vez no salió siquiera del hotel donde estaba; pero esta vez se proponía darse un buen tiempo. A medida que recorría las calles el auto que llevaba a Gladys y a su tía, aquélla se embebía en su admiración, pues el New York que tenía ante su vista no se parecía al que describe la Geografía, ni la ínfima descripción de las guías. Este era el New York viviente, el New York afanoso, trabajador, alegre, llamativo, brillante: de una movilidad tremenda que es el principal encanto del rico; New York que dá tanto prestigio a los Estados Unidos y que es conocido en los cuatro ámbitos del mundo por su riqueza y movimiento. «Oh.....! decía, esto es maravilloso, aquí todo es movilo por mecanismo, hasta las mismas personas caminan mecánicamente».

La Perla de las Antillas

—Oiga tía: usted sabe que he visitado Europa y que me encantó; el brumoso Londres, el París chic, la romántica Italia, la seductora Suiza, el incomparable Egipto, y por último la bella y hechicera España; pero me faltaba conocer New York, mi verdadero país.....

—No seas loquilla, Gladys, tú eres cubana y no americana.

—Yo soy cubana cuando estoy en Cuba, mientras esté en New York seré americana; acuérdate tía que soy súbdita americana y además lo soy por vocación, que eso es más fuerte que cualquiera otro argumento.

—Bueno, tú serás americana mientras te dure la chifladura.

—La chifladura como usted dice, me durará toda la vida, pues soy americana: por sentimientos, por costumbres y más que todo, por mi nombre; olvidas tía, que soy hija de un americano?.....

—Bueno Gladys, no hablemos de estas cosas y piensa que tu padre está en un hospital.

—Oh...!, tía, tú me has vuelto a la realidad. Darling, perdóname, y que luego te vea para que te pida de rodillas que perdones mi distracción, en este momento en que tú tal vez estés sufriendo..... ¡Pobre mi padrecito querido.....!

El auto se paró a la puerta principal del «Hotel Commodore» situado al costado norte de la Gran Central, una de las más grandiosas estaciones que tiene New York. «El Commodore» es un hotel lujosísimo que habitan generalmente los grandes ricos europeos. Al pararse el auto descendió Gladys con la majestad de una reina; pidió un Suite para estar más cómodamente y en el sexto piso se alojaron. El primer cuidado de Gladys después de inscribir su nombre, fué correr al teléfono y hojeando la guía buscó el número del Hospital Vanderbilt; se puso en comunicación, pero le esperaba un gran desencanto, del Vanderbilt Hospital contes-

taron a Gladys que era necesario dijera a qué piso había sido destinado el enfermo, pues no se encontraba en el libro de registro. Y tuvo casi un desmayo, y se dirigió a su tía:

—Ya oíste lo que me contestaron del hospital? Ahora tenemos que obrar por cuenta propia. Yo tengo una amiga aquí, fué mi compañera de colegio, y es Newyorkina, debe conocer al Director del hospital, o por lo menos debe saber su nombre. Voy a telefonearle diciéndole que venga. Y al momento se comunicó con ella.

La amiga de Gladys se llama Dally Scott y es una linda y alegre americanita, que con sus ojos verdes color de agua marina y su castaña cabellera, era una personita deliciosa, con su amena y agradable charla hacía la delicia de cuantos la rodeaban. A Dally le gustaba agrandar y atender a todos, pero tenía pocas amigas, y sabía escogerlas; entre las pocas que tenía, sentía especial predilección por Gladys. Cuando Gladys le telefoneó, su amiga no se encontraba en su casa de Riverside Drive y 97—pero al llegar, su madre le dió el recado y luego después se fue directamente al «Commodore» donde la esperaba su querida Gladys. Después de sus expansiones de juventud, Gladys fue directamente al asunto, y dijo a su amiga lo que le pasaba. Dally consoló cariñosamente a su querida amiga y díjola:

—No te apenes querida, yo no conozco al Director del Vanderbilt Hospital, pero conozco a un médico que está allí, es amigo mío y podemos tener confianza en él, yo le telefonearé esta noche y veremos qué puede hacer por tí.

Por esa tarde no se podía hacer nada en beneficio de Wollson. Mientras sucedían estos acontecimientos, Taylor después de su busca infructuosa, bastante apenado dispuso enviar un cable a Gladys notificándole la desaparición de Wollson. Presentó a la Policía una

nota de desaparición del millonario Wollson y puso en movimiento a una sección de Policía. Los principales diarios como el «World» el «New York» «American», y el «Times» se ocuparon bastante de Wollson pero no había esperanza de poder encontrar a los secuestradores, pues no había ninguna pista. Dos célebres detectives entraron en campaña y ya se tuvo alguna esperanza. La Policía registró todos los sitios sospechosos; el Bawery, la parte baja del Eside, Chaina Dawn, una parte del Barrio Italiano; en fin donde se sospechaba se podía encontrar algo que diera luz a un asunto tan difícil, un caso tan oscuro y al que no se le encontraba salida.

Wollson tenía dos semanas de estar encerrado en casa de un italiano que se llama Ytalo Masagetti que se ocupa de comerciar con los estafadores y malhechores de toda especie. Wollson contaba las horas y por más que torturaba su imaginación no podía encontrar un medio de evadirse; por un lado la única ventana, tenía gruesos barrotes y estaba cerrada por tablas clavadas que dejan apenas penerar la luz por las pequeñas junturas; por el otro lado la puerta estaba constantemente custodiada por dos hombres que en cada mano tenían un revólver.

VI.

La Trampa

Wollson estaba desesperado; el primer día quiso mantenerse en su esfera y se dijo: «No tomaré ni agua de estos bandidos».....; pero a los dos días comprendió que no podía estar sin probar bocado, máxime cuando la noche que lo atacaron no había cenado, y no tuvo más remedio que comer el pan duro y el agua, que le daban por todo alimento. La mayor parte del día lo pasaba midiendo a grandes pasos la estrecha habitación pues no podía comunicarse con el exterior de la casa ni aún ver a la demás gente que habitaba aquel terrible tugurio. Transcurrieron quince días en aquella situación, tan desesperante para Wollson, quien creía que allí terminaría su vida, cuando un acontecimiento imprevisto vino a cambiar el estado de cosas.

Como a las 9 de la noche entraron en la habitación dos individuos, que lo amordazaron, maniataron y lo hicieron salir de la casa, y en un oscuro callejón estaba un auto esperándole y en el que le codujeron a una casa de magnífica apariencia de Battery Park, no muy lejos Whitehall. Era la casa de un famoso especialista, y luego que llegó Wollson lo introdujeron a un saloncito, donde estaba sentado a su escritorio

La Perla de las Antillas

el famoso médico; después de cruzar algunas palabras en voz baja con un individuo de traje negro y que se separó del doctor al introducir a Wollson. El doctor tenía el aspecto de un hombre serio; alto, corpulento, de larga barba y espesa cabellera canosa; usaba anteojos. Ordenó que sentaran al paciente en el sofá y que los dos hombres que lo custodiaban lo sostuvieran, y acercándose le descubrió un brazo y le introdujo en la piel la aguja hipodérmica; momentos después el paciente fué quedándose dormido hasta estar completamente insensible. Entonces le quitaron la cartera, reloj, anillo, alfiler de corbata, y todo lo que pudiera identificarlo; lo bajaron y colocándolo en un auto lo llevaron al hospital.—Momentos después de llevarse a Wollson, el doctor telefonó al hospital «Santa Clara», diciendo: que en la puerta de su casa había encontrado a un enfermo; que prepararan una habitación, que luego llegaría el paciente y que al día siguiente que él llegara lo vería, que por lo pronto, lo dejaran reposar.

Al día siguiente de haber llegado Gladys a New York a las 9½ de la mañana se presentó Dally y dijo a Gladys no saliera, que llegaría el doctor Wright. Acababa de dar las 11½ el reloj del «Commodore», cuando se presentó en el Hall del Hotel: un amplio local bellamente adornado de palmeras y helechos; en un sofá estaban Gladys y su amiga; al acercarse el doctor Wright, Dally hizo las presentaciones. Gladys expresó al doctor sus deseos.—Lawrens Wright era un hombre agradable, bastante joven todavía para su mérito, pues no contaba más de 30 años; era guapo, alto y elegante. Su carrera habíale dado prestigio y dinero; su carácter suave y generoso le había captado muchas simpatías y clientes, y su nombre se había ido formando por sí sólo. El doctor Wright al despedirse de Gladys le prometió aliarse a ella y hacer por su causa to-

do lo que le fuera posible. Wright al salir fue directamente al «Santa Clara Hospital» a donde tenía que visitar sus enfermos. Este hospital era una Casa de Salud particular de un eminente especialista.

Harry no había dado señales de vida por el «Commodore» aunque había prometido a Gladys ir a visitarla y ayudarla en el accidente de su padre. Gladys se encontraba en una situación bastante difícil, pues su nuevo amigo el doctor Wright le dijo que le dejara averiguar algo primero y después daría parte a la Policía; y en esta incertidumbre horrorosa se pasó el día; como a las 5 de la tarde recibió un mensaje telegráfico de Wright en que le decía lo siguiente:—«Acabo de salir del «Santa Clara Hospital» donde me encontré con un nuevo paciente que tiene las mismas facciones de su padre, según la descripción que usted me dió; no puedo darle más explicaciones por ahora, pero mañana si usted quiere tener la amabilidad de venir a mi clínica en Riverside Drive entre 93 y 94, a las 10 de la mañana, tendré especial gusto en complacer a usted».

Gladys al leer este telegrama, dijo a su tía que tenía que ir temprano el día siguiente donde el doctor Wright y que ella se quedara en el hotel esperando a Dally y le dijera donde había ido. Y que la esperara que tenía que decirle muchas cosas de importancia.

Esa noche no llegó Dally y no pudo hablar con ella Gladys y pensando en todo, volvió a leer el mensaje del doctor Wright, hasta grabárselo en su imaginación. La tía Luisa hizo ver a Gladys que le extrañaba que el doctor Wright no hubiera ido el mismo al hotel en lugar de citarla a su clínica.

—Mira tía, aquí no se trata de niñerías, éste es un asunto de vida o muerte, además yo no soy ninguna chiquilla y puedo ir donde el doctor Wright.—Otra cosa, piensa en que el doctor Wright

La Perla de las Antillas

tiene que atender a muchos enfermos, visita dos hospitales y además él no es la parte interesada en descubrir este asunto; así es que él se presta generosamente a tomar parte en él, y nada más.

—En fin, Gladys, tú debes saber lo que haces, yo sólo te hago ver que me extraña que él te llame.

—Tía, no te apenes por una simpleza, pues tenemos otras cosas graves que deben ocuparnos, además, estamos en New York y no en la Habana, y aquí no es mal visto que una muchacha entre sola en la clínica de un médico, pues aquí se respeta mucho a la mujer; a pesar de que la mujer goza de tanta libertad, casi como el hombre; y quizá esa sea la causa para que la respeten; ella misma se hace respetar y se sabe defender, y cuando una mujer se pierde es por su propio gusto.

—Oyeme, Gladys, yo sé que tú sabrías evitar un peligro y también sabrías defenderte, pero este mundo es tan malo y traicionero que nos enseña un camino de rosas, pero nos esconde las espinas, y cuando más descuidadas estamos nos pinchamos y no sabemos como fué, y por qué.....

—Querida tía, no me vayas a vaticinar algo malo, pues suficientes sufrimientos tengo para querer otro, dejemos esta conversación, por ahora.

—Bueno, si a tí te desagrada, hablaremos de otra cosa.

El siguiente día, a las 10 menos 10, descendía de un Boss en la esquina de 93 y Riverside; Gladys Wollson. Había dispuesto hacer el recorrido en Boss con el objeto de gozar un poco de aire húmedo y agradable de aquella mañana de fines de marzo. Era una mañana algo gris, el ambiente saturado de humedad, pues la noche anterior había caído una fuerte nevada; a esa hora Gladys iba por primera vez por aquella calle tan aristocrática, hora en que muchas damas elegantes y ricas dan su acostumbrado paseo matinal, en cualquier estación del año—La grama que bordea este paseo en gracioso

sos arriates y plazoleas estaba todavía cubierta de nieve; los árboles tenían en sus ramas copos de blanca nieve que el sol suave y tenue no había derretido con su calor.—Allí el movimiento es asombroso, ir y venir de autos de todos tamaños en los que apenas se divisa el brillo de la seda, la piel de los abrigos o la carita chata o aguda de un perrito.—A la orilla del paseo, al lado del Hudson River, sentados en bancos bajo los árboles, o paseando por un sendero enarenado van multitud de lindos y rubios niños, caminando de la mano de su madre o ya, o en cochecitos cargados de juguetes y dulces. Es un conjunto encantador; después del gran Hudson, la ribera semi-cubierta de nieve; varios cruceros de guerra que forman una mancha gris en la limpidez del río, algunos Ferry Bouts que hacen la travesía del Hudson, grupos de marinos diseminados por los alrededores.—Oh...! allí todo es belleza.—Gladys admirando aquel encantador paisaje se siente satisfecha y gozosa; su espíritu se ensancha, su alma se alegra y sube hasta su corazón una ola de agradable bienestar que se olvida por un momento de la triste situación en que se haya. Entre la acera y la vía de automóviles hay una ancha faja de verde grama.—Estaba en la propia esquina de la 93 un simpático muchacho que tenía en la mano una correa a la que estaba atado un pequeño Fox-Terry. Al pasar Gladys cerca de este muchacho, quien la seguía con la vista, pues le había agradado la elegancia e impresionante belleza de la muchacha, no se dió cuenta de que se había deslizado de su mano la correa del perro; y el muy pícaro iba pisando los talones de Gladys. El dueño llamó al perro por su nombre: éste se hizo el disimulado y siguió su camino; entonces el muchacho vino a traerlo pero en ese preciso momento dos individuos de mala trasa interceptaron el paso a Gladys y tomándola en brazos la introdujeron en una casa en construcción que es-

La Perla de las Antillas

taba al lado.--Gladys al sentirse asida por los brazos dió un grito de espanto y tuvo tiempo de pedir auxilio y luchaba desesperadamente por desasirse de aquellas férreas manos que en el acto le taparon la boca. El desconocido al ver lo que sucedía a aquella indefensa muchacha corrió a ella, e interponiéndose abofeteó a los agresores y con la ayuda de Fox-Terry que mordía la pierna de uno de los malhechores.--Un policía que se paseaba por allí, oyó los furiosos ladridos del perro y se acercó a ver lo que sucedía.--Al ver al policía los pícaros tomaron la retirada, pero el perro tenía asido por el pantalón a uno, y fué el que pudo ser capturado debido a la cooperación del Fox-Terry. El policía preguntó a Gladys que cuál había sido el motivo de la agresión, y ella se explicó de este modo.--Yo venía por la acera cuando los dos hombres me interceptaron el paso y me sujetaron fuertemente; yo jamás he visto sus caras y no sé porque me agredieron; lo único que no sé es lo que me hubiera sucedido sin la ayuda de este caballero. El desconocido dijo: es cierto todo lo que esta señorita dice, tal como lo ha contado sucedió, y yo creo que el único móvil fué el robo pues la señorita lleva un lindo bolsito. El celador del orden público cogió en sus manos el diminuto bolso: era de filigrana de oro, el botón que servía de presión, era una roseta de perlas y una esmeralda al centro.--Examinó detenidamente el objeto y después examinó a Gladys y anotó su dirección: y conduciendo al ladrón al primer taxi que encontró se dirigió a la comisaría. Al separarse el policía, Gladys dió muy conmovida las gracias a su libertador, quien se ofreció a acompañarla hasta su destino.--Ella díjole:

---Gracias caballero, aquí nomásme quedo, voy a casa del doctor Wright, un médico.

---Oh!..... Señorita, usted a equivocado la dirección, pues si se trata del doctor Lawrens Wright, no es por aquí.

---Oh!, pero entonces no vive él en el 1492 Riverside Drive.....?

---No señorita, absolutamente, él vive al otro lado de Broadway en 77 y Central Park, en una casa de apartamentos que se llama «Lincoln».

---Pero entonces porqué me dá esta dirección, vea usted.---Y sacando el mensaje telegráfico de su bolsito, se lo mostró a su defensor.---Este desconocido no era otro que Jack Taylor, el hijo del abogado de Wollson; pero Gladys no lo sabía, pues el muchacho no había dado su nombre.---Jack se sorprendió bastante al ver aquel nombre, pues era el de su amigo, y dijo:

---Francamente, señorita, me extraña sobremanera esto, pues yo soy amigo del doctor Wright y yo sé demasiado dónde vive, y si usted me lo permite, puedo conducirla a la casa de Wright; aunque sé que a esta hora no está él en su casa, pues debe estar visitando sus enfermos del «Hospital Vanderbilt».

---Oh, caballero, le agradezco en el alma su generosidad para conmigo, yo regresaré a mi casa.---¿Quiere tener la amabilidad de decirme a quién debo mi defensa del atentado de hace un momento?

---Con gusto, señorita,---voy a presentar a usted su defensor---tomando en sus brazos al inteligente perro, la dijo:

---Este es «Peter» un buen muchacho, que prontete mucho y que bastó ver a usted para que le agradara---y dándole la mano:---Jack Taylor, un admirador suyo.

Gladys estrechó la mano que se le tendía y con su encantadora sonrisa se despidió de él.---Se acercó a la avenida y tomó un taxi.---Jack quedóse viéndola desaparecer, como algo que se esfuma, como una ilusión que se pierde, sintió no haberla preguntado su nombre, ella sólo dijo: me llamo Gladys y vivo en el «Commodore»---y pasándole cariñosamente la mano por la cabeza a su perrito,

La Perla de las Antillas

le dice:—Verdad Peter que es encantadora...?a tñ debo el haberla conocido»—y sonriéndose se alejó del lugar.—Gladys iba pensando: que Jak era un valiente y simpático muchacho, que tenía el gesto varonil y una agradable sonrisa, era un NICE BOY y se dijo en voz baja: De cuantos he conocido, éste es el que más me agrada..... y al decir ésto se sonrojó pensando que eso era decir mucho. Al regresar al hotel se encontró con Dally que estaba muy apenada, y le contó lo que había sucedido en su ausencia.

—Tu tía me contó que Wright, te había escrito dándote una cita y tú acababas de salir para allá.—A mí me extrañó mucho, pues a esa hora Wright se encuentra en el hospital, pero no dije nada; pero diez minutos después te llamaron por teléfono y fui yo quien contestó y—cuál sería mi sorpresa.....? al decirme el doctor Wright que si tú estabas allí para darte una noticia.—Yo le dije, que me extrañaba que te llamara, pues te había citado para su casa y que tú hacia media hora que habías salido para allá, y le conté lo del telegrama, él se apenó mucho, y dice que no te ha dirigido ningún telegrama, y que dentro de media hora estaría aquí.—Tu tía al oír ésto le dió un desmayo, pero ya está bastante mejor, y tú ya puedes entrar a verla».

Y diciendo ésto se llevó a Gladys a la habitación de tía Luisa.—La pobre tía se encontraba ya bastante mejor y al ver a Gladys se enderezó y dijo:—«Ven, hija mía, mi nena, querida; creí que te había perdido para siempre, y sufrí mucho.»

—No tía de mi alma, no se apene usted; que gracias a Dios, estoy sana y buena—y besando amorosamente a su tía, se sentó cerca de la cama. En ese momento anunciaron al doctor Wright, a quien hicieron pasar.—Al ver a Gladys, su sorpresa no tuvo límites y preguntó a Dally qué pasaba—Gladys contó lo que le había sucedido y que gra-

cias a la generosa defensa de un joven se había salvado, pero que a su modo de ver, el móvil era el robo; pero Wright pensaba que no era así, y explicó el porqué, basándose en el falso telegrama. El Dr. Wright se expresó de este modo:

—Srita. Wollson, no nos queda más que un camino para descifrar el difícil asunto y es éste: Ud. debe ver al paciente que tiene tanto parecido con el padre de Ud. y si logramos identificarlo, entonces, por él mismo **lograremos** tener más datos para saber ¿por qué lo llevaron al «Santa Clara»? Esta tarde voy a tomar una instantánea de él y se la mostraré, y si Ud. reconoce a su padre, entonces nos valdremos de algo para sacarlo de allí, pues a mí no me **agradaría** ver a una persona de su clase en aquel Hospital, aunque sea un sitio **sano**»:

El Dr. Wrihgt después de hacer prometer a Gladys que bajo ningún pretexto saldría sola a la calle; podía hacerlo con su tía o con Dally, pero completamente sola nunca, pues por ahora, tenía mucho peligro, porque los bandidos acechaban el menor descuido: Después se fue. La tarde se pasó sin ningún incidente digno de mencionarse. Esa noche era sábado, noche de concierto y Gladys por distraerse, dispuso bajar al comedor general. Un soberbio lugar, regiamente decorado, miles de foquillos eléctricos encerrados en lujosas lámparas, Dally había sido invitada para esa noche por Gladys y a las 9 menos cuarto se presentó en el Hall del Hotel. Al entrar Gladys en el salón causó alguna admiración, tanto por la riqueza de sus joyas, como por la esplendente belleza de su semblante, a pesar de ser tan joven se leía en el fondo de sus glaucos ojos una tristeza que daba más atractivo a su juvenil rostro. Gladys notó que desde que se **sentaron** a la mesa algunos caballeros de una mesa cercana dirigían miradas hacia ella, y alcanzó a oír que entre la conversación que

La Perla de las Antillas

sostenían, pronunciaban el nombre de Wollson. Sentado a poca distancia se encontraba también Richard Graham, hijo de Graham el Presidente de «Wood National Company» en compañía de un amigo suyo, Richard al conocer a Dally se levantó de su mesa y se dirigió a saludarla: Dally lo presentó a sus amigas. Dally sin afectar interés y con la mayor sencillez preguntó a Richard si conocía a un caballero que estaba en la mesa vecina. Richard lo reconoció y dijo en el acto «es Walter Phillips, el Gerente de la «Wood National Company», y se despidió.

Al terminar de cenar Gladys y sus compañeras se dirigieron al Salón de baile, allí se reunió a ellas Richard Graham y presentó a sus amigas a Jim Davis, hijo del Banquero Davis, capitalista del «National American Bank» de Wall Street. Jim al ver a Gladys le agradó mucho, y pidió a su amigo que lo presentara a su nueva amiga. Richard era un buen amigo y trató de interesar a Gladys respecto a Jim. Ella al saber que aquel muchacho que le acababan de presentar era hijo del Banquero Davis, socio del The National American Bank, recordó que su padre tenía dinero en aquel Banco, que ella llevaba consigo un libro de cheques de dicho Banco; trató de atraerse a Jim, para que al ir a sacar dinero no le pusieran ningún estropiezo. Jim al saber que ella era una cliente de su padre, fué más afectuoso y la dijo:

—Miss Wollson, cuando Ud. vaya a cobrar dinero al Banco de mi padre llámeme por teléfono que yo tendré sumo gusto en guiar a Ud. Mi teléfono es 5706 Worth».

La pieza terminó y al pasar del salón de baile a un saloncito de descanso, Gladys vió a un caballero que hablaba con una señora y reconoció en él a Phillips. En ese mismo momento vino hacia ella Richard. Gladys era una muchacha que sa-

bía sacar partido de todo y aprovechaba las ocasiones.

—Oiga Richard; yo desearía conocer a Mr. Phillips—quiere Ud. presentármelo?

—Con mucho gusto, Srita. Wollson, en este momento se lo traigo—y desapareciendo en medio de aquella abigarrada multitud, fue derecho a Phillips. Un momento después regresó al lugar donde se encontraba Gladys con su amiga, trayendo a Phillips; después de los obligatorios saludos, Richard llevóse a Dally, dejando a Gladys con Phillips. Gladys fue derecho al asunto y dijo a Phillips que si sabía lo que le sucedía a su padre.

—Oh, sí, Srita., y lamento mucho no poder proporcionar a Ud. más datos, pero si Ud. cree que puede serle útil mi cooperación, con sumo gusto puedo servirla».

—Oh, Mr. Phillips! no esperaba menos de Ud.; muy agradecida quedará la hija de su amigo.

—Mañana telefonaré a Mr. Taylor para que la ponga al corriente de los asuntos. El, de seguro, tendrá un gran gusto al saber que Ud. se encuentra aquí.

—«Yo tengo grandes deseos de conocer el abogado Taylor; porque además de ser un gran amigo de mi padre, es mi tutor, y desde pequeña he sentido gran cariño por él.....

—«Pues mañana Ud. lo verá, porque es casi seguro que él tiene deseos de conocer a Ud.; por la mañana lo llamaré, y en la tarde de mañana a más tardar le verá Ud.».

—Infinitas gracias, desde el fondo de mi corazón, Mr. Phillips, por sus generosas palabras». Y después de despedirse de Gladys salió Phillips pensando que Gladys era una gran muchacha de todo punto de vista: Rica, bella, inteligente y un gran corazón. El día siguiente como a las 11 de la mañana, Gladys y su tía llegaron a Wall Street, la calle de los grandes negocios, donde se halla la

La Perla de las Antillas

Bolsa, los Bancos más grandes; donde se encuentran la derrota o la riqueza de los bolsistas.

Es una calle estrecha que desemboca en Broadway y toma de frente la Iglesia de la Trinidad, una calle que generalmente es transitada por banqueros, oficinistas, comerciantes y todos aquéllos que tienen negociaciones allí. A la puerta del «The National American Bank», se paró un lujoso Packard, descendió Gladys y se dirigió a uno de los elevadores; subió al tercer piso, en donde estaba la oficina donde trabajaba Jim Davis, buscó su escritorio en el salón verde y cerca de una ventana lo vió sentado ante su máquina. Gladys al entrar, fue directamente a él, y éste al verla se levantó y amablemente la recibió. Después de conversar, dijo Gladys que su objeto era extender un cheque por valor de \$1.000, (mil dollars) y sacando su libro de cheques se dispuso a firmar. Jim con suma atención, le cedió su lugar en el escritorio; ella sonriendo se sentó y embromando a Jim, le dice con una picarezca mirada:

—Seré yo la primera muchacha que se sienta a a este escritorio, Jim.....?

—Ah,.....Miss Wollson; Ud. es la única que ha concedido esa dicha a este servidor suyo, que con gusto le tributaría un gran homenaje, si Ud. se lo permitiera.....»

Gladys levanta poco a poco los ojos y los fija un segundo en el semblante del muchacho y muy complacida de las galantes frases, se levanta y dice:

«—Le doy las más expresivas gracias por sus finezas, es Ud. un buen amigo».....

—Srita. Wollson, me permite que la llame por su nombre, y que seamos amigos.....?

—Seguro.....!

—Gracias, Gladys.....!

Y galantemente la ayudó a envolverse en su magnífico abrigo, saliendo los dos del salón. Al-

gunos momentos después regresó Jim y sentándose a su escritorio, se ocupó de su trabajo.

Quince minutos después, regresa Gladys, bastante apenada, le explica a Jim lo que acaba de sucederle.

«—Al tomar uno de los elevadores, en el preciso momento que entré, penetra un individuo que al llegar al piso bajo salió primero y se dirigió por un pasillo; yo salí después, y al pasar frente a un espejo me miré en él, y noté que mi bolsa estaba abierta; inmediatamente la safo de mi brazo, y no encuentro ni el dinero ni el libro de cheques, mi sorpresa fué grande, busqué y no encontré al individuo que bajó conmigo, salgo a la calle y la exploro con la vista de arriba a abajo y no le veo, me llegué al auto donde dejé a mi tía y dije lo sucedido, al momento regresé aquí para poner en conocimiento del Banco». Todo esto lo explicó Gladys en español, pues Jim hablababa un perfecto español. Jim se quedó callado y con la cabeza baja y luego dijo:

«—Le agradezco que Ud. haya venido inmediatamente hacia acá. Créame Gladys, yo siento en el alma lo que le sucede, y tengo que llevarla donde el Gerente para que Ud. misma le cuente lo sucedido y dé orden de no pagar ningún cheque de su libro hasta que aparezca, o seguir los trámites del robo».

Los dos se alejaron. Ralph Kennan, Gerente del «The National American Bank» oyó el relato de Gladys que contó con todos sus pormenores».

—Siento mucho lo que acaba de acontecerle, Srta. Wollson; pero no podemos hacer nada por Ud., pues las leyes de nuestro banco son muy delicadas y nos prohíben hacer algo en beneficio suyo, ni nos es permitido entregar ni un centavo del capital de su padre sino con orden expresa de Mr. Wollson».

Minutos después regresó Gladys bastante des-

La Perla de las Antillas

consolada. Jim, con frases cariñosas la animaba, pero Gladys dice muy conmovida;

—Oh, Jim, tengo tan poco dinero en casa que no sé cómo me las voy a arreglar; además yo necesito tener suficiente dinero, pues con la desaparición de mi padre, estoy gastando mucho, y créame: tengo tan pocos amigos en New York...! no sé que pensar, no sé lo que voy a hacer cuando se me acabe el dinero, de que dispongo...!

«—Amiguita mía. óygame un momento, querida Gladys, podemos hacer una cosa: Si Ud. tiene dinero en otro banco, podemos endosar el cheque, a la orden del otro banco donde tenga Ud. el dinero».

«—Gracias, Jim, es Ud. generoso y me devuelve un poco de tranquilidad. Voy a buscar en mi equipaje, a ver si traje el libro de cheques del «Banco de Inglaterra» y si lo encuentro, tal vez se arregle esto». Jim cogió las dos manos de Gladys y estrechándoselas cariñosamente la condujo por el pasillo. El elevador se para ante el piso tercero y sale de él una bellísima muchacha envuelta en un soberbio abrigo de piel de Foca, pasó junto a la pareja que nos ocupa y siguió hasta el salón verde, pero tuvo tiempo de ver que Jim apretaba las manos de una rubia muchacha y la envolvía en la más cariñosa mirada; ésto la puso fuera de sí y se dijo mentalmente y muy enojada; «Yo jamás he recibido una mirada tan amorosa de sus ojos y nunca me acompaña al elevador, muchas veces ni siquiera se mueve de su asiento para despedirme, y dice que yo vengo a quitarle su tiempo»,

La que se expresaba en estos términos, era una linda bailarina del «Ziegfeld Follies», del cuadro de bailarinas más grande, más bello, y más lujoso. Las Follies que dirige Samuel Ziegfeld, con grandes creaciones en el Teatro de su Nombre, tienen la más grande demanda que pueda haber en New York. Esta encantadora muchacha está

gunos momentos después regresó Jim y sentándose a su escritorio, se ocupó de su trabajo.

Quince minutos después, regresa Gladys, bastante apenada, le explica a Jim lo que acaba de sucederle.

«—Al tomar uno de los elevadores, en el preciso momento que entré, penetra un individuo que al llegar al piso bajo salió primero y se dirigió por un pasillo; yo salí después, y al pasar frente a un espejo me miré en él, y noté que mi bolsa estaba abierta; inmediatamente la safo de mi brazo, y no encuentro ni el dinero ni el libro de cheques, mi sorpresa fué grande, busqué y no encontré al individuo que bajó conmigo. salgo a la calle y la exploro con la vista de arriba a abajo y no le veo, me llegué al auto donde dejé a mi tía y dije lo sucedido, al momento regresé aquí para poner en conocimiento del Banco». Todo esto lo explicó Gladys en español, pues Jim hablababa un perfecto español. Jim se quedó callado y con la cabeza baja y luego dijo:

«—Le agradezco que Ud. haya venido inmediatamente hacia acá. Créame Gladys, yo siento en el alma lo que le sucede, y tengo que llevarla donde el Gerente para que Ud. misma le cuente lo sucedido y dé orden de no pagar ningún cheque de su libro hasta que aparezca, o seguir los trámites del robo».

Los dos se alejaron. Ralph Kennan, Gerente del «The National American Bank» oyó el relato de Gladys que contó con todos sus pormenores».

—Siento mucho lo que acaba de acontecerle, Srita. Wollson; pero no podemos hacer nada por Ud., pues las leyes de nuestro banco son muy delicadas y nos prohíben hacer algo en beneficio suyo, ni nos es permitido entregar ni un centavo del capital de su padre sino con orden expresa de Mr. Wollson».

Minutos después regresó Gladys bastante des-

La Perla de las Antillas

consolada. Jim, con frases cariñosas la animaba, pero Gladys dice muy conmovida;

—Oh, Jim, tengo tan poco dinero en casa que no sé cómo me las voy a arreglar; además yo necesito tener suficiente dinero, pues con la desaparición de mi padre, estoy gastando mucho, y créame: tengo tan pocos amigos en New York...! no sé que pensar, no sé lo que voy a hacer cuando se me acabe el dinero, de que dispongo...!

«—Amiguita mía. óygame un momento, querida Gladys, podemos hacer una cosa: Si Ud. tiene dinero en otro banco, podemos endosar el cheque, a la orden del otro banco donde tenga Ud. el dinero».

«—Gracias, Jim, es Ud. generoso y me devuelve un poco de tranquilidad. Voy a buscar en mi equipaje, a ver si traje el libro de cheques del «Banco de Inglaterra» y si lo encuentro, tal vez se arregle esto». Jim cogió las dos manos de Gladys y estrechándoselas cariñosamente la condujo por el pasillo. El elevador se para ante el piso tercero y sale de él una bellísima muchacha envuelta en un soberbio abrigo de piel de Foca, pasó junto a la pareja que nos ocupa y siguió hasta el salón verde, pero tuvo tiempo de ver que Jim apretaba las manos de una rubia muchacha y la envolvía en la más cariñosa mirada; ésto la puso fuera de sí y se dijo mentalmente y muy enojada; «Yo jamás he recibido una mirada tan amorosa de sus ojos y nunca me acompaña al elevador, muchas veces ni siquiera se mueve de su asiento para despedirme, y dice que yo vengo a quitarle su tiempo».

La que se expresaba en estos términos, era una linda bailarina del «Ziegfeld Follies», del cuadro de bailarinas más grande, más bello, y más lujoso. Las Follies que dirige Samuel Ziegfeld, con grandes creaciones en el Teatro de su Nombre, tienen la más grande demanda que pueda haber en New York. Esta encantadora muchacha está

locamente enamorada de Jim. Este la corteja por mera entretención, por tener a quien obsequiar, y le gusta acompañar a Peggy Johnson—que así se llama ella—porque es bellísima, elegante, viste con lujo y sabe agradar. Al americano lo que más le gusta, es que la mujer que lo acompañe sea admirada tanto por el lujo, como por su elegancia, y lo que más odia es que la mujer lo ponga en ridículo, eso no lo perdona. Y era por lo que más le agradaba Peggy, por su elegancia y por que era admirada en los Clubs, Dancing y lugares donde él solía llevarla.

Ella ama desinteresadamente a Jim, lo quiere con un amor romántico, siente por él una especie de adoración, cosa rara en una mujer de su condición, pues éstas buscan sólo el lucro, y su amor lo ceden por joyas, por trajes costosos, por pieles, o por un automóvil de último modelo. Al entrar Jim saludó cariñosamente a Peggy, y se engolfó en sus asuntos. Peggy se le acerca y dice mimosa:

—Mira, Jim; hoy no vengo a quitarte tu tiempo, vengo sólo a invitarte para ir a cenar esta noche en casa de una amiga; esta noche no trabajo y aunque se opongan todos los Diosos del Universo yo no trabajo, Ziegfeld puede prescindir de mí por esta noche.

—Pero Peggy, tú estás loca, no ves que si no vas al teatro esta noche, te pueden destituir...?

—No,...No....! No pueden destituirme, pues ya puse una excusa, además es el día de mi cumpleaños y tengo que celebrarlo....»

—Piénsalo bien; mira, te voy a dar un consejo: es una lástima que una muchacha que luce tanto en las tablas la destituyan por una simpleza; tú sabes demasiado lo difícil que es ser admitida en «Ziegfeld Follies» y allí se te presenta un buen porvenir. Si tú permaneces en las Follies luego tendrás una bonita suma ahorrada y puedes casarte

La Perla de las Antillas

con un millonario de éstos que andan a caza de muchachas bonitas.

«—Oyeme Jim; no me digas nada que no me harás ceder, pues si me destituyen, tú me sostendrás, no te seré gravosa, pero sí muy fiel, de eso tú tienes la prueba, pues no he querido aceptar a aquel millonario de Chicago, ni aquellos gomosos de Long Island».

—Oye Peggy...; qué es lo que tú piensas...? te has creído que soy sumamente rico para poder sostenerte...?

—Eres el hijo del Banquero Davis, un millonario, y por lo tanto puedes disponer de unos cuantos millones....!

—No, Peggy, no juegues de esta manera, que vas a perder la cabeza; es una lástima que una muchacha inteligente como tú hable de esta manera.

«—Bueno, Jim,—vienes o no esta noche....?»

—Bien, iré. Pero si te despiden del Follies, ya sabes; no cuentes conmigo, tú serás la única responsable de lo que te suceda.

—Gracias, se vé que eres muy amable. A las 9 te espero en el «Anbassador», para ir a casa de mi amiga Corine». Jim se despidió de Peggy en la puerta del salón. En ese mismo momento se acerca una graciosa muchacha que tiene el aspecto juvenil y que parece todavía una colegiala, no es bonita pero tiene una carita tan dulce, que dan ganas de quedársele viendo. Dirigiéndose a Jim, le dice:

«---Caballero,---quiere tener la amabilidad de decirme cuál es la oficina de mi padre, Mr. Mayers....?»

«—Con mucho gusto Srita., puedo conducirla hasta la puerta de la oficina de Mr. Mayers»—y dejando plantada a Peggy, se alejó con la hija del Director del Banco. Jim regresó muy contento y traía en su mano una moneda; la veía y reveía, diciéndose en su interior:

dirigirse a la calle, se encuentra con Harry Dexter que saludándola con atención, simula una gran sorpresa al encontrarla en el Banco, él la acompaña hasta el automóvil y despidiéndose, ve partir el auto que se dirige a Broadway. Harry se dice:

«Qué rara la encuentro, no es la misma, o es efecto del robo o desconfía de mí. No...!--esto último no lo creo, pues no creo que sea tan lista, además yo le he dado pruebas de gran cariño. Es como todas las mujeres; si no se les hace abiertamente la corte, no nos ponen atención; es como todas las latinas, hay que ser atrevido con ellas, para que no nos desprecien, o hay que ser indiferente como con las americanas, para que ellas nos busquen o se interesen por nosotros. Bien está, probaremos fortuna de otro modo»--y diciendo ésto, se alejó de allí.

Es necesario dar algunos datos acerca de Moore. Este, al llegar a New York, lo primero que hizo fué avistarse con sus afiliados y ponerse de acuerdo en los trabajos que iban a emprender; recibió todos los apuntes de lo que habían hecho sus secuaces, y qué había sido de su prisionero; tuvo todos los pormenores y luego averiguó dónde se hospedaba Gladys, puso un vigilante en el «Comodore» para que lo tuviera al corriente de todo lo que sucediera allí. Él ordenó el secuestro frustrado de Gladys aquella mañana en Riverside Drive, después, él fué el individuo que hizo el robo de el libro de cheques y los 1000 dólares a Gladys en el elevador del «National American Bank»; y de Moore vienen todos los peligros y disgustos que sufre Gladys, quien todas las pérdidas y gastos soporta con resignación, con tal de encontrar a su padre.

Al regresar Gladys al Hotel, le avisa su camarera que el Dr. Wright le llamó por teléfono. Gladys inmediatamente llama a casa del Dr. Wright y le contestan, que no está en casa. Llama al Hos-

La Perla de las Antillas

pital «Vanderbildt» y obtiene la misma contestación. Gladys, muy apenada, no sabe qué hacer. Le sirven el lunch y no quiere comer, tía Luisa que por más penas que tenga siempre come con apetito, dice a Gladys que tome algo, que no puede permanecer sin comer y que para tener fuerzas para hacer algo, es necesario comer. Gladys, más por obedecer a su tía, se sienta a la mesa y toma un vaso de vino, unos biscochos y se levanta.

«—No puedo, es imposible, no me pasa nada, la garganta se me cierra, y el desconsuelo se apodera de mí, al ver la impotencia mía para defender a mi padre de tan grandes sufrimientos y de crueles enemigos. Oh...tía!, esto es para volverse loco.

—No Gladys, querida, tú verás que con la ayuda de estos buenos amigos, llegaremos a encontrar a tu querido padre.

«---Pero mientras tanto me consume la impaciencia, y no sabemos si mi padre estará vivo o muerto, y estará sufriendo a saber de qué manera....!

--Oh!, pero no te apenes y llores de ese modo, Gladys, querida, piensa que hoy más que nunca tiene tu padre necesidad de tí, que tú eres la única llamada a devolverle la libertad a tu papá querido, y si tú te pones así, yo no sabré qué hacer...!

---Perdóname tía, este momento de debilidad, yo te prometo ser fuerte de hoy en adelante, suceda lo que suceda.

En este momento anunciaron al Dr. Wright....

VII

Un Aliado

Gladys se levantó inmediatamente y fue al saloncito contiguo a recibir al Dr. y su sorpresa no tuvo límites cuando el Dr. dice:

—«Srita. Wollson, aquí presento a Ud. mi más querido amigo y que él puede ayudarla y protegerla como yo mismo.

Gladys reconoció en el acto en el amigo de Wright al joven simpático que la salvó de los malhechcres en Riverside. Y estrechándole la mano, dice al Dr.:

—Muy agradecida, Dr., por su amabilidad en buscarme un buen protector en este amable caballero, máxime cuando él fué quien me salvó del atentado de la Calle Riverside.

El Dr. Wright no volvía de su sorpresa y dirigiéndose a Jack:—Pero bien---y tú por qué no me habías contado que eras el héroe de ese pasaje...? ---y que la señorita Wollson cuenta con lujo de detalles y te está sumamente agradecida desde el fondo de su corazón...?

Gladys se sonroja y dice:

--Es cierto Jack, puede Ud. contar con mi más grande agradecimiento.

--Señorita Wollson, yo la salvé del atentado de Riverside sin saber quién era Ud., sólo porque

La Perla de las Antillas

era una muchacha indefensa y mi corazón me lo dictó. Ahora tengo la obligación de protegerla tanto por el cargo que me confiere mi amigo, como porque acabo de saber que Ud. es pupila de mi padre.

—Oh,—pero Ud. es hijo del Senador Frank Taylor,---el apoderado de mi padre...?

---Sí, Señorita, a la orden de Ud.

---Oh, Jack...! cuánto me alegro,---de hoy en adelante no seremos sólo amigos, sino que nos veremos como de la familia, verdad...?

---Para mí es de gran satisfacción esta grata noticia y cuente que sabré aprovechar la generosidad con que Ud. me distingue.

Wright, interviniendo dice:

«---Bueno queridos amigos, me congratulo por haber sido yo quien los acerca, pero disponen de tiempo suficiente para hablarse de Uds. mismos y yo tengo que cumplir mi misión ante Ud., Gladys.

---Dr. Wright, perdone Ud.¡ pero es tan grato encontrar un amigo en quien depositar nuestra confianza y saberse comprendida y ayudada en sus sufrimientos....!

---Bien, Señorita Wollson, lo comprendo. Venga Ud. a sentarse; aquí estaremos más apartados y podremos hablar sin ser escuchados.

Sentáronse en un sofá que había en un ángulo del saloncito. El Dr. Wright sacó de su cartera una fotografía del paciente del Santa Clara y se la entregó a Gladys. Esta dió un leve grito al reconocer a su padre, pues aunque estaba bastante desfigurado, con la barba que le había crecido y un gesto duro, se notaba en la comisura de los labios y en la frente. Jack y tía Luisa que conversaban no lejos de allí, se acercaron para saber de qué se trataba. Tía Luisa lo reconoció en el acto; cuando le llegó el turno a Jack, dijo: que reconocía a Wollson y que la última vez que lo había visto, fué una noche hacía quince días cuando Woll-

son vino a su casa a buscar a su padre. El Dr. Wright se explicó de esta manera:

—Ayer, cuando pasaba por el cuarto donde tienen al paciente, me entré disimuladamente y tomé la fotografía; estuve un momento sin salir ni hacer ruido para que no fuera a entrar la enfermera que lo cuida, pues si me halla dentro se lo hubieran dicho al Director y eso me hubiera costado caro, pues es prohibida la entrada de otros médicos al cuarto N° 6, donde está encerrado el paciente. Pude examinarlo a la ligera, para cerciorarme de su estado, y ví que está completamente vivo y sano, lo mantienen anestesiado para que permanezca dormido y no pueda darse cuenta del lugar donde se encuentra. Mañana haré lo posible por entrar y despertarlo, le diré que U.d. se halla aquí y que se ocupa de salvarlo de las garras en que se encuentra y que tenga confianza en mí que soy un amigo suyo.—Y así hablando, siguieron hasta como a las 3 de la tarde, hora en que se fue el Dr. Wright. Jack se quedó, pues Gladys lo invitó a tomar el té. Jack estaba encantado de la vida, y para hacer olvidar a Gladys sus sufrimientos y alegrarla un poco, dispuso describirle los mil encantos que encierra New York. Jack conocía New York de cabo a rabo, sus grandezas y pobreza, sus bellezas y sus defectos, los sitios más elegantes, como los más peligrosos; además era un narrador sin igual, su voz dulce y acariciadora describía con gran entusiasmo todo lo grande y digno de llamar la atención. Gladys al principio, no mostró gran atención pero poco a poco fué tomando tanto interés por las cosas que contaba Jack, que sin sentir fué uniendo su pensamiento al de él, que en su imaginación se construían las frases que salían de boca de Jack...; Era tan grato escucharle...!que hubiera pasado allí toda la tarde y parte de la noche oyéndole. Y ya podía decirse que Gladys conocía New York tan bien como Jack. La tía

La Perla de las Antillas

Luisa que estaba un poco separada de ellos, dormía profundamente, y tenía sobre sus rodillas un libro abierto que nunca leía. Como a las 4 la narración fué interrumpida por la llegada del Abogado Taylor; al penetrar en el salón, le llamó la atención encontrar a su hijo, sentado amigablemente en un sofá en compañía de Gladys. Esta estaba contentísima de encontrar a su tutor y de la amable y generosa acogida de éste, y se decía que había encontrado a su familia que de pequeña había echado de menos. El abogado Taylor estaba encantado de su pupila, y se decía que era una lástima que Wollson se la hubiera guardado tanto tiempo sólo para él. Le agradó tanto Gladys que se dijo, que iba a comunicarle a su esposa si sería bueno llevar a Gladys a vivir al mismo Hotel que ellos habitaban, mientras se encontraba a Wollson; éste estaría muy contento de saber que su querida hija tenía una familia que la protegiera, y así se evitaba Gladys de salir sola a la calle y de exponerse al peligro. Gladys contó a su tutor todo lo que le había sucedido desde en la Habana, y pintó con gran calor la defensa de la que el héroe fué Jack. Este se sonrió, y dijo que ella se merecía mucho más, y que estaba dispuesto a arriesgar la vida en su defensa. A Taylor no le llamó la atención que su hijo se expresara de esa manera, pues sabía que era generoso, y estaba orgulloso de él; pero lo que no pudo comprender, era que Jack estaba enamorado de Gladys y ni siquiera lo soñó y mucho menos que Gladys amara a su hijo. Al irse Taylor y su hijo, Gladys quedóse ensimismada en deliciosos pensamientos y se decía (Jack es un guapo muchacho, es ameno, es sumamente agradable, y tiene un no sé qué, que me seduce, hay algo en su mirada y en su sonrisa, que me atrae; todo en él me agrada: Cuando él habla, le escucho complacida, y me encanta todo lo que dice! Tan joven y ya tiene el título de Ingeniero Arquitecto! Y según

dice el Dr. Wright, Jack es un talento. Oh! Dios mío..., qué será ésto...? Yo no creo que sea amor, nó, el amor no es así; lo que siento por esta familia es agradecimiento, no es otra cosa, o cariño nada más; pero amor! Oh,—qué dulce es esta palabra, qué grata suena esta música al oído...! ¡Qué delicioso es amar, pero mucho más debe ser el ser amada. A quién amaré yo, Dios mío...?—Y quién me amaré a mí...?—Siento una emoción tan dulce, tan deliciosamente grata, que inunda todo mi corazón, y mi alma se siente prisionera en una red de dulces cadencias como una música divina. Y ésto no es amor...? Oh! no quiero definir lo que es amor, ni por qué y por quién, siento esta encantadora sensación).

Jack mientras iba manejando su bonito carro «Lincoln», iba pensando que sería muy grato para el hombre que amara Gladys, pues ella con su gracia seductora y un mundo de ilusiones en sus divinos ojos, su hechicera sonrisa que se parece a la caricia de un tierno infante, haría la felicidad de aquél que ella ame. Jack había sentido que amaba a Gladys con un amor sublime, con un amor que sólo los poetas saben cantar: y embebido en las más deliciosas ilusiones iba, cuando su padre de repente le corta el hilo de sus pensamientos, trayéndolo a la realidad al recordarle la misión que se ha impuesto.

--Dime Jack: De qué medios te vas a valer para poder proteger a Gladys...?

--Pues todavía no lo sé, pero creo que lo mejor será permanecer el mayor tiempo posible en el «Commodore» y no dejar salir sola nunca a Gladys.

--Es una magnífica idea, y mientras tú vigilas, yo no estaré ocioso; yo pienso seguir de cerca a los dos buenos detectives que tengo trabajando ya, como tú sabes.

La Perla de las Antillas

--Tú ves, papá, este asunto, se muestra bastante difícil, pues con un detective como Hansell no es posible que no hayan dado con la pista, y Wright encontró primero a Wollson, pues según dice Gladys, la fotografía es de su padre, y tú le reconociste en el acto.

--Es que la copia no da lugar a duda, está tan exacto, tal como es.

--Qué piensas hacer, papá...?

--Llévame directamente a casa de Hansell; es hora que debe estar en su casa; sigue esta calle recta hasta la 38 y allí doblas a la izquierda, yo te diré la casa. Tengo que explicarle minuciosamente todo esto, y que me avise dónde puedo esperarle para saber el resultado.

Al día siguiente como a las 9 y 20 de la mañana llamaron al teléfono. Gladys se acercó y le dijeron algo que luego sabremos. Gladys corrió donde su tía diciéndole:

--Oye tía, dice el Dr. Wright que dentro de 5 minutos estará aquí una enfermera del «Santa Clara» que viene a traerme, pues es de gran necesidad que yo vea a papá antes que se lo lleven del Hospital.

--Si viene Jack, que le digo...?

--Qué le dices?--pues no estás oyendo, le dices todo lo que te estoy diciendo, y que inmediatamente se vaya al Hospital y que me espere allí.

Un pequeño ruido se dejó oír al otro lado de la cortina que había en la puerta que comunica con el dormitorio de Gladys y el saloncito. Al momento llamaron y Sally, la camarera, salió del dormitorio de Gladys y fue a abrir. Gladys estaba tan preocupada, que no se dió cuenta que Sally estaba escuchando detrás de la cortina y que tardó en introducir a la persona que llamó. En seguida se presentó una enfermera y dijo a Gladys, que el Dr. Wright la enviaba para acompañarla al Hospital. Esta notó que en el brazo derecho de la enfermera

tenía una faja que tenía escrito el nombre del «Santa Clara»; tuvo confianza y se despidió de su tía y salió con la enfermera. En la 33 y 5a. Av. estaba Jack parado, esperando que el tráfico cambiara, para atravesar la calle, cuando en uno de los taxis que pasó cerca de la acera pudo reconocer a Gladys que iba en compañía de una enfermera, el taxi siguió recto, él inmediatamente tomó otro y fue en su seguimiento; le llamó la atención cuando el taxi, en que iba Gladys, siguiera esa dirección, al atravesar el arco de Washington Square, Jack desconfió de su memoria para retener la imagen de Gladys y pensó que se había equivocado y que había perdido el tiempo en seguir a una muchacha que tenía el parecido de una persona querida para él. Y ya iba a dar orden de volver atrás, cuando vio entrar el taxi que seguía en el Barrio Italiano, dos hombres subieron al estribo del auto y esto le llamó la atención y se dijo: qué sería lo que iba a descubrir; y ya se impacientaba cuando vio pararse el taxi a poca distancia y mandó parar el suyo y se quedó observando lo que iba a suceder, cuando los dos hombres llevaban en sus brazos a Gladys completamente dormida. Jack la reconoció en el acto; tuvo un momento de desesperación y luego se recobró, y anotó el número de la casa, se fijó en qué calle estaba y se metió en el primer restaurant que encontró y telefonó a Hansell el detective que se ocupaba de Wollson; pero Hansell no se hallaba en su casa, sino en la Comisaría de Policía. Anotó el número del taxi que había llevado a Gladys y después tomó el de él y se fue directamente al «Comodore»; encontró a la tía leyendo su interminable libro y al entrar, lo primero que hizo Jack fué preguntar por Gladys, la tía Luisa le contó todo lo que Gladys le dijo, Jack al momento comprendió todo, y llamó con gran urgencia al Hospital Vanderbilt y al hablar con Wright y explicarle lo que había pasado, el Dr. Wright se

La Perla de las Antillas

pone furioso y contesta de este modo:

—Estoy con un coraje terrible, pues estos bandidos se valen de mi nombre para inducir a Gladys a que los acompañe. Además, Wollson (pues estoy seguro que era él) ha desaparecido. Dice el Director que ayer tarde se presentó la familia del paciente, y esta mañana se lo llevaron; qué te parece...! Hansell acaba de irse de aquí, y cuando lo reclamó, le dijeron eso mismo. Que como el enfermo fué recogido en la calle, y no tenía ningún documento que lo acreditara, cuando se presentaron el hermano y el hijo a reclamarlo, él tuvo que entregarlo. Lo que creo, Jack, es que el pícaro del Director está jugando con nosotros y está pagado por los secuestradores para que acabara de poner más obstáculos a esta maldita trama.

Jack tenía muy buena amistad con Richard Graham; le telefoneó diciéndole, «que tenía gran necesidad de él, y que si estaba dispuesto a acompañarlo, que era un asunto algo peligroso, y que lo esperaba en el Hall del Mc Alpin». Richard, que siempre había tenido gran afición por las aventuras, y ya en otras ocasiones juntos habían seguido la pista de alguna muchacha de Dancing, o una que otra obrera, creyó que se trataba de eso o de defender a un amigo en peligro y sumamente satisfecho corrió en busca de su amigo. Al reunirse, Jack puso al corriente a Richard de lo que tenían que hacer y díjole:

—Si no quieres exponer tu vida, o no te hallas en condiciones de acompañarme; puedes decírmelo que no me enojaré.

Pero se trataba de Jack, su querido amigo. Además, había que salvar a una Srita. y esta era la muchacha que amaba Jack, y no rehusó. Al contrario, díjole:

«—Te agradezco que me asocies a tu obra y con gusto te ayudaré en lo que sea necesario, ya sabes que no tienes más que llamarme. Además,

tengo gran curiosidad por conocer la muchacha que te ha sorbido el seso».

—Pues cuando la conozcas te agradará; es tan bella, tan dulce y tan buena, que no se merece los sufrimientos que la persiguen.

—Mira Jack—tú sabes que entre más buena es la persona, más sufre? Los malos, los que nos hacen sufrir, esos son los más dichosos, son los que gozan más en este mundo ingrato y farsante, que cobija en su seno las más grandes maldades, los vicios y todos los horrores que a cada paso nos muestra la vida. Y ten presente: que en las grandes ciudades es donde se albergan los más grandes criminales y las más bajas pasiones.

—(Qué razonamientos más cuerdos son los tuyos, Richards!

—Es que, cuando me doy cuenta que la humanidad sufre, me acuerdo que yo también sufro, pues no quisiera ver al mundo tal cual es. Quisiera verlo bueno, conforme, instruido y no feróz, maligno cual animales salvajes.

—Oh, Richard!—Lo que yo creo es que tú serías un gran regenerador de la humanidad.

—Pero por desgracia no lo puedo ser.

Mientras hablaban se dirigían a un sitio bastante bajo; quien los hubiera visto no los reconocería, iban vestidos con trajes de artesanos en día de trabajo. Al pasar Washington Square, cambiaron de conversación por una más adecuada a su traje, que se componía de unos pantalones azul obscuro de pechera, una blusa vieja de casimir, unos zapatos gruesos y chatos y una gorra obscura, torcida de lado. Jack fumaba, no el elegante cigarrillo Egipcio, sino una fea pipa. Jack buscó la casa que tenía el número que había apuntado por la mañana, y lo encontró; al frente había una taberna, entraron en ella y sentándose en una mesa cerca de la ventana, se colocaron de modo que pudieran ver a todos los que entraran y salieran

La Perla de las Antillas

de la casa. Como a la media hora de estar ellos allí, entró un individuo y sentándose en una mesa cerca de nuestros amigos, hizo una señal a un perrojo que dormitaba no lejos de aquellos. Este se sentó a la mesa del extraño y comenzó a hablar así:

---«Jefe, el negocio está terminado, la chica la tenemos allá arriba en el último cuarto de la derecha en el 6 piso. Masagetti está furioso y dice que no quiere más parroquianos pues teme un nuevo registro de policía, y no quiere que encuentren gato en la ratonera, pues le echarían el muerto a él.

---Entonces, Uds. no han trabajado bien en esta ocasión...?

---Mejor no lo hubiera hecho Ud., Jefe. Si la policía averigua el paradero de la muchacha es porque es muy lista, pero no será por descuido nuestro, pues el golpe estaba bien preparado.

---Qué tal se portó Lola...?

---Bien, cumplió con su papel de enfermera y luego se marchó.

---Bueno Manco; ten estos billetes, es el precio convenido. Guardarás a la muchacha por unos días, no te dejes sorprender, vigila bien. Si Masagetti quiere chistar le aprietas el pescuezo.---Y callándose el sombrero hasta los ojos, salió de la taberna el que ellos llamaban Jefe, y que no era otro que Moore. Esta conversación fué toda en inglés, que si hubiera sido en español, nuestros queridos amigos hubieran sufrido una gran decepción, pues no habrían entendido ni jota. Jack, mientras oía esta conversación, se le oprimía el corazón y pensaba que Gladys a quien tanto amaba, estaba a merced de aquellos canallas y que los más grandes peligros la rodeaban. El se había jurado salvarla costara lo que costara, aunque fuera a costa de su vida. Richard había simulado estar bien dormido, y tenía los brazos sobre la mesa y la cabeza.

enterrada en ellos. Jack hacía cuentas con los dedos y después apuntaba en un papel que tenía en la mano. Todo esto era mero pasatiempo, parecía estar ocupado, pero los dos oían con gran atención la charla de sus vecinos de mesa; así supieron en qué piso estaba encerrada Gladys. Diez minutos después de haberse ido Moore, nuestros dos amigos fueron dando señales de vida y cogiéndose del brazo, salieron, los dos se dirigieron a la acera de enfrente, y Richard se sentó en la grada de la puerta de la casa de Masagetti, mientras Jack con la mayor sangre fría dice, dirigiéndose a un individuo que estaba arrimado a la puerta.

--Oye, Masagetti se encuentra allá arriba?

--Quién eres tú para preguntar por Masagetti?

--Tunante--todavía no conoces a los de tu familia...? Masagetti debe estar allá arriba con la muchacha--sí o nó?--dí luego, porque precisa, y si nó, te cortaré las agallas--y haciendo además de sacarse la navaja, se le quedó viendo con una mirada de malhechor.

--Sube al tercer piso, empuja una puerta que tiene clavos dorados,--y dando media vuelta, se puso a examinar a los que pasaban. Mientras estaba hablando con Jack no se había dado cuenta que el hombre que se sentó en la grada había desaparecido. Jack se aprovechó de la indicación y al pasar junto a la puerta del cuarto, la puerta de los clavos dorados, se acercó y escuchó un momento, después se agachó y por el ojo de la llave vió lo que pasaba dentro. Vió a Masagetti jugando cartas con otros bandidos. Se alejó y empezó a subir otra escalera oscura y floja, luego sacó su lámpara eléctrica y empezó a orientarse, subió hasta el piso 6, con gran cautela, se acercó hasta el último cuarto y en la puerta estaba dormido un hombre. Jack se acercó a él y descargándole un fuerte golpe en la cabeza lo dejó medio tonto, luego le dió otro en la nuca con la pata de una silla

La Perla de las Antillas

que encontró en el piso y al cerciorarse de que estaba sin sentido, lo cogió de los pies y lo hizo a un lado, sacó su revólver y lo empuñó con la mano derecha y con la izquierda dió vuelta a la llave de la puerta y ésta giró sobre sus gones y se abrió sin ruido. En el interior del cuarto estaba Gladys sentada en el canto de la cama con la cabeza entre las manos, en el otro extremo estaba una mesa con un plato de comida que no había sido tocada, un jarro de agua y una vela que con su pequeña llama daba una amarillenta y pálida luz que apenas alumbraba el cuarto. Jack entró con suavidad, guardóse el revólver en el bolsillo, se quitó la gorra y acercándose a Gladys la llamó suavemente por su nombre. Gladys levantó la cabeza y sofocó un grito de alegría, corrió a Jack y se abrazó a él. Este no le dió tiempo, la tomó en sus brazos y la sacó del cuarto; cerró la puerta y puso al hombre en el mismo lugar donde estaba, y cogiendo a Gladys por un brazo, la acercó a una ventana que daba a una azotea, la abrió e hizo que Gladys pasara por ella; ya al otro lado, empezó a buscar una salida de tan difícil situación. Estaban en la azotea de una casa vecina y no encontraban por donde bajar; con mil dificultades logró Jack que Gladys pudiera pasar por un pasadizo que había para comunicarse con otra casa a la altura del 6 piso; en esa casa encontraron una escalera de (faire squet) salvamento y pasó primero él y dándole la mano hizo que bajara ella después. Se encontraban a la altura del segundo piso cuando oyeron la bulla y los pasos de alguien que los seguía; fué un momento crítico, los que venían en su seguimiento por la parte de arriba ya casi los alcanzaban, cuando aparecieron unos 6 hombres por otro balcón tan inmediato a la escalera por la que bajaban que les opondrían la huida. La noche no estaba oscura y aunque la luz eléctrica no llegaba hasta allí, se podía distinguir

bien las personas, y en el momento más difícil cuando Jack y Gladys desconfiaban de salvarse apareció en la calle un auto descubierto; Jack tomó de la mano a Gladys y cuando el carro pasaba al pie de la escalera se tiraron; el auto pasaba despacio y la escalera no la separaba del suelo más que unos 6 metros, y aunque sufrieron algunos golpes pero no fueron más que una pequeña herida en la mano de Jack y una lesión en el brazo izquierdo de Gladys. Cuando Jack dispuso tirarse al auto que la providencia lo había traído, no pensó si sería carro particular o de alquiler, o si sería de los mismos bandidos, eso ya se arreglaría en el camino, él notó que el chauffeur tenía uniforme y que los vio caer en su carro y no dijo nada, al contrario, así que ellos estuvieron en el auto, éste salió como disparado del laberinto donde se había metido. Al acercarse a donde se notaba el movimiento de la ciudad y al notar que ya no eran seguidos se acercaron a un taxi y lo tomaron para que los llevara al Hotel. Pero Richard tuvo tiempo de decir a Jack: ¡Magnífico.....! te has portado como un héroe,

Jack sonrióse y tendiéndole la mano le dice:

—Gracias querido amigo, mañana espérame en tu casa a las 9 de la mañana, y subió con Gladys al taxi.—Gladys al sentirse segura, le dice a Jack emocionada:

—Oh, Jack.....! cuánto le agradezco todo lo que usted hace por mí..... le causó tantas penas y sufrimientos que usted por mí expone su vida. Y con su límpida mirada gris llena de gratas promesas se le queda viendo. Jack cogiéndole las manos le dice con una entonación dulce, pero firme:

—“Oiga Gladys, no se sorprenda de lo que le digo, pero yo no puedo soportar por más tiempo el guardar este secreto que me quema. Ud. debe haber notado en mis ojos todo el amor que mi corazón encierra para Ud.; desde que la vi la amé.

La Perla de las Antillas

Cuando la primera vez que la defendí, creí que defendía una cosa que me pertenecía ya y que Ud. era algo mío que me robaban. Yo la amé, Gladys, desde ese momento, sin saber quién era; amé a la dulce personita que defendí y que la suerte me había hecho conocer en un momento crítico como por el que Ud. pasó. Tiene Ud. algo en la mirada que me atrae, algo que me fascina y me hace soñar en cosas bellas. Desde que la conocí a Ud. el mundo me parece más grande, la vida más hermosa, todo lo veo color de rosa. No pienso en que si Ud. querrá aceptar mi amor, sino, en que Ud. es bella, buena y cariñosa.

Gladys toda emocionada y ruborizada no sabía qué contestar, pero cuando Jack terminó de hablar ella dice con la más grande ingenuidad.

—“Jack: es Ud. muy bueno, y créame, nunca creí que un americano llegara a amar con un amor tan romántico”.

—Pero Gladys—Ud. se imagina que porque somos americanos no tenemos alma...? no amamos lo bello...? No somos románticos, pero, cuando encontramos algo bello y bueno, digno de nuestra admiración o amor, lo amamos cual se merece y le consagramos nuestros mejores pensamientos, y todo lo más bueno y grande que tenemos.

—Perdóneme Jack, pero no quise ofenderlo al decirle que no creía que Uds. amasen tan fuertemente. Pero nosotras las latinas (y digo nosotras) pues yo soy, y llevo la sangre hispana. Para nosotras, en la vida lo principal es el amor; y después viene lo demás; el amor es lo más bello, lo más seductor, lo más grande, y por consiguiente nos ocupamos mucho de él. Vea Jack, voy a ser muy franca con Ud. y le diré lo que nunca había dicho a ningún hombre, y menos a los de mi país que les gusta vanagloriarse del amor de las mujeres. Yo he soñado con un amor grande y generoso; soy muy partidaria del matrimonio y no

me gustaría quedarme para vestir santos; no, a eso le tengo horror. La vida es dulce cuando se comparte con alguien. Yo no le pido al que sea mi esposo más que, tenga una profesión, que comparta mis ideas y que me ame un poco. Yo no soy exigente por este lado, verdad... ?

—No, Gladys, Ud. no es exigente, al contrario es generosa y más que todo, práctica. No desdice que lleva la sangre americana en sus venas.

—“La civilización, la moderna educación, la riqueza y el engrandecimiento de los países, hacen que las mujeres pensemos como los hombres. Vea Ud., creo que si yo me casara con un hombre pobre y yo lo fuera también, no por eso seríamos desgraciados, pues hay que convencerse de que el dinero no hace la felicidad, más bien, es el protector de todos los vicios, de todos los males y es la causa de que yo sufra; si yo no tuviera dinero, no vigilarían mi vida, no mecausarían tantos perjuicios, y yo estaría feliz en mi casa. Yo sabría trabajar y ganarme la vida; yo tengo mi título de Bookkeeper y me gusta el trabajo; envidio a todas esas muchachas que trabajan en las oficinas y pienso que si yo fuera como ellas sería dichosa. Todas estas muchachas tienen un semblante tan contento cuando salen del trabajo, caminan ligeras y ágiles a sus hogares, satisfechas de tener un sueldo y de poder ayudar a su familia. ¿No le parece a Ud. Jack, que todo esto es muy bello... ?

--Todo lo que Ud. dice, Gladys es muy verdad. Pero Ud. no se imagina que todas estas muchachas están expuestas a mil peligros, a sufrimientos y penalidades de todas clases? A mí no me gustaría que mi esposa fuera a trabajar; iba a ser tan celoso, y tener tanta estimación por ella, que no la dejaría que se ganara la vida. Eso está bueno para una soltera, pero no para una casada, pues ésta tiene hogar, hijos, marido y mil obliga-

La Perla de las Antillas

ciones y ya no sería lo mismo; lo que en otras es bueno, para nuestras esposas no nos gustaría... ! Es tan grato llegar del trabajo y encontrar en el hogar una esposa hacendosa y que con una caricia o una sonrisa nos hace olvidar los sufrimientos y penalidades de esta vida... ! La belleza de un hogar, limpio, fresco, alegre, que anima la presencia de una mujer bella que se preocupa por nosotros y que trata de agradarnos, eso es delicioso...! Ud. no se imagina, Gladys, lo que representa para el hombre un hogar feliz! Y la tranquilidad de espíritu que siente el hombre cuando tiene una esposa buena y seria. Una mujer a quien se le puede confiar el honor, el nombre y el hogar y se sabe que ella es fiel guardián.

—Ahora pienso Jack, que si yo hubiera sido pobre no habría venido a New York, no hubiera conocido a Ud., a quien estimo mucho y por quien siento un cariño grande, que sin darme cuenta, se ha ido infiltrando en mi corazón y le profeso a Ud. un verdadero.....un.....

Y Gladys, bajando la cabeza y subiéndole un encendido rubor hasta la frente, siente que su corazón se abraza. Jack completamente feliz se le queda viendo, se sonríe y la deja que calle, pues sabe que si él le pregunta, ella no le diría la verdad, que él la está leyendo en su semblante. Le toma las manos y cariñosamente le dice:

—“Gladys, hemos llegado al “Commodore”, yo no puedo bajar a entregársela a su tía, pues no puedo presentarme con este traje en el Hotel, y por lo tanto le ruego que me disculpe. Mañana temprano empezaré mi vigilancia cerca de Ud.”

.....Y se quedó viéndola hasta que ella desapareció en el vestíbulo del Hotel.

El día siguiente a las diez de la mañana llegó Jack en compañía de Richard al Hotel “Commodore” y al acercarse a las habitaciones de Gladys, Jack notó que en la puerta del saloncito, Sally la ca

marera particular de Gladys, hablaba con un hombre que aunque vestía con elegancia le encontró un no sé que de malhechor, cuando en una vuelta que dió el individuo, Richard tuvo una idea luminosa y dijo a su compañero:

—Mira Jack, este hombre que habla con la camarera, es el mismo que vimos anoche en la taberna del Barrio Italiano; fíjate bien, sus mismos movimientos, su mismo cuerpo y tamaño y hasta las facciones son las del hombre de anoche y al que llaman Jefe.

—Oh! sí, sí,... es el mismo, ahora me doy cuenta por qué se halla al corriente de todo lo que pasa en las habitaciones de Gladys.

—Si, la camarera es la espía, y la tiene comprada para sus fines.

—Tengo que decírselo a Gladys, pues ella no debe saber que está vendida por su camarera.

Al ver que el individuo iba a separarse de la muchacha, Jack y Richard dieron media vuelta y agachándose uno enfrente del otro, pusieron a encender su cigarro uno en el otro, para no dejarse ver la cara, cuando el desconocido pasó cerca de ellos, se quedaron un momento viéndolo alejarse. Unos minutos después llamaron a la puerta del departamento de Gladys. La tía Luisa se puso muy contenta al ver a Richard, pues éste era un gran jugador de Ajedrez, y luego que conversaron un rato, prepararon el tablero y se engolfaron en sus jugadas. Gladys y Jack ocupáronse de sí; un rato hablaron del asunto que nos ocupa, pero como la juventud es así; Jack entre otras cosas dijo a Gladys lo que había visto en su puerta antes de entrar ellos, y que era necesario que ella pidiera otra camarera. Gladys convino en que Jack tenía razón y dijo: que luego llamaría al Manager para que se la cambiaran.

A las 11 y media llegó el Dr. Wright y dijo a Gladys todo lo que había pasado en el Santa Cla-

La Perla de las Antillas

ra durante el día anterior, se refería a la desaparición de Wollson del Hospital Santa Clara. Gladys sufrió una desilusión grande, pero no perdió la esperanza de encontrar a su querido papá. Cuando el Dr. Wright se despidió, Jack lo acompañó hasta el Hall y le dijo lo siguiente:

—Oye Wright,— que te parece la constitución de Gladys...?

Crees que ella pueda soportar tanto sufrimiento sin alterársele la salud, o la cabeza pueda sufrir algún desvío...?

—Absolutamente; Gladys tiene una fuerte constitución, es una muchacha sana, su organismo está bien constituido y no creo que por esa parte se pueda temer nada; además tiene un carácter decidido y los peligros no la amedrentan, es valiente y no le teme a nada.

—Qué te parece, si yo te propusiera que ella salga, que se distraiga para que no esté constantemente pensando en los hechos?

—Magnífico, entreténla para que no sufra tanto, porque la cabeza mejor equilibrada se puede desquiciar a fuerza de tantos sufrimientos, penas, emboscadas y toda clase de maldades de que se valen estos grandes bandidos.

—Mira Wright, ¿tienes tú algún compromiso esta noche?

—Sí, tengo uno bastante fuerte, con Elinor.

—Oh, si es con ella no hay que hacer, yo me encargaré de hacerla desistir por esta noche.

—Pero Jack— qué es lo que tú te propones esta noche que necesitas mi cooperación?

—Pues sencillamente, he pensado llevar a Gladys esta noche a un Club, para que se divierta y quiero que mi hermana venga con nosotros, y tú para que acompañes a mi hermana.

—Magnífico— y Gladys que dice de todo esto?

—Pues todavía no le he dicho nada, pero creo que no se negará a acompañarme y me valdré de

Elinor para que la convenza.

—Bueno Jack, tú me telefoneas a mi casa a las 4, diciéndome si o no se efectúa la gira.

Los dos amigos y futuros cuñados se despidieron con un apretón de manos. Jack telefoneó a su hermana Elinor, para que a las 2 de la tarde estuviera en el Commodore. Richard fuese, pero prometió estar a las 4 en el Hotel para tomar el té y jugar una partida de ajedrez con la tía Luisa. A las 2 en punto se presentó Elinor, Jack ya le había dicho cuál era el papel que debía representar cerca de Gladys. Elinor no conocía a Gladys, pero lo poco que su hermano le había dicho de ella, le fué suficiente. Elinor es una muchacha como de 21 años, sumamente graciosa, locuaz, siempre está tratando de hacer reír a todo el mundo. Le gusta la gente alegre, bullanguera, que sea decidida, y que se adapte a las circunstancias. Elinor es alta, majestuosa, de movimientos suaves y graciosos, su bien formado cuerpo está en constante movimiento, pues es muy nerviosa y no puede estar un momento quieta. Tiene unas lindas manos, largas y bien formadas; los dedos terminan en uñas bien cuidadas y pulidas. La cabellera es castaña bastante clara, con reflejos dorados, que lleva partido en el medio de la frente y cae en dos bandos, rizándose en las puntas. Unas cejas oscuras y finas sombrean sus ojos, profundos, velados por largas pestañas, que dan más belleza a su sonriente mirada ambarina. La nariz delgada y un poco corta, la boca diminuta y sumamente roja; una barbilla redonda y con un gracioso hoyuelo que dá un toque de picardía al semblante halagüeño de Elinor. Ella es hermana menor de Jack, y está comprometida para casarse con el Dr. Lawrence Wright, que, a pesar de tener un carácter serio, dice: que él sería feliz sólo con una mujer que tenga el carácter de Elinor. Le agrada la nerviosidad y alboroto de ella, y cosa increíble:

La Perla de las Antillas

tienen los mismos gustos y piensan de la misma manera. Wright dice: que Elinor representa para él el papel de muñeca a quien se puede armar y desarmar a su gusto. Elinor: que ella quiere a Wright por el contraste que hace el carácter de él con el de ella. Hay que verlos juntos. Ella lo embroma mucho, cada cinco minutos se enojan y se contentan con la misma prontitud, y son los mejores bailarines; nunca se cansan y siempre están dispuestos a divertirse.

VIII

El Club Lido

Elinor fué presentada a Gladys y a su tía por Jack, y agradó mucho esta simpática muchacha a Gladys; se comprendieron en el acto, y se hicieron buenas amigas. Se sentaron un poco apartadas después de tener una larga conversación general. Jack propuso para esa noche, ir a un Club de Broadway y estar un rato allá para que Gladys gozara un poco, todos aprobaron la idea, solo Gladys no quedó muy satisfecha, pero Elinor se valió de tales argumentos, que por fin Gladys cedió y se convino en ir al «Club Lido». Elinor llamó por teléfono a Wright y díjole que a las 9 esperábanle en el Hall del Comodore.

Richard dice a sus amigos, que va a embromar a Elinor. Esta alcanza a oír su nombre cuando se acerca y dice a Richard:

—Qué es lo que tú estás diciendo de mí?

Richard contesta con el gesto más copungido que pudo dar a su rostro:

—Digo Elinor, que siento en el alma que Wright me haya tomado la delantera, pues ahora yo sería quien gozaría de las prerrogativas.

La Perla de las Antillas

—¿Y cuáles son las prerrogativas de que goza Lawrence?

—Toma...! pues las de ser tu prometido y después tu esposo.

--Pues mira Richard, no te concedo que tú hubieras logrado agradarme.

---Por qué...? soy acaso un muchacho desagradable...? No te acuerdas Elinor, que cuando estábamos en el mismo colegio decíamos que nos íbamos a casar...?

--Sí... Sí... y ahora recuerdo que te dí calabazas porque eras muy goloso y te comías todos mis chocolates.

---Oh, Elinor...! no digas eso delante de Gladys; tú me estás desconceptuando delante de ella, y yo que deseo agradarla.

---Mira Richard, yo no creo que Gladys tenga tan mal gusto de fijar su atención en tí. Tú estás hecho de chocolate y dime, para qué quiere ella un novio que es una melcocha?

Todos rieron de la ocurrencia de Elinor. Y así disputaban estos dos amigos y compañeros de la infancia, siempre que se hallaban juntos. Dispusieron no salir en todo el día para esperar noticias de Hansell o de Taylor, respecto a la nueva desaparición de Wollson. A las 5 p.m. llegó Dally en compañía de su madre, quien tenía grandes deseos de conocer a Gladys la amiga de colegio de su hija. Todos pasaron una tarde sumamente agradable y si no hubiera sido por la pena que embargaba a Gladys hubieran sido todos muy felices. Richard sin decir media palabra a sus amigos, llamó aparte a Dally y la dijo: que esa noche quería llevarla al Club Lido y si quería acompañarlo.

Ella aceptó con gusto. El la recomendó no dijera nada, pues quería dar una sorpresa a sus amigos,—acercándose a Jack díjole en voz alta de modo que oyera Elinor:

María Guadalupe Cartagena

—Jack, no cuentes conmigo esta noche, me han invitado para un Party en casa de una amiga”.

Elinor interviniendo dice:

—Oh, Richard, tú no gozarás en tu Party como nosotros en el Club.

—Estás en un error, Elinor, al suponer eso, pues ya tengo una lindísima compañera que llevaré...

—Mira Richard, con tal de que no sea como con la que te ví una vez, que parecía Crespón de la China, toda llena de pecas.....

—Pierde cuidado, ésta es lindísima y causaría gran sensación, además no sabe descuartizar enfermos.....

—Oh Richard... ! se ve que la miel se te pasó de punto y estás empalagoso.

Jack, Dally y todos los que los conocían bien, no daban importancia a sus querellas, pues sabían que ellos se querían y por más pullas que se dirigieran, siempre quedaban buenos amigos, dispuestos a servirse mutuamente.

A las 9 de la noche llegó Jack y su hermana. Gladys estaba lista; al momento se reunió a ellos el Dr. Wright y los cuatro subieron en el carro de Jack. A las 10 y media Jack y Gladys encontráronse sentados a una mesita, en el Club, cuando pasó cerca de ellos un apuesto y arrogante muchacho, que al reconocer a Jack se le acercó; éste en el acto se levanta y se abrazan fuertemente. Jack lo presenta a Gladys y le dice: que éste es su mejor amigo, a quien quiere como un hermano. El que acaba de ser presentado a Gladys es un guapo muchacho, el intrépido Teniente de Marina Walter Hughes, que hace unos pocos días que regresó de “New Point” donde está la Escuela Naval. Walter Hughes, es alto, de musculatura atlética, tiene una hermosa cabeza coronada de espesos y bien peinados cabellos negros; la ancha frente, en la que lleva la señal de los laureles del héroe. Sabe

La Perla de las Antillas

llevar con gallardía el uniforme de oficial y viste con elegancia el Smoquin. Lleva en el hojal de la solapa una margarita, y bajo la flor se ve una pequeña cinta de orden militar. Elinor al ver a Walter corre a él, y tendiéndole sus dos manos le felicita muy contenta de que se encuentre de vuelta. Este gratamente sorprendido de encontrarse con Elinor, su vieja amigueta, en compañía de quien pasó agradables horas. Encontrábase Walter narrando una hazaña militar cuando con sorpresa de todos se presentó en el grupo Richard Graham dando el brazo a Dally; todos rieron de la sorpresa y Walter fué presentado a los dos amigos que llegaban, y este siguió su narración. Hallábase Gladys bailando con Jack, cuando éste sintió que la mano de Gladys estaba sumamente fría, y ella buscaba algo con la vista; Jack muy inquieto le preguntó la causa. Ella no contestó y lo obligó a caminar tomándole por una mano y llevándolo a un extremo le dice:

—Mira; aquella muchacha blanca, de abundante cabellera negra y traje azul pálido que habla con aquel hombre, esa es la enfermera que me secuestró.

—Está Ud. segura de que es ella...?

—La reconocería entre mil. Tiene el cutis blanco como leche, los cabellos y los ojos de un negro intenso; y cuando íbamos en el taxi me llamó la atención y le pregunté de dónde era y me dijo:

“Soy Eslava”... eso era mentira, pues ella tiene el tipo español bien marcado; y si no es española es cubana; es muy latina, y hasta me parece haber visto antes su rostro, tal vez en Cuba, no estoy segura.

—Vea Gladys, mientras yo esté a su lado no tema nada, yo sabré defenderla. Esta mujer no puede intentar nada aquí, pues hallándonos en un centro social y ante tanta gente, sus planes fracasarían, además, todos nuestros buenos amigos se

encuentran aquí. Así es Gladys que no se apure —Gladys, si no se siente con seguridad aquí, nos vamos..... ? Qué dice..... ?

—No Jack, aquí se está muy bien, y la alegría reina en todos los rostros que veo; y esto me había hecho olvidar la misión que me he impuesto y que desconfío de llegar a ver realizada.

—Oh... ! Gladys: yo le prometo que se realizará lo que Ud. y yo tanto deseamos; conseguiremos encontrar a su padre querida Gladys.

—Bueno Jack; seguiré su consejo, dejaré que maquinen, y si me atacan sabré defenderme y atacar, no me faltará el valor.

—Así me gusta verla, Gladys, valiente y decidida... !

—Trataré de hacerme digna del título de valiente. Y sonriente y gozosa se cogió al brazo de Jack, y volvieron al grupo de sus amigos.

Dally estaba sentada enfrente de Hughes, ella no se imaginó que sus pupilas color de esmeralda habían hecho prisionero a Walter, ella no puso nada de su parte para atraerlo; pero era muy viva y comprendió el efecto que había causado en el Teniente Hughes y trató de no dejar pasar un Chance tan bueno. pues Walter era un buen partido.

VX

La fuga

Moore al saber que Gladys había sido robada por sus amigos, se puso furioso; pues sus planes habían fracasado por esta vez. No sabía qué hacer; quería atraer a Gladys y hacerla caer en sus redes, pero no hallaba de qué medios valerse. Determinó esperar, y que los acontecimientos el proporcionarían la ocasión. Gladys buscaría a su padre, pues no se quedaría cruzada de brazos esperando que él llegara. Ella saldría y entonces sería tiempo, y se dijo mentalmente:

—Hay que darle tiempo al tiempo.

El día que sacaron a Wollson del “Santa Clara” lo llevaron directamente a casa de Newton en el Bowerly y allí estuvo encerrado durante varios días. Un día despertaron a Wollson y Moore hizo que firmara una carta en la que decía a Mr. Ralph Kennan Gerente del “National American Bank” que entregara al portador la suma de \$100.000 dollars, precio del rescate, bajo el cual saldría en libertad. Wollson al principio se negó rotundamente; las amenazas más terribles no encontraron eco en él. Pero Moore le enseñó un Judío horriblemente deforme diciéndole: que su hija Gladys estaba prisionera en un cuarto cerca de él y que si no firmaba, su hija sería vendida al Judío. Wollson todavía se

resistió, rogó, amenazó y lloró, nada le valió, y tuvo que firmar la carta y el cheque. Wollson estaba desesperado, no sabía cómo arreglárselas para dar aviso al Banco de que no pagaran el cheque que iba firmado. Quería saber si era cierto que su hija se hallaba en Nueva York y si estaría prisionera de estos bandidos; pasó horas amargas, contaba los minutos, y veía que el tiempo pasaba y no lo ponían en libertad; ni venían a decirle que no pagaban el cheque, pues no creerían que la firma fuera auténtica. Wollson no sabía cuánto tiempo tenía de estar encerrado y privado del sentido.

Era viernes, la mañana del día siguiente de la gira al Club; Jack para distraer a Gladys dispuso llevarla a la Columbia University para que la conociera. Los dos subieron al carro de Jack. Subieron por Broadway hasta la 112 y torcieron hacia la derecha. La Columbia ocupa una manzana, y en la 112 donde tiene la entrada principal hay un parque donde sentados en bancos bajo los frondosos árboles hay un enjambre de muchachas y muchachos estudiando sus lecciones o esperando la hora de sus clases. La Columbia es la mejor Universidad que hay en Nueva York. El centro de educación más práctica, más sólida, más moderna. Tiene profesores para todos los idiomas, materias, usos y costumbres. Tiene bibliotecas en todos los idiomas y cuenta con más de 500 a 600 alumnos para cada materia, más de 600 profesores. El edificio es extenso, alto, bien ventilado, higiénico y confortable. Al llegar a la puerta de la Universidad, Jack y Gladys descendieron y después de pasar la verja se encontraron de manos a boca con Jennie Mayer, una amiga de Jack y alumna de la Columbia. Jennie es amigable, y como toda americana, expansiva con sus amigos. Al ver a Jack tira el libro que lee y corre a él y le dice:

“Hellow, dear... ! ¿How do you do... ? a que

La Perla de las Antillas

se debe en el que tú te encuentres en la Columbia... ?

—Deseo mostrársela a mi amiga... No la conoces... ?

—Gladys Taylor...

Y como Gladys le mira extrañada y Jennie repite: “Gladys Taylor...”

Jack, entre serio y sonriente, dice:

Excuse me dear, no is for my foot. (Perdone querida Gladys, no fué culpa mía;) esta pícara lengua que dice las cosas antes de tiempo—y para enmendar su ligereza dice a Jennie:

—Oye querida; me gustaría que Uds. se hicieran amigas. Gladys es muy buena y cariñosa; vive en el “Commodore” y ella tendrá mucho gusto en recibirte. Gladys, Ud. puede ir de vez en cuando a casa de Jennie; tiene pianola, victrola, ella canta, toca, baila el Charleston y toca Banjo; es muy alegre y tiene muchas amigas.

—Oh, qué de memoria te sabes la lección,—dice Jennie.

—Ven Jennie, tenemos necesidad de tí, y queremos que seas nuestro guía.

—“A la orden de Ud., caballero”—y con un gracioso saludo y una picaresca guiñada de ojos se coge al brazo que le queda libre a Jack. Visitaron cuatro pisos de la Universidad y lo que les fué posible; a las 12 tomaron el Lunch; el salón comedor estaba lleno de una infinidad de alegre muchedumbre. En la mesa de nuestros amigos Jack se sentó en medio para poder servir a las dos; a su derecha sentó a Gladys y a la izquierda a Jennie. Esta era muy melosa y le gustaba que todos la cortejaran y atendieran: era expansiva con los muchachos y a todos los trataba como a camaradas. Jack era uno de los muchacos que más le habían agradado. En la mesa, cuando hablaba se dirigía siempre a él, le agradaba poner su mano en la de él y le dirigía coquetonas sonrisas, y lo miraba de un modo picaresco.

A Gladys no le agradó nada la muchacha, y le dirigía la palabra por mera educación; las confianzas de ella con Jack la pusieron fuera de quicio, pues éste era muy atento con Jennie, y lo que la molestó más, fué que ya se despedían, cuando Jennie llamando aparte a Jack le dice en voz baja:

—¿Jack quieres hacerme un favor...?

—Los que tú quieras, Jennie.

—Quiero conocer a Jim Davis y quiero que tú me lo presentes.

—Siento mucho, Jennie, pero yo no tengo amistad con Jim, pero le diré a Richard que lo lleve a tu casa, Richard es muy amigo de Jim.

A las 2 p. m. nuestros amigos tuvieron que regresar pues era tarde y Jennie tenía que recibir una clase, y le dice a Jack:

—Mira querido, es necesario que Uds. regresen, porque tengo una clase todavía, y si tú te quedas aquí no la recibo.

Al llegar al auto, Gladys dice:

—Jack, permite Ud. que yo guíe el carro... ?

—Seguro que sí, Gladys, puede Ud. disponer de él como cosa suya.

Ella se sentó y con mano firme tomó la dirección. Regresaron por Riverside y al llegar frente de la casa que habitaba Dally dice Gladys a Jack:

—Quiere hacerme el favor de preguntar si está Dally... ?

—Con el mayor gusto, Gladys, pero Ud. es para mí muy preciosa y no la puedo dejar en el auto —¿por qué no vamos los dos... ?

—Porque le puede suceder algo al carro.

—De ninguna manera, para eso está la policía, para que vigile, y a quien le puede suceder algo es a Ud. y sin esperar más, abrió la portezuela e hizo que Gladys bajara. Entraron en casa de Dally y no estaba; la madre de ésta les dijo que había salido para casa de Elinor. A Jack lo quería mu-

La Perla de las Antillas

cho, y a Gladys también; y al despedirlos les dice; que hacen una bonita pareja y que a ella le gusta verlos juntos. Jack se sonríe y da las gracias. Gladys se hace la desentendida, y al llegar al carro se sienta sin decir una palabra. Jack pone una mano en el volante a modo de obligar a Gladys a que no ponga en movimiento el auto y le dice:

—Gladys qué es lo que le pasa... ? Ud. tiene algo, no está tan contenta como cuando salimos del Hotel.

---No Jack, no tengo nada.

---No Gladys, Ud. no está tan serena como esta mañana.

---Pues no me pasa nada, ya lo ve Ud.

---Dígame Gladys, que es lo que Ud. siente, no ve que su silencio me hace sufrir... ?

—Pues estoy tan serena como Ud., no ve que manejo bien... ?

Jack no dice nada; se sienta, y se queda examinándola y nota que está nerviosa, después suelta una carcajada y dice:

---Qué difícil son de comprender las mujeres..... ! Nunca sabemos si cuando dicen... Sí... !, quieren decir... No... !, o cuando dicen nó quieren decir sí... !

---Es la maldad de los hombres la que nos hace ser indecisas. El corazón del hombre es tan voluble como el de la mujer, pero nosotras somos más generosas que Uds. los hombres, porque nosotras cuando damos, lo damos todo, mientras que Uds. dan a medias.

---Siempre hay sus excepciones, Gladys, no todo el mundo es igual; porque hágase el cargo que ¿a dónde iríamos a parar si todos fuéramos cortados por el mismo patrón... ?

—Oh... ! pobre de la mujer si todos los hombres fueran iguales.

---Lo ve Ud. ? y sin embargo el hombre siempre es la víctima.

Gladys se sonríe de un modo despreciativo.

—No lo crée Ud., Gladys, pues verá: ahora soy yo la víctima de Ud.

—Mía... !! ...Ud. Jack ¿y porqué... ?

—Porque Ud. me está haciendo sufrir desde que salimos de la Columbia; ese gesto despectivo, esa nerviosidad que se nota en toda su persona; Ud. está cambiada, su voz no es la misma; antes dulce, melodiosa, acariciadora y ahora tiene un ritmo de tristeza, de desencanto...

—Oh, Jack, soy la misma, no puedo cambiar pues no soy variable, y si Ud. oye mi voz de distinta manera, es porque Ud. no tiene su pensamiento aquí, y si me encuentra nerviosa es porque Ud. no ve con sus propios ojos...

—Ah... ! Gladys, Ud. lo ha dicho; yo no veo con mis propios ojos, yo la veo a Ud. con los ojos del corazón..... yo le diré a usted como dijo un gran literato: "Hazme suave el instante. Mañana, esta noche tal vez, he de partir. Y será para ya no volver..... Para ya no volver jamás..... jamás..... Ahora puedes darme amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías. Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad. Hazme suave el instante, si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir....." Y la voz expiró en su garganta como un sollozo.

Gladys toda confundida le dirige una mirada penetrante que quiere sondear el fondo de aquel corazón, y quiere leer si es cierto lo que acaba de oír. En ese momento llegan al Hotel y Gladys deja vagar la mirada en el espacio y quédase como en un éxtasis. Jack se le acerca y dícele con amabilidad:

—Gladys, no piensa Ud. bajar... ?

Gladys contesta con un signo de cabeza y baja; los dos entran y se dirigen a las habitaciones de aquélla sin mediar una palabra entre ellos. Al ver a Gladys la tía Luisa, corre a ella y le dice con el dolor marcado en el rostro:

La Perla de las Antillas

—Esta carta acaba de llegar, para tí, y no sé porqué el corazón me dice que nos anuncia una nueva desgracia. Mira la mano que tiene el sello en el cierre del sobre. Gladys toma la carta y sin decir nada, se sienta en un sofá y se dispone a leer. Al terminar de leerla, ésta se escapa de sus manos, se dobla su cuerpo, su cabeza cae pesadamente entre sus manos y se deshace en sollozos. La tía Luisa desesperada recoge la carta y se pone a leerla. Jack se sienta cerca de Gladys y con un brazo rodea su cuerpo y acercando su boca al oído de Gladys le dice en voz baja:

—Gladys, por favor, no llore Ud. así, sus sollozos me parten el alma; yo no puedo verla llorar de esa manera, cualquier cosa que sea, no se ponga Ud. así, no se desespere, que ya encontraremos el modo de salir bien; yo le prometo que alcanzaremos el fin que perseguimos; pero no se aflija porque al verla sufrir me desespero. Hágalo por Ud. misma, no se desconsuele que encontraremos el medio de salir de esta difícil situación.

Gladys un poco más confortada, retiene a duras penas los sollozos que pugnan por salir y reclina su adorable cabeza de revueltos rizos rubios en el hombre de Jack.

Tía Luisa sin decir media palabra, tiende la carta a Jack; éste al enterarse de su contenido se pone sumamente pálido pero no dice nada, y aguarda que Gladys se sienta mejor para hacer comentarios o disponer lo conveniente. Un momento después, Gladys dice a Jack.

—¿Qué debemos hacer Jack... ?

—Yo creo Gladys, que lo primero que debemos hacer es llamar a Hansell y explicarle lo que pasa y atenernos a sus disposiciones.

—Sí, Gladys, sería lo más acertado—dice la tía Luisa interviniendo.

—Bueno, llame a Hansell, no tenemos tiempo que perder si queremos rescatar a mi padre.

Jack telefonó a Hansell, quien se encontraba por casualidad en su casa y dijo: que en el acto estaría en el Hotel. Quince minutos después llamaba a la puerta del saloncito. Jack lo presenta a Gladys y ésta le explica lo que le pasa y lo que necesita de él.

Hansell es un eminente detective. Alto, corpulento, de mirada viva y penetrante, posee el don de hacer delatarse a la persona que examina con sólo una mirada o un gesto. Es valiente, intrépido y no se da por vencido jamás. Jack le mostró la carta que acaba de recibir Gladys. Hansell la leyó y se quedó un momento pensando, y luego dijo a Gladys de este modo:

Señorita Wollson, Ud va a seguir mis instrucciones al pie de la letra. A la hora indicada se presenta Ud. en el lugar de la cita. Tenga Ud. confianza en mí y obedézcame, si quiere salvarse y salvar a su padre. Y siguió dándole las instrucciones necesarias.

Media hora después llega el Senador Taylor y al encontrarse con Hansell, le dice que anda buscándole para que vea lo que pasa en el National American Bank respecto a la carta que acaban de recibir y le cuentan el incidente. El Gerente del National American Bank, recibió la carta que Moore hizo firmar a Wollson. Taylor, como apoderado de Wollson, fué llamado del Banco para que interviniera en aquel asunto. Este pensó que lo mejor sería, poner este enojoso asunto en manos de Hansell, que se ocupaba de encontrar la pista de Wollson. La carta que recibió Gladys y que le fué de tan fatales consecuencias estaba concebida en estos términos:

«Señorita Wollson: si desea salvar a su padre es necesario que se presente Ud. esta noche a las 8 en la casa N^o 142 de la calle 14 y 7 Av. 4^o piso. Si a la hora indicada no ha llegado Ud., pondremos en el tormento a su padre donde morirá en medio de los más crueles sufrimientos. Ud. debe presen-

La Perla de las Antillas

tarse sola, de lo contrario no podrá penetrar en la casa. Se le advierte que no dé aviso a la Policía, pues será la señal para acabar más pronto con Wollson».

Taylor contó a Hansell que el Director del Banco al tener noticia de la carta firmada por Wollson, ordenó al detective que vigila las oficinas que prendiera al hombre que llevaba el falso cheque.

Moore, al saber que había sido puesto en prisión el hombre que mandó cobrar el cheque, se puso furioso; y contra él mismo tenía una rabia terrible por su ligereza; además, nunca se imaginó que tomaran por falsa la firma de Wollson, que en realidad era auténtica.

Todos los principales periódicos habían hablado mucho sobre la desaparición del millonario Wollson, y Taylor pasó aviso a todos los bancos donde Wollson tenía dinero, y demás Compañías donde él prestaba su contingente. La Policía dió orden al National American Bank, para que no pagaran nada a la orden de Wollson sino era él en persona quien se presentaba o por lo menos al hallarse Wollson en libertad. Moore estaba fuera de quicio y no sabía cómo arreglárselas, pues de nada le servía tener el libro de cheques que le robó a Gladys ni el libro de Wollson, si aún con la verdadera firma de éste no le pagaban los cheques. Desde que estaba en New York todas las empresas le salían malas, todos los golpes que combinaba le fallaban. No hallaba de qué medio valerse para atraer a Gladys; no podía dejar al tiempo que le proporcionara la ocasión, pues, ésta no presentaría por sí sola: entonces combinó el siguiente golpe y para el cual ya dió cita a Gladys.

Cuando se llegó la hora decidida, Gladys llegó hasta la esquina de la calle 15 y 7 Av., allí bajó del carro de Jack pues él fué quien la llevó; y a pie siguió hasta la calle 14; en el N° 142, se paró y empezó a ver a su alrededor y no encontró nada

que le llamara la atención; sólo un pobre ciego sentado en la acera arrimado a la pared, repetía una oración. Gladys, generosa y de sentimientos piadosos, se acercó a él y dándole una moneda, se dirigió con gran valor a la puerta y empezó a subir los sucios peldaños. Cosa rara, no encontró a nadie que le interceptara el paso. Al llegar al cuarto piso buscó la puerta; habían cuatro y no sabía a cuál llamar. En una, vio un papel blanco que tenía una mano roja pintada en el centro y decía en gruesos caracteres: AQUÍ: Gladys se acercó a ésta y con mano firme, tocó; escuchó un momento y no oyó nada, parecía que la casa estaba deshabitada; volvió a llamar más fuerte y entonces se dejó oír un ruido de pasos que venían de otra habitación. El individuo que le abrió era un malhechor empedernido como todos los de que se valía Moore. Al verla no dijo ni una palabra, le dejó libre el paso, y le señaló la puerta que estaba enfrente. Gladys se dirigió a ella, la empujó y entró. En el centro de la habitación había una mesa; a ella estaban sentados tres hombres que tenían antifaz: el del centro que vestía de negro, era el Jefe. En la mesa había un tintero, papel y pluma; del techo pendía una lámpara que daba una escasa luz; la puerta por donde entró Gladys se cerró con fuerza; no se extrañó, pues todo esto lo esperaba, pero no pudo contener un leve temblor en las manos. Le acercaron una silla y le ordenaron que se sentara. Uno de los tres hombres tomó un papel de la mesa y le leyó lo siguiente:

“La Comunidad de LOS TRECE decreta que: el millonario Wollson siendo tan rico, y no teniendo más herederos que una hija que puede ganarse la vida trabajando, no debe ser la única dueña de la suma de \$ 15.000.000 de dólares; y por lo tanto, debe entregar a la Comunidad las dos terceras partes del capital, o Gladys Wollson, la hija de Albert Wollson, será entregada a un judío del Bo-

La Perla de las Antillas

wery. En caso de no estar presente Wollson, la hija tiene el derecho de elegir, porque de lo contrario, la muerte de Wollson será decretada para las 12 de la noche, del día de la sesión que quedó acordada para el viernes 5 de abril del presente año”.

Gladys oyó todo esto con semblante sereno, pero en su interior se libraba una batalla: su corazón se estremecía de dolor y no encontraba palabras para expresarse. El Jefe dijo:

—“¿Qué es lo que decide, Gladys Wollson? Le damos 15 minutos para que lo piense”. Y con reloj en mano empezó a contar los que pasaban. Gladys al oír la voz del Jefe se estremeció, y un frío glacial le subió de los pies a la cabeza y se dijo mentalmente.

—Yo he oído esta voz en otra parte, y no me es desconocida: aunque no puedo ver la cara del Jefe, pero me atrevería a hacer una afirmación y creo no equivocarme. Al pasar los 15 minutos le dice el Jefe:

---Gladys Wollson, se terminó el plazo---¿que decide... ?

Gladys le mira de frente y le dice con toda la sangre fría de que es capaz:

---Cuando el Jefe se quite el antifaz, podré contestar; antes no me sacarán una palabra.

---Bien sabe Ud. que esto no es posible, pues los TRECE me lo prohíben; hable pronto, pues disponemos de poco tiempo.

---No os apenéis por mí, pues yo dispongo de toda la noche y puedo dedicarla a vosotros.

---No te apures que nos dedicaréis toda tu vida.

---Pronto.....! el capital o la vida de tu padre... !

Gladys tembló de pies a cabeza, pero acor dándose de las instrucciones de Hansell, y de que éste vendría en su ayuda a la hora convenida, dice:

---Ni lo uno ni lo otro. No conseguireis ni la muerte

de mi padre ni mi capital.

--Eres valerosa para afirmar de esta manera, pero todavía no sabes quiénes son LOS TRECE. Que te quede tu padre y el capital, pero tú serás entregada al judío Quiffen.

Dio dos palmadas y casi en seguida se apareció un jorobado de la peor especie. Moore, que era el Jefe de LOS TRECE dícele:

--Acércate Jacob: la señorita desea verte. El jorobado se puso al alcance de la luz, y cuando le vio de frente, Gladys se quedó petrificada. Jamás había visto un monstruo semejante. Era pequeño, no medía arriba de 3 pies de altura, gordo, con una joroba tan grande como él; un ojo lo tenía fuera de la órbita; no tenía más que dos dientes agudos como una foca; la cabeza enormemente grande y calva, con sólo un mechón de pelo rojo en el centro; la nariz roja e inmensamente grande que ocupaba toda la parte que dejaba libre la horrible boca; el labio inferior caído; tenía la mirada de un sátiro. Era el monstruo más espantoso que en el mundo se haya podido encontrar. Gladys perdió un poco de serenidad y no pudo contener un fuerte estremecimiento que recorrió todo su cuerpo. Al ver al jorobado sintió tal pavor, que hubiera querido no existir en ese momento; y tapándose la cara con ambas manos se quedó así por un momento, hasta que la voz del Jefe la sacó de su sopor y la volvió a la realidad. El Jefe decía al jorobado:

--Jacob, quédate aquí, siéntate allá en aquel extremo, que luego te será entregada tu futura esposa; no te impacientes--es muy linda, verdad...? y dirigiéndose a Gladys dice:

--Gladys Wollson, el dinero o la vida de tu padre...!

Gladys se estremeció, y como una inspiración reconoció aquella voz, y levantándose dice señalándole:

La Perla de las Antillas

—“Harry Dexter, te acuso de ser el raptormío: tú me has tendido este lazo para apoderarte de mi dinero, porque sabes que mi padre está ausente y me crees indefensa; pero es necesario que sepas que tengo quien me defienda.

Moore se quedó como alucinado, y dijo en voz baja a sus vecinos:

—Esta mujer sabe demasiado.

En ese preciso momento entra un hombre como una bomba y dice, todo pálido y asustado:

—Jefe: “la Peluda” (esto significa policía); y todos despavoridos desaparecieron; solo Moore, dijo al jorobado:

—Tú me respondes de ella. Y señalando a Gladys desapareció por una puerta secreta. Se oyó gran ruido de pasos y voces por toda la casa; cierre de puertas, ventanas que se abren, carreras por escaleras y corredores. El jorobado toma a Gladys en sus brazos, y con la mayor facilidad la levanta sobre su cabeza y se la lleva por un pasillo secreto; Gladys sin saber qué hacer, se resiste, y como un junco se dobla; se encoge y estira para librarse de aquellos horribles brazos que la retienen, pero no logra librarse y desesperada, da gritos de espanto.

X

Situación desesperante

Todo queda en calma y ya no se oyen pasos ni voces, y Gladys siente que el alma se le escapa y que está perdida; que no se han dado cuenta que ella no está y se ocupan sólo de los bandidos. El jorobado sosteniéndola en sus brazos que la aprietan como fajas de hierro, la mira con ojos vidriosos, y con una sonrisa le dice.

—«No te escaparás de manos de Jacob; tú serás de él, y de nadie más. Tus libertadores se fueron yá, y no esperes que te arranquen de aquí; y acercando su horrible rostro al de Gladys quiere besarla. Esta da gritos de desesperación y hace vanos esfuerzos por desasirse de aquel hombre que le espanta. Se oyen pasos suaves, y de pronto una luz fuerte enfoca el callejón y alumbrá el rincón donde se haya el jorobado que forceja con Gladys; ésta da gracias a Dios porque le proporciona un salvador, pues a medida que se acer-

La Perla de las Antillas

ca la luz, reconoce que es uno que la libertará de aquellas asquerosas manos. El individuo pone la luz en el piso y se abalanza como una fiera sobre el jorobado; éste esquivo los golpes con el cuerpo de Gladys; el muchacho de la luz logra quitársela de los brazos a duras penas, y dice a Gladys:

—«Coge mi revólver y dispara al aire para avisar a la policía.» En la voz Gladys reconoce a Jack. El revólver de éste está en el suelo y cuando ella se agacha para recogerlo, el jorobado se interpone; se entabla una lucha terrible, los dos tienen una fuerza soberbia y ambos están poseídos de igual coraje. Gladys arrimada a la pared veía con ojos extraviados esta desigual pelea; el revólver rodaba bajo los pies de los contrincantes. Jack cuando vé que el jorobado trata de coger el arma, él con el pié la arroja lejos del alcance de éste. Gladys con mucha prontitud la coge y hace dos disparos al aire. El jorobado al verse perdido, en un descuido de Jack se lleva la mano a la cintura sacó un arma cortante; la hoja brilla en la obscuridad, y con un arranque de fiera enfurecida se arrojó sobre Jack que se defiende sólo con sus puños de hierro que caen sobre el monstruo como masazos. Gladys al ver la acción del deforme hombre y el brillo del stilette, tembló por la vida de Jack, y con la mayor sangre fría tomó la luz con la mano izquierda, y enfocando la cara del bandido que la fuerza de los rayos eléctricos deslumbraron por un momento, y i o le dió tiempo a esquivarse y, disparó al cuerpo, pero la bala no fué dirigida con tanto acierto y sólo le rozó una pierna. El jorobado se siente poseído de una locura furiosa, y sin hacer caso de Gladys se arrojó sobre Jack; éste lo esperaba y paró el golpe; Gladys no podía hacer otro disparo al jorobado, pues podía dañar a Jack.

Los minutos transcurrían y la policía no llegaba. Hubo un momento horroroso; Jack se sentía cansado y el jorobado chorreaba sangre por la nariz y la boca; acechaba un momento de debilidad de su contrario para hundirle el arma en el pecho: hizo intento de arrojarse otra vez sobre Jack, pero Gladys fué más lista y le disparó al costado izquierdo; esta vez la bala dió en el blanco y el jorobado se desplomó como una masa inerte y pesada, envuelta en su propia sangre. Gladys al ver caer al bandido se quedó asustada de su propia obra, y tiró lejos de sí la fatídica arma todavía humeante; y corrió a donde estaba Jack, quien estaba arrimado a la pared y medio muerto de cansancio. De la sien derecha le corría un fino hilo de sangre y tenía el cuerpo bastante golpeado. Gladys, con tierna solicitud le enjugó la sangre con su pañuelo, y rodeándole el cuello con sus brazos le dice mirándole:

—«Jack; dime ¿qué no estás herido»? Este, haciendo un supremo esfuerzo, le contesta:

—«No te apenes, no es nada, Gladys querida.»

En ese momento llegó Hansell y dos policías. El jorobado fué puesto en una camilla y conducido a un hospital. Hansell tomó la dirección del carro de Jack, pues éste no se sentía con fuerzas suficientes para manejar, y llevólo al Hotel de Gladys, donde fué atendido.

La policía no pudo capturar más que a uno de los bandidos, y fué el que dió el aviso, y no tuvo tiempo de fugarse; los que estaban arriba se escabulleron y no se les pudo encontrar en toda la casa, ni en las vecinas; desaparecieron como tragados por la tierra.

La mañana siguiente Gladys en compañía de la tía Luisa se dirigieron al «Mc. Alpin Hotel» el auto se paró a la puerta del Hotel; está situado en la Calle 33 entre 5a. y 6a. Av., hace esquina en la 33 y Broadway. En el momento en que el Shau-

La Perla de las Antillas

ffer abría la portezuela del carro, Gladys vió pasar por la acera inmediata, a una mujer hermosa que iba con Harry Dexter, y reconoció en ella a la supuesta enfermera, la que la llevó a la casa del Barrio Italiano. Esperó que caminaran un poco y después bajó. Subieron al tercer piso y entraron a un saloncito dorado que pertenecía a las habitaciones del Senador Taylor. Luego se presentó una elegante y aún hermosa dama; alta, de semblante todavía joven y sumamente agradable; su cabellera tan blanca como la nieve; llámase Patsy, tiene un continente elegante y su carácter es encantador; al sólo verla se conoce que es una gran señora. Al ver a Gladys se dirige a ella y saludándola como a una antigua amiga le dice:

—«Oh, Gladys! Cuánto he deseado conocer a Ud.; y nunca había sido posible. Yo hubiera querido tener a Ud. aquí en mi casa, cerca de mí, yo hubiera velado por Ud. y nada le habría sucedido. Pero no es tarde verdad querida?»

Gladys muy satisfecha de la acogida de la Señora Taylor se atreve a preguntar cómo sigue Jack; la madre se expresa de esta manera:

—«Jack está bastante mejor, sólo con un poco de dolor en la cabeza, ¿quiere verlo Gladys?»

—«Si Ud. me lo permite señora.»

—«Con todo gusto hija mía. Espere un momento, voy a ver si está despierto, ya vuelvo.»

Al salir del salón Mrs. Taylor, dice la tía Luisa:

—«Pero Gladys por Dios, ¿cómo te atreves a decir a la señora que quieres ver a Jack en su cuarto?»

—«Pero tía del alma; por qué se asusta Ud. de esta manera; Ud. estará presente, la señora Taylor también; además ¿qué mal hay en ello? ¿qué puede suceder tía?»

—«Ah,! tu crees que yo voy a entrar al cuarto

donde hay un hombre acostado y desvestido, ¡me libre Dios!»

—«Pero tía, si Jack no está desvestido, tiene su Pijama, y está en la cama.»

—«Oh, Gladys! ¿Cómo sabes que tiene la Pijama puesta? ¿Puedes tú decirme esto?»

Gladys se ríe a carcajadas, y le dice:

—«Tía, no digas nada porque te pondrás en ridículo, tú estás a la antigua; no hay qué hacer.»

—«Yo Gladys! ¿ponerme en ridículo? Por quién me tomas?; mira no me digas nada, por que te dejo plantada aquí, y me voy.»

—«No tía, Ud. no hará eso, pues sería el colmo.»

—«Me quedo sólo porque no sufras el ridículo, pero hazme el favor de no volver a decir que yo soy antigualla, ni antigüedad. Y no te rías de esa manera.»

Regresó la señora Taylor y Elinor, que al ver a su amiga corrió a ella y besándola cariñosamente le dijo:

—«Ven, Jack quiere verte y me recomendó que te lleve a su cuarto, y yo se lo prometí.»

Gladys sin siquiera dignarse volver a ver a su tía, se levantó en el acto y siguió a Elinor. Como la tía Luisa, no se movió de su lugar la señora Taylor se quedó dándole un poco de conversación. Jack estaba muellemente recostado en un canapé, rodeado de muchos cojines; la luz se colaba por el cierre de las blancas y finísimas selosías el cuarto se hallaba en la penumbra. Encerradas en un vaso de porcelana de Sevres estaban algunas «American-Beautty», frescas y lozanas, despedían un agradabilísimos perfume. Al entrar Gladys, se acercó al canapé donde descansa Jack, y tendiéndole la mano dice con voz cariñosa:

—«Cómo te sientes Jack?»

—«Ya estoy bastante bien querida, pero ma-

La Perla de las Antillas

má no quiere que salga, si no, ya hubiera ido a verte».

—«No amiguito; no hay que hacer desarreglos, si no, no curarás pronto, y yo tengo mucha necesidad de tí»,

—«De qué se trata Gladys? e incorporándose en su asiento.

—«No Jack—dice Elinor—me prometiste que si te traía a Gladys, te estarías quieto, quédate siquiera un momento tranquilo».

Gladys dice para obligar a Jack:

—«Mira, si no prometes estar formal, me voy ahora mismo».

Jack le toma una mano y dice:

—«No Gladys, no se vaya Ud., yo me portaré bien y le prometo ser obediente».

Elinor vuelve la vista hacia Gladys y se sonríe. Esta está sentada en una silla cerca de Jack y tiene en sus manos un libro. Elinor está a los pies del canapé y mira sonriente a su hermano.

Gladys lleva en sus venas la sangre americana y aunque ha recibido educación inglesa, tiene las costumbres puramente del Norte. Un poco des-preocupada y sencilla en el fondo, bastante franca y decidida, y cuando siente predilección por algo, lo demuestra.

Jack estaba un poco pálido, pero se notaba en su semblante tranquilidad y bienestar. en sus menores movimientos se notaba una alegría que llenaba por completo toda su persona y en sus ojos una luz que irradia. Viste un pantalón de franela blanca y una camisa de seda del mismo color. Gladys lo mira cariñosamente y pasándole una mano con suavidad por el cabello le dice:

—«Jack, ¿ya se cerró la herida de anoche?»

—«Creo que sí; no fué gran cosa, nada más un leve rasguño?»

—«La sangre fué contenida a tiempo y no pasó a más, dice Elinor.

María Guadalupe Cartagena

—«Me alegro que así sea, pues de lo contrario yo hubiera tenido que constituirme en su enfermera, Jack».

—«Oh, que agradable para mí, tener una Nurse tan linda y tan buena como tú! En ese caso; mira Elinor, dile a mamá que me siento grave y necesito una enfermera. Anda, corre Elinor».

Las dos muchachas se ríen de buena gana y Gladys dice:

—«Oh Jack! qué entusiasmo!» Entra la camarera y dice a Elinor:

—«Una amiga telefona a la señorita». Elinor se vuelve a Gladys:

—«Excuse me dear, I come back. Y dirigiéndose a Jack:

—«Queridito no moverse, ni dar quehacer a Gladys», y salió de la habitación. Jack es alto y bien constituido, de elegante continente, sus facciones correctas, una nariz recta y delgada, unos ojos profundos de pupilas azul oscuro, unas ojeras que los sombrean y dan indecible encanto al semblante, las cejas castañas y finas dibujan su frente, la boca un poco grande pero roja y sonriente, el cabello castaño peinado hacia atrás, con una raya al medio y ondulado naturalmente y una dentadura tan perfecta y no hecha para una boca de hombre. Jack quédase viendo a Gladys amorosamente y cogiéndole una mano se la lleva a los labios. Esta reclina su linda cabeza en los cojines en que Jack apoya la suya y la mano que le queda libre la hunde en los espesos cabellos de éste. Después de algunos minutos, entra Elinor muy suavemente y viéndoles se dicen mentalmente.

«Que pareja más mona forman los dos; guapos, jóvenes, alegres y dichosos, hecho el uno para el otro. Qué felicidad más grande se les en sus rostros, no quisiera separarlos pero es necesario», y envolviéndoles en una mirada de

La Perla de las Antillas

protección le dice a su hermano:

--«Qué exigente es el enfermo y qué agradable es estarlo, para tener quien nos acaricie con tanto cariño.»

--«Mira Elinor, Jack se estaba durmiendo y tú le has despertado.»

--«No te apures, que él no es de los que se duermen cuando están en buena compañía. Yo creo que él se hubiera dormido con más gusto en tus brazos.»

Gladys; un poco corrida se separa de Jack, mira su reloj de puño y esclama.

--«Mi tía debe estar esperándome, ya es un poco tarde y tenemos que hacer algunas compras».

Gladys no quiso decir a Jack que había visto en la acera del «Mc Alpin» a la falsa enfermera, para no apenarlo y se preocupara de eso. Se despidieron de sus amigos y salieron.

En la esquina opuesta se halla el gran almacén de 'Gimbel Brothers', y teniendo Gladys q' comprar algo allí, dió aviso a su shauffer que fuera a esperarla al portón del almacén en la calle 33. Tomando del brazo a su tía atravesó la calle; a mitad de ésta, al pié del Elevado de la 6a. Avenida tuvieron que esperar la señal de tráfico para poder pasar a la otra acera: en esta esquina está el cruce de Broadway, la 6a. Av. y la calle 33. es de un movimiento inusitado y desde las 10 de la mañana hasta las 6 de la tarde es sumamente difícil el tránsito: la gente ormguea y hasta se atropellan unos a otros tal es el apresuramiento con que caminan los habitantes de New York que si no fuera así, no se podría vivir, pues los vehículos abundan tanto como las personas, aunque los medios de locomoción se multiplican cada día más. En el triángulo de la 33 es de tal modo el tráfico que el que no es listo lo atropellan; allí hay estaciones de lavado, de sobwey, trollicars, boses, autos,

taxis, camiones y una masa compacta de muchedumbre que camina presurosa: al taller, a las oficinas o al hogar.

Después de diez minutos de espera, Gladys y Luisa atraviesan la calle y entran a Gimbel. En el momento de traspasar la puerta se encuentran frente a frente con Harry; éste las saludó con sume atención y Gladys en vez de contestar lo mide con la vista de arriba abajo y deteniendo su mirada en los ojos de él, espera que diga algo; Harry al sentir la penetrante y fría mirada de Gladys que lo desafía y quiere sondear hasta el fondo de su alma, vuelve la cara a otro lado y sin decir palabra alguna sale a la calle. Gladys entró dispuesta a conocer el almacén, pues entrar por una puerta y salir por otra eso no es conocer. Conocer es saber en qué piso está cada cosa que se busca, saber las entradas y salidas que tiene el Store, en qué departamento está tal mercancía y así sucesivamente.

Gladys y Luisa salieron de Gimbel a las 2 de la tarde, pero lo vieron todo y todo les gustó. Gimbel Brothers es uno de los muchos grandes y ricos almacenes que tiene New York.

Al regresar Gladys al Hotel encontró una carta con el sello de Chicago y al verlo le sorprendió mucho, pues ella no tenía ningún conocido allá y por lo tanto no podían escribirle de esa ciudad. Sin embargo se decidió a abrirla y saber de una vez de qué se trataba.

A medida que leía, mortal palidez cubría su rostro y lágrimas ardientes rodaron por sus mejillas. Gladys llamó a su tía y leyó la dolorosa carta, al terminar Luisa dice:

—«Oh! Gladys por Dios ¿qué haremos? estamos en una situación horrorosa, verdaderamente no sé qué pensar»

—«Imagínate tía, ¡lo que papá ha sufrido para decirme esto! Ah! esto es terrible, yo creo que

La Perla de las Antillas

me vuelvo loca de tanto sufrimiento; ¿no te parece que para esta vida como la mía tan agitada, llena de martirios de todas clases es preferible no existir?»

—«Gladys, ¿qué es eso? no blasfemes de esta manera. Dios es justo y misericordioso, pero manda sufrimientos a sus hijos para después darles la felicidad. No toda la vida debe ser color de rosa. Es verdad que todos sufren en este mundo, pero tú tienes la dicha de tener mucho dinero: el gran remedio de todos los males, el que abre todas las puertas, el que allana todos los caminos, el que cubre todas las faltas, el que nos da honores, gustos, amistades, atenciones, dignidad, personalidad, belleza y por último por el que la humanidad se pierde. Convéncete que el dinero da todo ésto, pues en este tiempo todo se compra, hasta la vida y muchas veces hasta la muerte. Otros sin dinero, sin trabajo, sin amigos, sin nombre y saben llevar con resignación todos sus sufrimientos. Tú debes consolarte al pensar que tienes muchas cosas que aquéllos con una sola serían felices. No hijita, hay que sufrir con paciencia, que esto ya cambiará y (atrás viene quien arrea) como decimos nosotros. La suerte es algunas veces adversa, pero al fin cambia, es inconstante pero no importa, ya tendremos nuestros días de goce. Serénate y piensa con calma en lo que debemos hacer; es lo mejor».

—«Pues tía; lo único que nosotros podemos hacer es llamar a Hansell y ponerlo al corriente de lo que pasa».

—«Bueno, llámale. ¿Ya Taylor no piensas avisar?»

—«A mi tutor? claro que sí, le telefonaré».

—«No Gladys, estas cosas no se deben decir por teléfono, es mejor que le llames a él también y aquí se lo dices todo». Gladys telefoneó.

—«Tía, Hansel no se haya en su casa y yo no

sé el número de la sección de detectives a que él pertenece).

—«Pregúntale a Jack, él debe saberlo».

—«Dice Jack que ya vendrá, pero que antes irá a buscarlo y lo traerá».

—«Bueno, y el Senador que dice?»

—«Su dactilógrafa dice: que él ha salido, pero que luego que llegue le avisará».

—«Magnífico, ya verás Gladys que luego que vengan nuestros amigos se arreglará todo ésto».

—«Ojalá tía mía, en Dios y en ellos confío y tengo toda esperanza».

—«Eso es Gladys, pídele a Dios y ten fé en él que es el único que puede sacarnos de esta pena tan grande en que estamos. Dios es bondadoso con aquéllos que creen en él y que son buenos y que cumplen con sus deberes. Tú eres católica de verdad, tú no visitas las iglesias sólo porque se diga; tú no eres fanática; lo son aquéllas que a toda hora están en el templo y no rezan, sino que se ocupan de comentar las vidas ajenas o entrometerse en cosas que no les importa, y se acuerdan de Dios sólo cuando se hayan en un aprieto, o como se dice comunmente: cuando tienen el agua al cuello».

—Pero esto no sucede en New York tía, pues aquí abren las iglesias sólo a hora de misa y los sábados por la tarde para confesar, fuera de esa hora están cerradas, además aquí toda la gente está constantemente ocupada; todos trabajan y el que no lo hace le sobran ocupaciones en su casa y no tienen tiempo de ocuparse de los demás, eso queda para las ciudades pequeñas. New York es inmensamente grande, faustoso, elegante y tiene tantos medios de divertirse la gente que no sienten gusto en gozarse del mal ajeno. Nosotros los latinos vemos las cosas de un punto de vista muy distinto del de los norteamericanos. Ellos piensan en trabajar, en hacer dinero y más dinero;

La Perla de las Antillas

en el sport, en los goces, en hacer casas altas, muy altas que sean las más altas del orbe. Quieren que los Estados Unidos se distinguan por su riqueza, por su grandeza en todos los ramos, quieren que sobresalgan a todos los demás países; por sus edificios, su arquitectura no puede ser mejor; ellos dicen: (sube, ¡ qué entre más alto estés, más te notarás) y (haz dinero, que entre más rico seas, más valdrás). Aquí, todo se compra: la elegancia, la belleza, las diversiones; el que sabe gastar su dinero lo goza; todos saben aprovechar su dinero, todo es sport y cuando lo botan es por sport. La mujer es tan sport como el hombre y tal vez mucho más que éste.»

---«Oyeme Gladys; hace días que deseo hacerte una pregunta, ahora te la haré. Dime, te gustaría vivir siempre en New York?»

---«Pues tía, con toda mi alma. New York es la ciudad ideal, la de mis pensamientos, donde se vive y se goza la vida. Aquí se trabaja bastante pero se goza mucho. Quien paga bien, es bien servido; en todas partes se compran los goces y diversiones, pero hay países donde se gasta y no se goza; aquí todo lo bueno pertenece al que lo paga bien»

---«Bueno Gladys, por tus fuertes argumentos veo que será difícil arrancarte de New York.

---«Sí tía, será tarea bastante difícil llevarme de New York en algún tiempo».

---«Pero dime Gladys, ¿qué es lo que te entusiasma de New York?»

---«Cómo qué, tía Luisa; ¿tú no has estado en los sitios en que se puede gozar? Tú desde que veniste has estado sólo encerrada en el Hotel y además, con muchas penas y sufrimientos, pero ya tendremos tiempo de divertirnos, no te apures; yo espero días felices, en que estaremos todos reunidos y ya pienso en las futuras Christmas que pasaremos en este país, verás que deliciosas; yo

nunca las he pasado aquí, pero por lo que todos me dicen, deduzco que deben ser bellísimas. Dally me ha puesto la cabeza grande describiéndome la alegría de todo el mundo neoyorquino. En Londres son suntuosas pero de carácter más serio, más refinado, más elegante, más «chic».

En ese momento llegó el Senador Taylor. Gladys después de saludar a su tutor le mostró la carta que acababa de recibir, estaba concebida en estos términos. «Señorita Wollson; por orden de su padre le aviso a Ud. lo siguiente: Mr. Wollson está en el County Hospital padeciendo una fuerte fiebre cerebral, la que se le declaró después de grandes padecimientos morales. Se nota que el Sr. Wollson ha sido víctima de grandes sufrimientos, que lo tienen en una sobre-exitación nerviosa de tal manera que ha sido necesario ponerle la camisa de fuerza, y está en un estado lastimoso. Casualmente he sabido su dirección. Le comunico todo esto con la firme creencia de que Ud., como su hija que es, tiene el deber de saberlo; además espero que Ud. vendrá a verlo, verdad que sí? no me diga que no, pues el pobre enfermo sufriría mucho y en sus ratos de lucidez me pregunta que cuando llegará Ud. Vaya al GREAT NORTHERN HOTEL, yo habito en él y allí podré darle más pormenores antes de dirigirse al Hospital.--Florence Willon, Nurse del County».

--«Qué dice querido tutor de todo esto?, cree Ud que es cierto lo que me dicen en esta carta, con respecto a papá?»

«Yo creo que esto debe ser cierto, pues no serían los secuestradores los que le avisarían a Ud. el lugar dónde se haya su padre, además ellos no le tenderían otro lazo, después del fracaso de la noche de el viernes último».

—«Pero lo que me extraña es que no me lo notifiquen del County Hospital que papá está en él».

La Perla de las Antillas

—«En esto tiene razón Ud. Gladys, pero hágase el cargo; que estos Hospitales son muy grandes y que no es posible atender a todo con tanta ligereza. además, el Hospital no tiene obligación de notificar a los familiares de sus enfermos el estado de éstos, salvo cuando son pensionistas. Su padre Gladys, debe haber sido llevado solo Dios sabe por quién al Hospital, otra cosa: ¿y si hasta ahora fué identificado? y si no sabían que Ud. existía y que vivía en New York, y cuál era su dirección?».

Gladys quedóse un momento pensando. En eso se presenta Jack en compañía de Hansell. Este se entera de todo lo sucedido y aprobando lo que antes dice Taylor, se explica de esta manera:

—«Señorita Wollson; el Senador Taylor puede que tenga razón en afirmar que esto sea cierto, pues la mujer que avisa el paradero de Mr. Wollson es una enfermera y tal vez sea la nursla particular de él. Por otro lado me parece: que no debía ser la enfermera quien diera este informe a Ud. pues no se lo pidió, además; ¿cómo sabe ella la dirección de Ud.? Es cierto que todos los periódicos dan la nómina de los pasajeros que entran y salen de los Hoteles, los viajeros que llegan en los diferentes barcos, pero no es posible que esta enfermera se haya tomado el trabajo de revisar todos los periódicos, o pedir informes a los Hoteles». Pero Jack que solamente oye, dice de pronto:

—«Se olvida Ud. Hansell de que hay oficinas de investigación? y que allí pudieron averiguar la dirección de Gladys».

—«Si señor Taylor, eso mismo pudieron haber hecho las personas interesadas. Dirigiéronse a cualquiera oficina de informaciones y de seguro diéronles la dirección pedida, pero usted sabe que estos informes cuestan algo caros, y la persona que los pidió debe haber pagado la suma debida,

pero eso podía haberlo hecho un familiar o una persona interesada, de lo contrario no los daría la oficina; además, si alguien fue a tomar esos informes, debe haber dejado su nombre y dirección en el libro de la oficina. Yo me encargo de averiguarlo».

El abogado Taylor vé que el tiempo apremia y que se debe hacer algo y dirigiéndose a Hansell dice:

—«Qué es lo que se debe hacer en este caso, Hansell?»

—«Pues señor Taylor; salir inmediatamente para Chicago y descubrir lo cierto del asunto». Y dirigiéndose a Gladys:

—«Miss Wollson; Ud. debe estar lista esta noche a las 10 para tomar el Express de las 10 y 30 que sale para Chicago; Ud. nos será de suma necesidad, el señor Taylor puede acompañarla. Yo voy a arreglar mis asuntos y de paso tomaré algunos informes en la «Central-Investigation Company», y que me remitan los datos a Chicago por medio de mi ayudante. Señorita Wollson, no se le olvide que a las 10 y 15 nos veremos en el Pennsylvania Station». Y salió del salón.

Taylor (p) dice a su pupila:

—«Gladys, Ud. puede ir con Jack; mis ocupaciones no me permiten acompañarla aunque yo lo desee, pero sé que Ud. tiene más confianza en mi hijo, y en él encontrará un segundo yó; el está más joven y puede hacer mis veces. Ud. me tendrá al corriente, desde su llegada a Chicago, y si hubiera necesidad de mi presencia allá, llámeme que en el acto estaré al lado de Ud.» Y volviéndose a Jack dice poniéndole una mano sobre el hombro:

—«Dime Jak, ¿te encuentras en condiciones de cumplir tu cometido? te sientes completamente bien para ocupar mi puesto cerca de Gladys? estás dispuesto a defender la vida y el nombre de mi pupila?»

La Perla de las Antillas

—«Padre—dice Jack—: estoy completamente bien, y en disposición de cumplir el cargo que Ud. me conceda; Ud. ha tenido siempre gran confianza en su hijo, y yo, haré todo lo posible por hacerme digno del puesto que Ud. me confiere. Le prometo a Ud. por mi honor que estoy dispuesto a dar mi vida en defensa de Gladys; al regresar yo se la entregaré a Ud. sana y salva, tal como está ahora, o yo no regresaré». El señor Taylor muy satisfecho de su hijo le tiende la mano y dice:

—«Gracias Jack, no esperaba menos de tí. Gladys con los ojos arrasados en lágrimas de agradecimiento, dice a Jack:

—«Oh Jack! ¿cuántas veces estarás dispuesto a defender mi vida aun a costa de la tuya?».

Luisa que no ha dicho ni, esta boca es mía, se acerca al Senador y dice un poco seria:

—«Le parece a Ud. bueno Mr. Taylor, que Gladys vaya a Chicago sola en compañía de un muchacho joven como Jack?».

Este y Gladys se miran y ríen de la ocurrencia de la tía Luisa. Al Senador le causa alguna admiración lo que acaba de oír, pues no esperaba que una persona como la tía Luisa estuviera tan alejada de las costumbres norteamericanas, y el dice:

—«Miss Luisa: Jack es caballero y puede Ud. confiarle su sobrina, que él sabrá velar por el honor de ella; además mi hijo es un Taylor, un honor sin tacha, y Jack no desdice de su nombre y sabrá seguir el ejemplo de sus 'antepasados».

Minutos después padre e hijo se despidieron; y Gladys se ocupó de arreglar un pequeño equipaje.

A las 10 de la noche se presentó Jack en el «Comodore». Gladys se despidió muy cariñosamente de su tía, e hizo prometer a Elinor que iría todos los días a ver a la tía Luisa, mientras durara su corta ausencia.

A las 10 y 20 hallábanse Gladys y Jack en la Pennsylvania Station, Gladys estaba sumamente preocupada, pues no veía a Hansell por ningún lado. En el momento que los empleados cerraban las puertas de los coches, entró como una bomba un hombre que al pronto no reconoció Jack. El tren se puso en movimiento, en el momento de salir, un individuo se acercó y con mirada penetrante buscaba a alguna persona en el interior del coche, al ver a Gladys se sonrió de un modo significativo. Gladys estaba sumamente preocupada para pensar en que la vigilaban y no se fijó en el espía, y dirigiéndose a Jack le dice; que está apenada, pues no ve a Hansell y teme que no haya tenido tiempo de tomar el tren. Y como un conjuro a estas palabras, Hansell se presenta a ellos y díceles:

—«Vi en la estación a un hombre que me es sospechoso y no quise que me viera tomar el express, pues no es difícil que en la estación de Chicago nos encontremos con uno de los de la banda de Los Trece; el espía que estaba en la Pennsylvania dará cuenta de que ustedes van de camino y si no es así, aquí están 25 dollars. Al llegar a Chicago, Ud. señor Taylor haga lo siguiente: pero ante todo dígame, en qué hotel pararán Uds?».

En el «Auditorium», contestó Jack.

«Está bien señor Taylor: ustedes al tomar el auto dice el nombre del hotel que encuentre más a mano, pero un poco después dice al chauffer la dirección del verdadero hotel que es el «Auditorium». Es elegante y la señorita Wollson estará muy bien; apruebo su elección. Le hago la advertencia respecto al hotel, por si tropiezan con alguno de la banda, se lleven un chasco y vigilen otro hotel, y nos dejen trabajar a gusto por unos momentos».

—«Creo Hansell que al «Auditorium» no llega-

La Perla de las Antillas

rán los de la banda, pues para uno de esos es, un poco difícil el acceso en esa clase de Hoteles».

--«Un.....! señor Taylor, eso es cuestión de opiniones. Vea Ud.; los espías o agentes de una banda de ladrones, se valen de mil patrañas y de argumentos muy fuertes para conseguir lo que desean; y cuando tienen algo entre manos no descansan hasta conseguir la victoria. Los individuos que componen una banda son siempre inteligentes, intrépidos, malos, ambiciosos y testarudos; porque cuando dicen: esta camisa no me viene, aunque les quede floja no los hacen ceder: tienen un poco de Aragoneses».

Hansell fue a sentarse a un extremo de el coche dejando solos a sus clientes.

Jack siempre solícito y atento con su novia, habla de cosas banales para distraerla. Los dos están sentados uno junto al otro; de repente dice Jack con entonación alegre.

--«Gladys vea Ud. lo que es la vida; yo nunca me imaginé que viajaría en compañía de Ud. y menos los dos solos. Cuando la ví por vez primera, jamás creí que llegaríamos a ser tan buenos amigos, y tal vez más que amigos, verdad Gladys.....? qué dices de ésto?».

Gladys se le queda viendo fijamente a los ojos, y dice mimosa:

--«Talvez.....¿y por qué nó?».

--«Si tu quisieras, podías hacer mi felicidad, en tus manos está el hacerlo».

—«Es decir Jack, que soy tu mascota, eh.....?».

---«No Gladys, tú eres: mi vida, mi amor, mi dicha y mi tranquilidad».

Díme Gladys, ¿si yo te hiciera una pregunta me contestarías la verdad?

--«Oh! seguro que sí, toda vez que esa pregunta esté a mi alcance, tú sabes que no me gusta mentir, ni fingir».

---«Una vez más sé franca y dime: ¿qué es lo que tú sientes hacia mí?».

---«Jack, tú me pides que sea franca y te diga la verdad. Yo no sé qué concepto te has formado de mí, ni el que formarás después, pero tú lo desees y así será: Siempre que te veo siento gran alegría; cuando estás ausente te recuerdo con cariño; cuando no te veo me haces falta. Me agradan mucho todas las atenciones que tú tienes para mí; me gusta agradarte y cuando tú me diriges algún elogio me siento dichosa. Yo no podría distinguir del amor y el cariño que sintiera por alguien, pues nunca he estado enamorada. Por tí siento una mezcla de: predilección, cariño, agradecimiento y no sé cuántas cosas más. En mi corazón hay algo que me impulsa hacia tí; mis gustos, mis deseos, mis pensamientos, todo se inclina hacia tí; yo misma, sin darme cuenta, me ocupo demasiado de tu persona, hasta de olvidar a mi padre por un momento. Mi corazón siente lo que jamás había sentido, es una música inmensamente bella, deliciosa, de dulces notas, una música divina, melodiosa que con su suave armonía endulza los días de sufrimiento por que atravieso; es una luz que con sus fúlgidos destellos lo ilumina todo, una constelación en noche oscura y lóbrega. Todo esto hubiera querido guardarlo en el fondo de mi alma; pero siento algo que me obliga a confesarte lo que no hubiera querido que supieras; éste no es lugar, ni ocasión para confidencias, pero tú me lo pediste».

---«Pero por qué Gladys, no te respeto tanto? no te quiero como tantas veces te lo he confesado? desde que te conocí vi en tí no una mujer vulgar; una mujer como todas, nó Gladys; en tí vi la realización de un sueño; la elegida de mi corazón, la prometida ideal, la deliciosa novia y la feliz desposada».

La Perla de las Antillas

Jack tomándole las manos y mirándola a los ojos le dice:

---«Oyeme Gladys; yo he prometido a mi padre bajo mi honor salvarte de todos los peligros, aún a costa de mi vida; estoy dispuesto a cumplir la promesa que hice; ya no por honor, si nó porque siento gran satisfacción en hacerlo. La suerte es traicionera y no sabemos lo que el destino nos tiene reservado para el porvenir; y tal vez mañana tendríamos que vernos separados por una fuerza superior a nosotros mismos: pero antes quiero que me digas una sola palabra que me daría la dicha, y la cual tú no te negarías a concederme. Dime Gladys: ¿quieres ser mi esposa? dime sí o nó, yo no te pediré explicaciones.....»

Gladys levantó poco a poco la cabeza; y fijando su opalina mirada en los oscuros ojos de Jack, como queriendo ver en ellos toda la verdad y sinceridad de aquella petición, dice con gran firmeza y sonriente: «Si Jack.....si lo deseo».

Jack completamente feliz, envuelve a Gladys en una amorosa mirada, y besándole las manos, dice:

---«Oh.....Gladys! cuánto te agradezco ese SI. Yo no tenía la pretensión de esperarlo, pero tú has hecho mi felicidad. Tú puedes hacer la felicidad de el hombre más exigente..... No sabes cuanto aprecio en tí; la franquesa y la sinceridad que son tus inseparables compañeras. No es la belleza tuya, ni el capital que tu posees, ni tus sufrimientos los que me cautivaron, nó; fué el gran amor que tú sientes por tu padre; el respeto, la consideración que tú le tienes; el recuerdo imborrable y el culto que le profesas a la memoria de tu madre; los nobles sentimientos, la lealtad y firmeza en tu carácter; eso fué lo que me hizo amarte; no fué tu persona, nó, fué todo lo grande que tu alma encierra y que yo he podido apreciar y leer en tus

ojos, en tus más insignificantes pensamientos: en tus más sencillos gustos. Es una gran ventaja para la mujer el ser sincera y leal; la sinceridad y la lealtad lo consiguen todo, una mujer franca nos tiene ganados; nosotros decimos (Nobleza obliga)».

Gladys quería descansar un poco y dijo a Jack que la acompañara hasta el carro Pullman.

El día siguiente por la tarde entraba en Chicago el express: Jack y Gladys descendieron, y tomaron un taxi que los llevó al hotel según las indicaciones de Hansell. A éste no le volvieron a ver desde la hora del lunch que tomaron todavía en el tren. Al descender del tren, Jack lo buscó con la vista y afectando indiferencia. Nuestros amigos llegaron al «Auditorium Hotel». Media hora después llegó Hansell y dió a sus clientes los siguientes pormenores:

—«Ya averigüé que la Nurse vive en el «Great Northern Hotel» tal como ella se lo comunicó a Ud. señorita Wollson, también sé donde está situado el «County Hospital», pero para saber si la enfermera en cuestión está en ese centro es necesario hacer algunas averiguaciones, y yo creo que lo más conveniente sería hablar primero con Florence Willson y de los datos que ella le dé podemos deducir que hay de cierto en el asunto que nos ocupa. Señor Taylor; mientras la señorita Wollson habla con la enfermera; usted se ocupa de vigilarla y si nota en ella alguna alteración, o algo que le infunda alguna sospecha Ud. hace un apunte y al menor momento que usted pueda me lo entrega disimuladamente; y yo pueda estar al corriente de lo que ustedes disponen. Ud. Miss Wollson; debe decirle: que desean ver en el acto a su padre, y no darle tiempo a que pueda dar aviso a sus compañeros de oficio; pues no dudo ni un momento de que sea otra esa enfer-

La Perla de las Antillas

mera que la que le tendió el lazo a usted en el Barrio Italiano. No tenga la menor vacilación que entonces se pierde todo; no tema a nada y acceda a todo lo que diga, que el señor Taylor la defenderá; además, yo estoy alerta en todo, y desde el lugar en que me encuentre vigilo por Uds.; y en caso extremo pueden dar aviso a la policía; pero ésto en el último momento, o en situación difícil. Florence habita en el Great Northern desde hace cuatro días; tiene su habitación en el piso que da a la calle Dearborn. Ella regresa todos los días del Hospital a las 6 de la tarde; Ud. puede ir a hablar con ella. Yo estoy en el «Stratford Hotel» que hace en Michigan y Jackson Boulevard; si hoy no nos viéramos llame al Stratford».

A las 7 p. m. encontrábase Jack y Gladys en el Great Northern, diez minutos después entraba al Hotel una elegante y bella muchacha de cabellos rubios y ojos negros; este contraste hacía de ella la admiración que levantaba a su paso; era Florence la Nurse. Esta vió a Gladys pues fué a sentarse cerca de ella, y con la mayor indiferencia de lo que a su alrededor había; desdobló un periódico de los varios que llevaba y púsose a leer con gran atención; pero en realidad no leía;

observaba los menores movimientos de Gladys y Jack y escuchaba su conversación. Pocos momentos después se acercó un sirviente y dijo a Gladys; que la señorita Willson era la que leía no lejos de allí. Gladys inmediatamente se levantó y fué hacia Florence. Sin ambages ni preámbulos, le mostró la carta que había recibido dos días antes con la firma de ella. La enfermera repitió todo lo que había dicho en su carta; se lo sabía de memoria como una lección, y que nuestros lectores ya tienen conocido. Florence se ofreció para llevar esa misma noche a Gladys al Hospital a las 8. Jack dispuso que cenáran en ese mismo

hotel para no perder de vista a la enfermera y no darle tiempo de que avisara a los de la banda. Gladys, Jack y Florence estuvieron en el Hall hasta la hora de cenar. La señorita Willson excusóse un momento para ir a cambiarse traje, para ir al comedor, y se dirigió a su habitación. En ese momento se acerca a ellos Hansell que estaba no lejos de allí e informóse de todo lo que habíanse dicho y luego se fue. A las 9 Florence en compañía de nuestros amigos subió a un taxi que estaba a la puerta del Hotel, y dió la dirección de el «County Hospital». El auto tomó por la calle Madison, atravesó State Street, Wabash Av. y siguió por Van-Buren St. y después de muchas vueltas y revueltas se acercaron al County, como queriendo dar tiempo de que se hiciera tarde. El reloj del taxi tenía las 10 menos cuarto cuando entró en las alamedas del Hospital; separábanlo unos cuantos metros de la puerta de entrada cuando de repente fué atacado el taxi por cuatro hombres. La noche estaba oscura y las luces del Hospital no alumbraban lo suficiente aquel lugar. Se armó una pelea terrible; Jack defendíase con solo sus puños y dominaba a su adversario; vino otro y ante dos Jack fué insuficiente; amarráronle las manos atrás y a Gladys la amordazaron. El taxi no podía dar vuelta allí y tuvo que seguir recto, pasó de largo por el portón del establecimiento y se acercaba a la calle para tomar a sus pasajeros; en ese mismo momento entra en la avenida otro auto y al llegar junto a los bandidos que sujetaban a Gladys y Jack, bajó un individuo, qué revólver en mano obligó a los dos bandidos a soltar a las dos personas que habían amarrado e hizo que retrocedieran hasta el portón principal de County; de los cuatro asaltantes se fugaron dos, y los otros dos fueron capturados por Hansell quien disparó dos tiros al aire

La Perla de las Antillas

para llamar la atención de la policía, que al oírlos, se acercan varios empleados del hospital y algunos enfermeros que se hallaban en el vestíbulo y encontráronse con Gladys y Jack que todavía estaban maniatados. Dos policías custodiaban a los malhechores, mientras Hansell en compañía de Gladis y Jack se dirigieron a las oficinas del hospital y presentándose al Director de turno le mostró su placa de Detective y una orden extendida por la Central de Detectives de New York, para encargarse de esclarecer el secuestro del millonario Wollson y díjole:

“He sabido que en el Country Hospital está la persona que busco, y espero encontrarla aquí. Debe estar con nombre supuesto; deseo visitar todas las salas de los enfermos hoy mismo; ésto es cuestión de vida o muerte; aquí tiene la orden de la oficina de Detectives de la ciudad de Chicago”. Y designando a Gladys dice al Director:

“Esta señorita es la hija de Wollson, y el caballero es el hijo y representante del tutor de la Srta. el Senador Taylor”.

El Director en persona se dirigió a las salas de los enfermos más recientes, presidiendo a los visitantes.

El edificio del County es magnífico. tiene vastas salas para muchos pacientes, habitaciones claras y blancas; la higiene que allí se observa es grande, tiene espacio para 29 mil pacientes. Cuenta con un personal de 120 médicos y 225 enfermeras. El County Hospital es el segundo en su género, en los Estados Unidos; allí los enfermos disponen de: distracciones, tranquilidad y confort. El Director en compañía de los visitantes recorrieron varias salas del primer piso, y ya cansados de su penoso trabajo dieron por fin con Wollson que dormía tranquilamente. Gladys al ver a su padre ahogó un grito de felicidad e hizo además de co-

rrer hacia él, pero el Director la detuvo por un brazo y díjole:

--“Cuidado Srta. Wollson... ; es prohibido tocar a los enfermos, sinó con autorización expresa del médico responsable. Mañana puede usted volver, y tal vez el médico de cabecera le conceda el permiso de visitar al paciente, y yo podré darles algunos datos respecto a él”.

Todos salieron de la habitación, y Gladys con gran dolor abandonó el hospital, donde acababa de encontrar a su padre y tan luego lo dejaba, pero solo por un poco de tiempo nada más. Hansell se dirigió a una sección de policía y dio cuenta de los dos bandidos que había capturado.

El día siguiente Hansell llegó a las 9 de la mañana al ‘Auditorium Hotel’ y reuniéndose a Gladys hablaron del asunto que los trajo a Chicago. Gladys dice a Hansell:

—“Cuando me señalaron a la enfermera Florence Willson, me chocó mucho el parecido de ésta con la enfermera Slava que me tendió el lazo en el Barrio Italiano. Es cierto que ésta es tan rubia como espigas maduras; pero tiene el mismo tamaño, el mismo cuerpo. Las facciones no cambian aunque tuvieran peluca; la recuerdo como si ahora mismo la estuviera viendo. Ahora no le fué posible ponerme un pañuelo con narcótico a la nariz, y se valió de otros medios; Jack tiene buenos puños y sabe hacer uso de ellos, pero esta vez no le dieron tiempo de defenderse”.

Jack interviniendo dice:

--“Hansell ¿qué piensa Ud. hacer con los bandidos que nos faltan?”.

--“Pues hasta ahora no lo sé, pero ellos se colocarán en el camino; no se apure Ud. por ellos, que al menor descuido que tengan los atraparemos, y sabremos dar buena cuenta de ellos”.

La Perla de las Antillas

Los tres salieron y tomaron un auto del hotel que los condujo por el Jackson Boulevard, después entrando por la calle Dearborn llegaron al "Great—Northren" Hansell bajó a tomar algunos informes de la falsa enfermera que desde la noche antes desapareció en el taxi con los dos bandidos que se escaparon. Poco después regresó Hansell y contó a sus clientes lo que acababa de saber, y que nosotros explicaremos en pocas palabras:

Florence Willson regresó la noche anterior como a las 10 y cuarto al Hotel y después de arreglar su cuenta se marchó sólo Dios sabe dónde; tomó un auto y se fue sin dejar su dirección. Florence, cuando llegaron los asaltadores supuestos, no quiso bajar y siguió en el taxi para estar dispuesta a huir en caso de peligro (pues el taxi era manejado por uno de los de la banda disfrazado de chauffer) y al notar que eran seguidos, y tal vez por la policía; salió el carro como disparado a ponerse en salvo y nadie tuvo tiempo de tomar el número.

Nuestros amigos al llegar al Hospital se dirigieron a las oficinas del Director y éste los acompañó hasta un departamento del ala derecha en el segundo piso. 157 era el número del cuarto de Wollson y estaba a cargo de el Dr. Stewart; a él se dirigió el Director en la forma siguiente:

—“Doctor Stewart: como encuentra al paciente? cree Ud. que esta mejor ahora—y que curará pronto?”

—“Oh! desde luego, aquí tiene Ud. señor Director la tabla de anotaciones; actualmente el paciente no tiene más que debilidad cerebral y un poco de decaimiento, pero no es de ningún peligro, yo respondo de ello. Espero una coincidencia para volverle la memoria, pues no tiene un pensamiento conciso, algunas veces tiene un poco de claridad en las contadas palabras que de vez en cuan-

do dice, pero la mayor parte del tiempo lo pasa en un largo sopor; que yo procuro mantenerle para mientras se presenta una coyuntura deseada”.

Hicieron pasar a Gladys y fué presentada al Dr. Stewart quien se mostró muy amable, con ella, ésta dícele:

—“Dr. ruégole decirme con toda franqueza ¿cuál es el estado de mi padre y si podrá abandonar luego el Hospital?”

—“Srta. su padre estará bien a lo sumo en una semana; yo esperaba una casualidad y la acabo de encontrar en Ud. De la prueba que espero hacer esta tarde, depende la tranquilidad de el paciente. Esta tarde la espero a Ud. y veremos qué efecto produce en el enfermo; no puedo decirle cuando estará en estado de abandonar el hospital, pues tal vez sea entre dos días o más; pero de todos modos hoy diré a Ud. cuando. Váyase Ud. tranquila y a las 4 en punto la espero aquí”.

Esta conversación la sostenían en un saloncito que había en el extremo del corredor. Gladys bastante consolada, rogó al Dr. Stewart que le dejara ver un momento a su padre. Había tan irresistible deseo en la mirada suplicante de aquellos lindos ojos pardos, que el Dr. díjole:

—“No hay inconveniente en ello, pero Ud. me ha de prometer antes; que no hablará, y esto es en caso que mi enfermo no esté despierto; si está dormido no lo consiento”.

Y alejándose por unos pocos minutos para cerciorarse volvió y díjole que podía pasar. Gladys levantóse ligero, y acercándose penetró en la habitación de su padre.

Wollson dormía tranquilamente como de costumbre; y sólo a cortos ratos despertaba para pedir agua y volvía a sumirse en un largo sopor. Cinco minutos después salía de la habitación la pobre Gladys que con semblante triste y ojos lloro-

La Perla de las Antillas

sos dejaba a su padre, que no había podido verla ni hablarle; pero con la ciega confianza en Dios de que luego podría llevárselo de allí, que era lo que tanto apenaba a su hija; reunióse a Jack y Hansell y salieron del Hospital. Al pasar el vestíbulo e ir a tomar el auto Hansell vió a un hombre que estaba recostado en una columna del portón; aunque el hombre le veía con insistencia, Hansell no se ocupó de él.

En la tarde a la hora indicada presentóse Gladys en el Hospital, Jack la acompañaba y para ocupar el tiempo que ella dedicaría a visitar a su padre, se encaminó a la Administración; y allí con gran cautela hizo averiguaciones con respecto a Florence Willson. Dijéronle que no conocían a ninguna persona que llevara ese nombre, pues ninguna de las Nurses era Willson, ni Florence; y para convencerlo le mostraron el libro donde están inscritas todas las enfermeras que viven en el Hospital y fuera de él; y mucho menos que habitara en el Great Northern Hotel. Jack se convenció de que Florence Willson era una afiliada a la banda de "LOS TRECE" y el viaje al County era un lazo tendido a Gladys y a él. Pero lo que Jack no se explicaba era el por qué de la carta dirigida a Gladys.

Al entrar el Dr. Stewart acompañado de Gladys, la enfermera que cuidaba al paciente se levantó y esperó que se le dirigiese la palabra o le dieran alguna orden. Gladys al penetrar en la habitación su primera mirada fue para la nurse y examinándola detenidamente se convenció de que no era falsa, sino una auténtica nurse. El Dr. examinó al enfermo y quedó satisfecho: dijo a Gladys que se sentara en la silla que dejó la enfermera y esperara quieta y callada. Stewart dió una cucharada a Willson de una pócima que llevaba consigo, y esperó el resultado. Diez minutos después Willson em-

pieza a abrir los ojos suavemente y volvió la vista de un lado para otro; con un repentino movimiento dirigió los ojos hacia Gladys y al reconocerla le dice con una voz suave e inteligible.

—“Gladys..... hija mía”.

Esta vuelve a ver al Dr. como interrogándole, él con un signo de cabeza aprueba. Y ella mimosamente dice a su padre:

—“Papacito querido, como te sientes?”.

“Gladys; me doy cuenta de que estoy enfermo, pero cosa extraña; esta habitación no es la mía”.

Ella sin saber que contestar se queda callada y vuelve la vista al Dr., éste interviene y dice:

---“No Mr. Wollson, Ud. no está en su habitación, sino en una linda quinta, de pintorescos jardines y en donde Ud. pasará tan luego como se mejore”.

—“Dr. dígame desde cuando estoy enfermo? pues me duele el cuerpo y me imagino que hace días que estoy en cama”.

---“No se preocupe Mr. Wollson, ésto ya pasará”.

---“Vea Dr. una niebla parece que cubre todos los objetos, y siento la cabeza pesada..... ” y fue quedándose inmóvil y con los ojos cerrados. Gladys sumamente apenada mira al Dr. con muda interrogación, él sin alterarse dice pausadamente:

---“No se apure Sta. Wollson, esto ya lo esperaba. Espéreme en el Hall y allí hablaremos detenidamente”.

Gladys salió, y poco después se reunió a ella el Dr. Stewart. Después de conferenciar con él, Gladys se fue más tranquila; al reunirse a Jack, le contó todo sin omitir ningún detalle.

XI

La amenaza

Llegóse el tan esperado jueves, día en que Gladys iría al hospital a traer a su padre. A las diez de la mañana Gladys y Jack ya estaban en el County. Wollson al ver a su hija púsose contentísimo. Con muchas precauciones trasladaron a Wollson al auto que tenían listo, y por orden del médico le llevaron a dar un paseo por Jackson Park. A las 11 regresaron al "Auditorium Hotel" y dejando instalado en su habitación a su padre Gladys se fue a la suya. Al entrar notó que su cuarto estaba en completo desorden: los muebles derribados, sus ropas por el piso en gran desorden, los papeles de las mesas, regados por todos lados, y en la cama prendido con un alfiler en los almohadones, estaba un papel en el que Gladys no habíase dado cuenta: lo tomó en sus manos y leyó lo siguiente:---"Preséntese esta noche a las 9 en "Lincoln Park" al pie de la Estatua de Lincoln. Si

Ud. no se presenta a la hora indicada; a las 12 de esta misma noche, será asesinado su padre en su mismo lecho.---“Los Trece”---Gladys corrió al cuarto de Jack y mostrándole el papel dice apenada:

---“Que haremos Jack?”.

---“Telefonaré a Hansell y él resolverá este enojoso asunto”.

---“Jack no crees que sería bueno que nos fuésemos hoy mismo para New York?”.

---“En el estado en que se encuentra tu padre no será posible, pero llamaré al Dr. Stewart y le diré que tenemos suma necesidad de dejar Chicago, y que si el enfermo podrá soportar un viaje tan largo y pesado, y veremos haber que nos dice”.

Momentos después llegó Hansell y Gladys lo puso al corriente de lo sucedido. Hansell sonrioso y dice a Gladys:

---“No tema nada, que nada sucederá, las amenazas son falsas, y yo le garantizo que no intentarán nada si Ud. no se presenta esta noche.

Deje este asunto por mi cuenta, y quedará terminado todo”.

Y llevándose aparte a Jack le dijo:

---“Sr. Taylor; es bueno que Ud. no salga esta noche. Lo más conveniente sería que Uds. se trasladaran al “Hotel Majestic” situado en State St., media cuadra de la Post Office (Central de Correos) Trasládense Uds. ahora, temprano de la noche; pues la banda tiene espías a la puerta de este Hotel, y hay que aprovechar la hora en que afluye más la gente por este lado; además hasta la noche no los moverán de aquí o de estas cercanías. No se acuesten luego, Ud. entretenga a la Srta. Wollson y esperenme que yo llegaré al desocuparme de estos deseados bandidos que luego sabrán que gusto tiene el estar en Presidio, y que me están calentando la cabeza con sus italianadas”.

La Perla de las Antillas

---“Pero Ud. cree que son italianos todos los de la banda de LOS TRECE? en New York hay más bandidos que en el resto del mundo entero, y los hay de todos los países, Hansell”.

“Oh..... estoy tan empapado de mi oficio que raras veces me engaño! estoy más, que seguro; no he dudado un momento desde que ví su proceder su trabajo ya lo conozco, y la canalla que aquí abunda es italiana. En el acento de la pronunciación los reconozco; además yo tengo gran conocimiento de esa raza, y entre todos los malhechores, los distingo en el acto, y son los que más quehacer me dán”.

A las 6 de la tarde hora en que las calles están plétóricas de gente y vehículos; la tenue claridad de la tarde que se despide, y la oscuridad de la noche que viene a envolvernos con su manto negro. Los millones de luces que componen los anuncios que cubren por completo la masa oscura de los edificios; el constante tragar de los habitantes de la ciudad, hábitos de aire, de luz, de movimiento, y los trabajadores deseosos de reposo y tranquilidad; las múltiples fábricas que, de sus puertas arrojan miles de obreros y descansan quietas unas cuantas horas, para empezar el día siguiente la interminable tarea.

El Hotel Majestic, a esa hora está bastante concurrido. Gladys tomó dos habitaciones, una para su padre y otra para ella; y para no ser vista no quiso bajar al comedor, pues eran vigilados por los espías y si no los habían visto, era bueno que no los vieran.

Después de cenar Jack, fuese a la habitación de Wollson y estuvo conversando con él, y además para entretener a Gladys y no pensara en la cita. Ella estaba un poco nerviosa, pero no quería dar a comprender a su padre lo que sucedía; constantemente volvía la cabeza hacia la puerta, y la vis-

ta a un reloj que estaba sobre la chimenea Jack, tomó una revista que estaba sobre la mesa y púsose a decifrar un *Cros Word* (rompe cabezas) en compañía de Gladys y que a ésta tanto le gustaba y embevida en su entretención favorita no volvió a pensar en la amenaza de esa noche.

A las 11 p.m. llamaron a la puerta, Gladys levanta la cabeza, y gran desasón se nota en la mirada que como una interrogación, pregunta a Jack: ¿qué hacemos? éste le pone un dedo en la boca recomendándole guarde silencio; se dirige a la puerta y abre, entra el visitante que es Hansell, y con gran sigilo se los lleva a un extremo del cuarto y les cuenta lo que pasó, Wollson, está en un sillón recostado muellemente, con la cabeza reclinada sobre el respaldo y duerme con tranquilidad, y ni al llegar Hansell dió muestras de despertar.

Hansell cuenta con todos sus pormenores el asunto: he aquí: a las 8 y media me dirigí a «Lincoln Park» entré por Clark Street y fuí derecho a la Estatua de Lincoln punto de la cita, y esperé la llegada de uno de «Los Trece». A las 9 en punto se acercaron tres individuos y se escondieron tras los árboles, esperaron la llegada de la persona citada. Transcurrieron algunos minutos, la espera se hizo larga y nadie se presentaba; a las 9 y cuarto uno de los bandidos dió un silvido agudo como el de un pájaro; al oírlo los otros dos, se reunieron al primero en las gradas de la estatua y empezaron a discutir; exploraron el parque, y solo de vez en cuando se veía una que otra persona, pero la esperada no aparecía. Al menor ruido se escondían y aguardaban. Pasaron las 9 y media, las 10; así que fue disminuyendo el movimiento de las calles ayacentes; los malhechores salieron otra vez de su escondite y escudriñando con la vista en los alrededores, y no viendo a nadie, se sentaron en las gradas de la estatua y discutieron acalorada-

La Perla de las Antillas

mente. Y cuando se hallaban en lo mejor de su discusión llegaron por detrás dos policías y sorprendiéndoles los capturaron.

De pronto, no pudieron darse cuenta exacta de lo que les pasaba, pero me presenté yo, y enseñándoles mi placa; agacharon la cabeza; y el que los mandaba me dirigió una mirada de desafío; y me pareció que aquellos ojos ya los había visto. Los metimos en un auto y nos fuimos derechito a Police Departament. Allí delante del jefe, les interrogué; y no fué posible sacarles una palabra: unas cuantas disculpas y palabras vanas, dijo uno de ellos y nada más; sobre el hecho, o de sus compañeros nada; como que eran sordos y mudos. Ahora no dirán nada, pero mañana cantarán alto; yo se lo aseguro. Lo que yo quisiera, es ver siquiera una tan sola vez al jefe de la banda, ahora no se posible, pero tendremos paciencia que todo se arreglará a medida de mis deseos; hay que darle tiempo al tiempo, y cuando esté más descuidado ese guapetón de jefe, lo atraparé; y no tendré ninguna consideración para él.

Gladys al oír la narración de Hansell, y más que todo, que los bandidos están a buen recaudo, se siente tranquila. Preguntó a Hansell, si ya no tendrían que temer por esa noche. Hansell dice:

—«Miss Wollson; esté Ud. tranquila, no pasará nada, duerma que yo velo por Uds. Creo que el sábado a más tardar podrán irse Uds. a New York, hablé con el Dr. Stewart y me dijo que: proporcionen al enfermo toda la tranquilidad posible y de allí depende la rapidés de la convalecencia. Yo talvez tenga que quedarme aquí por unos días más, pero aun no lo se todavía, no lo tengo decidido. Ud no debe temer ninguna emboscada, ni amenazas por parte de la banda, pues con la captura de los hombres de anoche debe estar algo escamado el jefe y no querrá exponerse a perder la vida, pues

el día que caiga en mis manos nos veremos de frente, además los pichones hablarán mañana y entonces sabremos quién es el pájaro padre».

Hansell despidióse y afuera dijo a Jack:

—«Mr. Taylor, no abandone un solo momento a la Sta. Wollson, ni al padre pues los bandidos de LOS TRECE deben estar furiosos y sería terrible si alguno de Uds. llega a caer en manos de ellos, pues esta vez no saldrán con vida de sus garras. El jefe de esa canalla debe estar como se dice: parado sobre brasas, al saber que entre los que cayeron en el garlito está el capitán de la banda, el manager de la compañía. No creo equivocarme al afirmar que éste administrador de los bienes ajenos, ya ha estado al alcance de mis manos y no he podido ponerlo a la sombra por falta de pruebas, pero ésta vez no terminarán aquí las cosas, y mañana cantará como un tenor en un «Músic - Hall».

El día siguiente Gladys acompañaba a su padre a dar un paseo, Jack dispuso que visitaran el Invernadero de Lincoln Park, al salir de allí buscaron la estatua donde la noche anterior fué el punto de cita. Regresaban por el Jardín de Plantas, Gladys quedóse un poco retrazada de sus acompañantes, admirando unas lindas y raras plantas, cuando oyó trás de ella una voz que le era conocida y volvió la cabeza! cuál sería su sorpresa al reconocer a Florence Willson, la falsa enfermera del County Hospital, y ahora que la veía con toda la plenitud de la luz del día la reconoció. Gladys salvó en poco tiempo la distancia que la separaba de su padre y Jack. acercándose a su prometido le dice en voz baja:

--«Mira Jack, allá va Florence Willson la que nos metió en aquel lío.»

Jack volvió la cabeza y se encontró de frente con la falsa enfermera, en una vuelta de los arriates. Wollson miró fijamente a las personas que te-

nía enfrente, y en el acto reconoció a la muchacha que hizo el viaje en el mismo barco que él, y con la que hizo buena amistad. Wollson la saludó con marcada atención, al pasar junto a ella. Las dos personas con quienes se encontraron nuestros amigos; erau dos bonitas muchachas, una de ellas; rubia y de hermosos ojos negros era Florence Willson y la otra una amiga de ésta y talvez compañera de oficio. Gladys y Jack se miraron extrañados al ver el galante saludo que Wollson dirigió a aquella aventurera. Gladys pregunta a su padre:

—«Dime papaíto ¿quién es esa señora que saludastes?»

—«Ah... hija mía! ésta joven es una linda americana que venía en el «Wisconsin» el barco en que yo hice mi viaje a New York; hicimos el viaje juntos; élla es muy amable e instruida, es una magnífica muchacha, la quieres conocer?»

Gladys mira fijamente a su padre y dice:

—«Y cómo se llama? papá.»

—«Se llama Kathleen Howard.»

—«Ah!... ésta fué la contestación de Gladys y dirigiendo una significativa mirada a Jack, dice:

—«Papá, yo conocí a ésta muchacha en el Hospital donde estabas y allá me dijeron que se llamaba Florence Willson.»

—«Oh... será posible! pero yo creo que para estar de enfermera no necesitaba de cambiarse el nombre».

—«Nó es de extrañar, pues es amiga de Harry Dexter que es amigo de las innovaciones.»

Wollson mira extrañado a su hija y dice:

—«Tú crees Gladys que se puede cambiar de nombre como se cambia de traje?, no, hijita, en los Estados Unidos ésto es muy delicado.

Y si la policía llega a saber que ésta señorita se ha cambiado el nombre, le costará muy caro. Dime Gladys; ¿por qué dices que siendo amiga de

Harry puede cambiarse el nombre?, qué quieres decir con eso?

Gladys se encuentra en un apuro, pero es muy lista y contesta:

«Digo papá, que es amiga de Harry, por que los he visto juntos en varios sitios. y él me dijo una vez; que al país que fuera se cambiaría de nombre. Tú lo vez?..»

—«Y cuando viste tú a Harry?»

—Cuando? pues papá, siempre me lo encuentro en la calle; además esto me lo dijo cuando veníamos abordo, sabes donde? entre la Habanana y New York, una tarde como a las 5,»

Todo esto lo dijo con tanta naturalidad y gracia, que Jack estuvo a punto de soltar una carcajada. Wollson no volvió a decir nada sobre el particular.

Nuestros lectores querran saber lo que sucedía con Florence Willson, creerán que es una equivocación de Gladys, pero no hay tal equivocación ya quedará demostrado: Florence Willson al reconocer a Gladys y a Jack, se sintió molesta y como ya no podía retroceder, hizo lo posible por salir airosa del mal paso.

Al ver a Wollson se sonrió y haciéndole un sermónioso saludo pasó junto a Gladys como si jamás en su vida la hubiera visto. En una vuelta del sendero desapareció con gran rapidez y diciendo a su amiga:

—Démonos prisa si queremos llegar luego a casa de Moore, y este pueda saber que el viejo Wollson ya salió del Hospital y que anda con su hija. Esto es cuestión de vida o muerte.

Gladys después de hablar con su padre volvió la cabeza y al notar que la falsa enfermera había desaparecido como tragada por la tierra dice a Jack:

La Perla de las Antillas

—«Debemos llegar a casa lo más pronto posible, pues el médico me dijo que llegaría a ver a papá.»

Wollson obediente con su hija accedió. Bajaron por Michigan Boulevard y en la esquina de Wabash Avenue, mientras el auto esperaba la señal de tráfico para atravesar la calle; cuando Gladys vió en la acera a Florence Wuillson, que hablaba con un hombre parecido a los que la asaltaron en la alameda del Connty Hospital. Gladys no dijo nada pero al llegar al Hotel telefonó al «Straford Hotel» llamando a Hansell.

A las 2 de la tarde llegó Hansell al Majestic y se dirigió a la habitación de Jack y contóle lo que pudo sacar a los presos de la banda, uno de ellos, el que hacía de capitán de la cuadrilla: era nada menos que el conocido ladrón cubano llamado el Manco y que nosotros conocemos desde el principio de la novela.

Esa noche a las 8 tomaron Wollson, Gladys y Jack el tren en la estación de Illinois para New York. A Gladys se le hacían interminables los minutos, y cuando el tren dejó Chicago sintió q' un peso le quitaban de encima, y dió gracias a Dios con todo su corazón.

El día siguiente al llegar a la Pennsylvania Station, después de una noche y un día de viaje; sintió una alegría grande que llenaba su alma con torrentes de felicidad. En la estación la esperaba su tía Luisa y Dally, su querida amiga. Todos se trasladaron al Hotel Conmodore donde Gladys tenía sus habitaciones.

XII

EL PARTY

En la elegantísima residencia del banquero William Davis en Long Island se efectúa el sábado siguiente un suntuoso baile y al que han sido invitados el millonario Albert Wollson y su hija.

Albert se hallaba completamente restablecido, joven y vigoroso, como antes de los desagradables acontecimientos. Esta era la primera fiesta de sociedad a que Gladys asistía en New York, y fué para ella un verdadero acontecimiento. A las 10 p. m. Wollson del brazo de su hija hizo su entrada en la mansión Davis. Gladys estuvo atendida por varias aristocráticas damas, hizo amistad con muchas muchachas y fué asediada por una turba de jóvenes elegantes deseosos de conocer a la heroína de los acontecimientos recientes de que tanto hablaron los periódicos y se comentó en todos los círculos sociales.

La Perla de las Antillas

Jack, no lejos de allí veía satisfecho los agasajos de que era objeto Gladys, pues desde su llegada no se hablaba de otra cosa más que del «Caso Wollson» como lo llamaban.

Como a las once, cuando el entusiasmo estaba en todo su apogeo, con gran sorpresa de Gladys se encuentra en la terraza con la falsa Florence Willson, esta iba en compañía de Harry Dexter, que al ver a Gladys, palidece y dá con el codo a su acompañante; y con supremo esfuerzo se dirige a Gladys y con su acostumbrada amabilidad le salud, diciendo:

--«Me permite señorita Wollson que le presente a Mss Kahtleen Howard, una señorita de Washington que tiene muchos deseos de conocer a la heroína del día.»

Gladys no creía lo que veía y se preguntaba si era cierto lo que oía, o si estaría soñando. Nunca había visto semejante desfachatez. Una de dos: o Florence era una gran comediente y trabaja en compañía de Harry, o lo había engañado con su falsa personalidad y su deslumbrante belleza, y jugaba con él. Gladys no sabía qué pensar, su corazón le decía que debía resachazar la amistad de aquel hombre, que para ella era nocivo, pues Harry era enemigo suyo. Pero bien podía haberse equivocado y juzgar mal al pobre Harry, que tal vez era instrumento de esta mujer sin saberlo él. Si esto era cierto, era digno de lástima el pobre muchacho; pero de súbito su alma se reveló y con la rapidez de un rayo pasó por su imaginación la noche que «Los Trece» la citaron para venderla al Jorobado, y cuando ella descubrió a Harry en el jefe enmascarado. Su misma voz, sus ademanes, su cuerpo, y cuando ella lo acusó él púsose intensamente pálido y demudado, comprendiendo que había sido descubierto; pero no quiso darse por

vencido y siguió escondiéndose, hasta conseguir lo que tenía entre manos,

Gladys iba del brazo de Jim Davis uno de sus muchos admiradores e hijo del dueño de la casa. A éste le admiró mucho la mirada de soberbio desprecio con que Gladys acogió a la desconocida pareja y sin contestar ni una palabra a Harry se alejó de allí. Además: él jamás había visto las caras de aquellos personajes, y al alejarse de ellos dice a Gladys:

--«Gladys; ¿quiénes son esas personas con quienes hablaba Ud. hace un momento? Gladys, bastante extrañada mira a Jim y dice:

--«Pero, es posible que Ud. no los conozca; y cómo están invitados si no son amigos suyos?

—«Yo no los conozco, pero tal vez mi padre sepa quiénes son.»

---«Pues vea Jim; Este muchacho se llama Harry Dexter y lo conocí en la Habana; después hicimos el viaje en el mismo barco. La mujer que le acompaña creo que es una aventurera, y tengo sospechas de que es ella una que conspira para robarne mi capital; tengo la firme creencia de que fue élla la que me tendió el lazo para que yo cayera en poder de la banda de «Los Trece.»

«Pero Gladys, como no me lo dijo antes Ud. todo esto, cuando ellos estaban allí, yo hubiera llamado a la Policía y Ud., no tendría que temer nada de ellos. Les hubiéramos dado una buena lección para que en otra ocasión no se introduzcan en los sitios que están vedados para esa clase de gente.

--«No, no quise dar a Ud. y a sus padres un mal rato, además Hansell ese buen detective se ocupa de ese asunto, ¿y no le parece Jim que a él corresponde la gloria de capturarlos?»

...«Bueno, Gladys, voy a dejarla en compañía de Taylor por un momento y yo iré a ver si esos

La Perla de las Antillas

pájaros han desocupado el campo, y si no, los sacaré al sol».

A las 3 de la mañana, cuando regresaban a casa, Gladys cuenta a su padre lo que sucedió con Harry, del que sospechaba tanto ella como Jack y Hansell.

El día siguiente como a las 10 de la mañana Gladys y su amiga Dally salían a compras, era una mañana deliciosa, de fines del mes de abril; airecillo fresco y agradable, el Cielo de azul turquesa, los árboles comienzan a vestirse de verde; por doquiera se nota el anuncio de la esperada Primavera, que con ella vienen: los pajarillos, las flores y todas las delicias de la estación,

Nuestras dos amigas al llegar al Hall del Hotel se encontraron con el Teniente de Marina Walter Hughes el mejor amigo de Jack, Hughes leía el Evening Post al ver a Gladys acompañada de Dally se dirige a ellas y enseña a la primera de las dos muchachas el cuadro que tiene marcado con una raya roja y en la que se lee lo siguiente:

«El conocido Detective Inglés James Hansell acaba de conquistar un nuevo triunfo en su carrera policíaca con la captura del bandido Italo Masagetti muy conocido entre la canalla y en las Delegaciones de Policía: Además de Masagetti también cayeron en el garlito dos pájaros de cuenta.

Esta tarde les será tomada declaración a los reos y mañana daremos más pormenores del asunto; por lo pronto sólo diremos que Masagetti tiene varias cuentas que arreglar con la policía; y además es uno de los cómplices en el resonante secuestro del millonario Wollson. Hansell se anota una victoria más en su libro. Es el detective preferido por la sociedad elegante, el que con su potente inteligencia y su magnífica deducción no

se le escapa, el blanco de sus miradas, ni falla su gran talento policíaco.»—Gladys se sonrió satisfecha y dice a Huhges:

--«Ya vió este periódico Jack?».

--«No, pero podemos comprarlo en el primer puesto de periódicos que encontremos». Todos salieron alegres y subieron al carrito de Jack que los esperaba a la puerta. Gladys salió con la intención de visitar los mejores almacenes y hacer muchas compras. A las 5 de la tarde regresó al Hotel, sumamente satisfecha de sus gastos, pues se había gastado una regular cantidad, pero había sido empleada en las más encantadoras compras. Cuando subió a su habitación halla a su tía Luisa enumerando una infinidad de cajas de todos los almacenes, elegante de Broadway y la 5ª. Avenida. En los ticks leíase los famosos nombres de: «Macy's», «Saks & Co.», «Russeks», «Franklin Simón & Co.», «Gimbel Brothers», «Bloomindals», y así siguen una porción de firmas y nombres valiosos en el círculo del comercio.

Esa misma noche Gladys y su padre tenían una cita con Jack. Gladys se había propuesto conocer Nueva York de arriba a bajo, lo que se llama conocer; nó meramente por encima. A las 9 y media salieron del Hotel para el teatro, Jack quería que Gladys viera las maravillas de la temporada y ésta tocaba a su fin, llevóles a «The Vanities» de Earl Carroll's que tanto furor a hecho esta temporada.

Earl Carroll's tuvo que estar unas cuantas horas en prisión y pagar una fuerte suma de dollars para poder exhibir sus revistas que este año eran más llamativas y lujosas que los años anteriores, pero a la censura le pareció bastante indecente que las artistas se presentaran en escena casi completamente desnudas, pues era hasta cierto punto inmoral. Uno de los jueces obligó a Earl Carrolls

La Perla de las Antillas

a que quitara los cuadros más inmorales y a que pagara una cantidad por exhibir una obra bastante picante. Todos los periódicos se ocuparon del lío en que se metió Carrolls, pero éste no se preocupó lo más mínimo, pagó la suma impuesta por el juez, pero abrió su teatro al público que ansioso deseaba verlo que tanto quehacer había dado a los jueces. Todo esto le valió a Earl la más colosal entrada de la temporada, pues fué un réclame para «Vanities». En Estados Unidos todo es espíritu de novedad y el público neoyorquino anda siempre a casa de acontecimientos, a si es que «Vanities» gustó mucho, y todas las localidades se agotaban con anticipación.

Después del teatro Jack llevóse a su novia y a Wollson a «Monte Carlo»; un restourant elegante y que frecuentan altas personalidades de la sociedad neoyorquina. Nuestros amigos tomaron una mesa bastante central no lejos de allí estaban en otra mesa: Richard Graham, Jim Davis y Harold Jordan; un simpático y elegante muchacho que acababa de heredar una cuantiosa cantidad de millones y a quien agradaba gastar fuertes sumas en divertirse y divertir a sus amigos.

Richard después que entraron Wollson en compañía de Gladys y Jack, vió que una cara desconocida palidecía y unos ojos intensamente negros veían a Gladys con furor; la mirada despedía odio; quemaba como una llama y penetraba como un fuerte latigazo; todo esto procedía de una encantadora mujer tan blanca como el mármol y el cabello negro como el azabache. Richard desde que hizo este descubrimiento no se sintió tranquilo y dijo a sus amigos:

—Si yo necesitara de vosotros en un apuro me ayudarías?—Harold dice, «Que te propones hacer Richard? crees que estás en peligro?».

--«No es para mí; se trata de defender a unos amigos a quienes quiero mucho». Y señalando las personas que ocupaban una mesa cercana dice:

--Ellos son los que están en peligro» y levantándose, se acercó a Gladys y saludóles; después dijo aparte a Jack lo que había visto y lo que temía. Jack dijo a Graham que telefonara a Hansell para que viniera inmediatamente a Monte-Carlo con algunos de sus ayudantes, que allí estaba la falsa enfermera, la cómplice de el italiano Masagetti.

Media hora después llegó Hansell y dos agentes más, la falsa Florence no se había movido de su lugar y veía siempre a Gladys como queriéndola inmotizar, Gladys sentía la fuerza de aquella mirada, pero estaba advertida por Jack y no se preocupó.

Lola la Gitana (que nuestros lectores habrán reconocido en Florence Willson y en Kathleen Howaed) se mostraba en la plenitud de toda su seductora belleza. Ella comprendía que Hansell no llegaría a prenderla a Monte-Carlo; un sitio tan decente y frecuentado por gente elegante, pues sería un escándalo. Además, cuando la policía entrara se armaría un alboroto y ella tendría tiempo de escaparse por una de las puertas del salón; esto sería en caso de que Hansell la reconociera o tuviera alguna prueba de su complicidad en los asuntos de Moore. Pero Lola tenía demasiada confianza en Harry que le había prometido no comprometerla, o salvarla en caso que cayeran en garras de la policía, que eso era difícil según Moore. Lola estaba con una amiga y un caballero, cuando vio que Richard se le acercó a Jack, Lola tuvo un momento de sobresalto, pero notó que ninguno de ellos se volvió hacia ella, además no conocía a Graham, y no creyó que éste la conocía a ella demasiado.

La Perla de las Antillas

Después que habló Richard con Hansell por teléfono, dió instrucciones a sus amigos y cada uno de ellos se colocó en una de las puertas de el solón. Hansell vestía de etiqueta así como sus compañeros para poder entrar en Monte-Carlo Restorant y no llamar la atención de la concurrencia; al entrar sentáronse en una mesa que estaba desocupada y el detective inglés buscó con la vista el objeto de su visita al Restorant, poco tiempo buscó y al encontrarla se levantó y dirigióse a ella. Como se comprenderá, era Lola la persona que Hansell buscaba. Esta al ver al detective se excusó con sus amigos y se dirigió al tocador, pero con tan mala suerte que al llegar a la puerta un caballero le interceptó el paso y no le dió lugar a pasar, Lola no se desanimó y fuese a la siguiente salida y le ocurrió lo mismo. En ese mismo momento es acercó Hansell y llamándola por su verdadera nombre le pidió le concediera unos minutos. Ello quedóse blanca como un lienzo, pues nunca se imaginó que el detective supiera su legítimo nombre; y dando media vuelta quiso alejarse de allí, pero Hansell la tomó por un brazo y la obligó a quedarse en el mismo lugar.

--¿Lola, se ha figurado Ud. que a mi se me puede engañar como a un chino?—Lola haciendo un supremo esfuerzo sobre sí misma dice:

--¿Quién es Ud. para obligarme a retenerme aquí?, por quién me toma Ud?

--«Cállese la boca y no pregunte nada, pues no le conviene—y desabotonándose el Smoquin enseñó a Lola la placa de detective. Esta comprendió que no había medio posible de escapar y siguió a Hansell, quien la hizo entrar en un auto que los llevó a la Delegación Central de Policía.

El jueves siguiente a eso de las 10 de la noche en el Salón Rosado del Hotel «Waldorf Astoria»

el Hotel más grandioso de New York, único en su género. Daba esa noche un suntuoso baile en honor de Gladys obsequiado por los socios de «Wood National Company». Al que asistieron altas personalidades de la elegante sociedad y de la banca; hubo gran derroche de lujo, elegancia, distinción y belleza. Wollson anunció el compromiso matrimonial de su hija con Jack Taylor. Tanto Gladys como Jack fueron muy felicitados por tan grato acontecimiento.

Una semana despues Gladys estrenaba su nuevo automóvil, un Hispano-Suizo, siendo este un coche de los más elegantes y lujosos. En momentos que ella paraba a la puerta de la Public Library situada en la esquina de la calle 42 y Quinta avenue, cuando Hansell capturó a Harry Dexter y tomó un taxi con dirección a la central de Policía para poner en manos de la Justicia al bandido Jefe de la Banda de «Los Trece»,

Al día siguiente los periódicos ocuparonse de la gran captura del ladrón elegante Harry Dexter como era conocido en algunos Hoteles, Clubs y Residencias particulares. El detective inglés James Hansell tenía a su cargo la captura del invicto campeón del robo; se descubrió ser él el Jefe de la misteriosa banda llamada «Los Trece» y trabajaba con el nombre de Moore; este era nombre de guerra así como el de Harry Dexter; pero el suyo verdadero es Guido Falconi, autor de el resonante secuestro del millonario Albert Wollson:

Un mes después a las 5 de la tarde se efectuaba en la Catedral de San Patricio el matrimonio de Gladys Wollson y Jack Taylor.

XIII

Reconciliación

Tres meses después; el 2 de Septiembre, una mañana de Verano, caliente, el sol empezaba a quemar, de repente soplaban un aire fresco que refrescaba la atmósfera. Como a las 11 de la mañana estaba concurrido el gran Muelle de la Cunard Line, una Compañía Transatlántica Inglesa. El grandioso «BERENGARIA» estaba anclado. Entre la infinidad de pasajeros que el barco traía de Europa, venían Jack Taylor y Gladys que regresaban de Venecia (Italia) a donde fueron en viaje de bodas.

Wollson tenía reservada una agradable sorpresa a Gladys, y en Long-Island donde están las residencias de los millonarios Newyorkinos, había comprado un encantador palacete y habíalo alajado con elegancia y lujo. Este era el regalo de boda que hizo a su hija. En esta encantadora residencia estaba una persona que esperaba la llegada de Gladys. Era un caballero de mediana edad,

de agradable y elegante continente. Con él estaban una deliciosa personita; Amy y Edward un apuesto muchacho. Esperaban con impaciencia la hora en que debía llegar Gladys y su esposo. Tenía grandes deseos de conocer a su prima; la gran heroína como la designaban.

Cuando Gladys con desbordante alegría hizo su entrada en su casa, su padre la presentó a su hermano y los hijos de éste.

Gladys queda agradablemente sorprendida y se siente doblemente feliz. Toma con una mano a su padre y con la otra a su tío William y sentándose en un sofá dice a su padre:

--«Darling», quiero que me expliques cómo has podido dar con nuestra querida familia?»

--«Con el mayor gusto mi querida pequeña. Pero creo que sería mejor que William te lo diga pues él lo haría con más facilidad.

--«Hágalo Ud. tío William, papá está muy emocionado»

--«Yo vivo en Poughkeepsie. Por los periódicos me enteré de la desaparición de Albert, y en el acto dediqué el mayor tiempo a recoger informes de Albert, pues los periódicos hablaban de el millonario Wollson, y yo no creía que mi hermano fuese un gran capitalista y creí que era una equivocación en los nombres; pero seguí recogiendo informe con todas las Compañías de seguros, en los Hoteles en las Compañías de vapores, pero me fue imposible conseguir nada que mediera un indicio, y esperé el desenlace de los nuevos acontecimientos que habían venido a llenar mi tranbuila existencia. Poco tiempo después supe que el millonario Wollson había sido rescatado de manos de una banda de malhechores, y dieron algunos pormenores de la vida de Wollson; estos pormenores me trajeron mucha luz en mis deducciones y luego el «Sum» publicó una fotografía de el se-

La Perla de las Antillas

cuestrado; en el acto que la vi, reconocí a mi hermano en el millonario Wollson. Pero en esos días mi esposa estaba en cama gravísima y no me fué posible ocuparme de ningún otro asunto.

--«Yo vivía pendiente de lo que decían los periódicos con respecto a Wollson. Supe tu matrimonio pero no quise decirte nada de mí en esos días y dispuse esperar que pasaran algunos días más. Por fin cuando mi esposa se restableció, convenimos con ella en que yo vendría a New-York y buscaría a mi hermano. Fuíme directamente a la Oficina General de Investigaciones, y allí me dieron todos los datos que yo necesitaba, después me dirigí al Hotel Commodore y tuve la suerte de encontrar a Albert que preparaba su viaje al Niágara Full, mi hermano al verme me reconoció aunque yo estoy bastante cambiado.

Ese fué día feliz para mí y lo celebramos gratamente. Albert me presentó a tu tía, que dice es tu segunda mamá. Con sentimiento regresé a Poughkeepsie y conté a mi Elisabet lo dichoso que me sentía al encontrar a mi hermano y éste se hallaba satisfecho del paso que yo había dado para encontrarlo. Seguí viniendo con más frecuencia a New York y cuando avisaste tu regreso convenimos en que yo traería a mis hijos para que los conocieras y esperáramos aquí en tu casa la llegada tuya. Tu tía Elisabet no pudo venir para felicitarte por tu matrimonio, pero me encargó te diera de su parte este objeto para que lo uses en su nombre.»

Y entregando un pequeño estuche de terciopelo dice;

«Este medallón fué de mi madre y me fue entregado a mí para que si algún día yo encontraba a Albert, lo depositara en sus manos pero, mi esposa dice: que tú eres la llamada a ser la depositaria de él.

De los ojos de Gladys brotaron lágrimas de esternecimiento y con muestras de gran emoción, dió las gracias a su tío, e hizo prometer a Jack que pronto la llevaría a Poughkeepsie a conocer a la tía Elisabet.

La tía Luisa se siente celosa del cariño de Gladys, y llamando a ésta aparte, dícele:

—«Gladys, no me taches de egoísta, pero creo que como tu segunda madre que soy, estoy en el derecho de recordarte el cariño que me debes y que yo reclamo legítimamente, y no lo repartas así como así, entre los nuevos familiares q' ahora tienes y me dejes relegada al olvido, pues entonces me moriría de pena.»

Gladys abrazándola cariñosamente y besándola en las mejillas dice:

--«No tiíta querida, a tí jamás dejaré de quererte; por tí siento un inmenso amor y respeto como el q' le tendría a mi madre si estuviera viva; no te debe preocupar el que yo tenga cariño o consideraciones para otras personas y más, tratándose de miembros de mi familia. Además; acaban de hacerme el obsequio más valioso para mí, un recuerdo de mi abuelita para mi padre y de que yo sabré ser fiel guardián».

---«Hijita estoy muy satisfecha de ti, y te prometo no volver a dudar de tu gran cariño hacia mi».

---«Cuéntame tía mía? que te parece New York? dice Gladys para variar de conversación.

---«Oh, Gladys! esto es asombroso! me siento tan a mi gusto aquí, que será difícil que me alejen en algún tiempo de este paraíso. Tu padre y yo estuvimos en el Niagara Full casi unos veinte días, después fuimos a Atlantic City allí pasamos un mes delicioso, y por último visitamos Miami (Florida), oh, ¡qué balnearios! que belleza, que grandeza, que lujo, todo allí es encantador, se pasa una

La Perla de las Antillas

vida deliciosa, se goza tanto y se gasta tanto que todo parece un sueño. Cierro los ojos y me parece que estoy en algún lugar de aquéllos. Mira te voy a contar lo que me pasó en Miami: en el Hotel "Bellevue" en que estábamos, al principio me tomaron por la esposa de tu padre, y algunas damas decían para designarme: Mrs. Wollson o "la esposa de Wollson". Imagínate que gracioso! la tía Luisa se convierte de la noche a la mañana en la Sra. Wollson millonaria americana, como quisi yo fuera la Cenicienta? Qué te parece todo esto Gladys?"

---"Que así debía de ser, y te voy a decir; que cuando recibí tu carta en la que me decías que los dos estábais gozando mucho y que tú eras muy dichosa. Pensé: que si algunos momentos pasados en compañía de mi padre te hacía tan dichosa. pues mucho más serías si tú fueras su esposa.

---"Pero Gladys! de dónde sacas tú esas conclusiones? no comprendes que eso no puede ser así. Y no creo que Wollson piense en mí".

---"A que viene tía, el llamar a papá por su apellido y no Albert como siempre lo llamaste?"

---"Oh Gladys! no creas que soy pretensiosa, pero te diré: que en mi tiempo yo tuve muchos novios y que aún hoy día hay quien diga que todavía estoy aceptable. Y tú verás: que aunque tengo 37 años no estoy vieja para mi edad verdad? Pues Alberto no dirá que tiene una vieja y fea no..... digo cuñada".

Gladys suelta una alegre carcajada y dice:

---"Lo ves tía; tú boca te traiciona, tu estás enamorada de papá, y no hay que hacer, tú te casarás con él".

La tía Luisa entre seria y sonriente dice con entusiasmo:

María Guadalupe Cartagena

--“Gladys tú te has vuelto loca no hay duda, cómo tienes la osadía de decir que yo estoy enamorada de Albert!”.

---“Porque lo estoy viendo en tus palabras y lo leo en tus ojos. Yo soy dichosa tía, y quiero ver, y hacer feliz a todos los que pueda. Mira tía; yo hablaré con papá y todo se arreglará, yo te casaré cueste lo que cueste”.

--“Es que todo lo que dices es risible, es ridículo, como crees que Albert se case conmigo sólo por darte gusto”?

---“Oyeme tía Luisa; yo soy muy experta en amor y puedes confiar en mí: ¿dime como principiaron vuestros amores con papá?”.

La tía Luisa intensamente pálida y con cara de susto dice:

---“Gladys no te burles de mí, pues cómo quieres que te diga de qué modo empezaron mis amores con tu padre cuando no ha habido nada”?.

---“En fin, de todos modos yo hablaré con papá y si él no te ama, te amaré, tenlo por seguro. Déjame esto por mi cuenta y con la ayuda de Jack haremos lo que falta por hacer”.

La tía se pone toda nerviosa y dice con admiración:

--“Pero Gladys? tú vas a comunicar a todo el mundo que yo amo a tu padre y me tacharán de ambiciosa, no, mil veces no, a ese precio no quiero nada, yo estoy feliz con verte dichosa a ti y cuando tú tengas tus hijos yo seré su abuela”.

---“Si tía; para que tú seas la abuelita de mis hijos si algún día los tengo, es necesario que tú te cases con papá”.

---“Bueno Gladys si tu te empeñas que voy hacer? no puedo negarte nada, y por verte feliz haré lo que tú quieras”.

La Perla de las Antillas

Gladys muy satisfecha, da las gracias a su tía con cariñosos besos. En ese momento entra Wollson y variando de conversación dice Gladys:

---“Dime tía”, ya conociste bien Nueva York para podérmelo enseñar? creo que serás un buen Cicerone?”.

---“Ah Nueva York! tiene tantas bellezas que será muy ciego el que diga que no conoce la grandeza de el gran New York. Por mí, sé decirte; que es espléndido, fastuoso, lujoso, bellissimo, y todo lo grande que se pueda desear se encuentra en New York a mi modo de ver creo que la gente que dice que New York no vale la pena de conocerse, es porque no saben dar el verdadero valor a las cosas o no saben apreciarlo. New York se puede ver y gozar de toda su grandeza: con bastante dinero, con gusto, y con algo de tiempo; hay diversiones para todos los gustos y deseos, y al alcance de todas las personas; cada cosa en su lugar y cada uno en su género. Un día fuimos a Coney-Island ¡cómo se divierte allí la gente! tanto en la playa como en la ciudad todo es alegría, bullicio, las personas van de un lado a otro y sólo piensan en gozar, miles de almas se reúnen en el delicioso paseo de verano. Quien viene a New York y logra conocerlo en toda su esplendidez se siente atraído por el poderoso imán que tienen los norteamericanos para agradarnos. Mira, cuando yo regrese a la Habana diré con gusto: conocí New York tal como se debe conocer; y no fui a estar en un elegante Hotel y no salir sino para comprarme algunos trajes y volverme después a mi país y decir: ¡Oh New York! no es lo que yo me había imaginado, no tiene nada digno de nombrarse, es una ciudad de mucho movimiento, es una ciudad puramente comercial,

María Guadalupe Cartagena

con sus rascacielos lo llena todo; los americanos no se preocupan más que por amontonar casas y más casas y de hacerse ricos. ¡Oh que vaciedad! ¿dónde está la inteligencia de la humanidad? es la poca costumbre de apreciar lo bueno. En fin que haremos? no podemos cambiar el modo de pensar de la humanidad”.

FIN.

FE DE ERRATAS

PAG.	LINEA	DICE	DEBE DECIR
17	25	camita rezando	camita rezaba
17	36	Mr. Wollolson	Mr. Wollson
21	12	la primera	la puurta
28	27	Y sacándose	Y sacando
33	11	a Cladys	a Gladys
33	18	a conseguir la	a conseguirla,
37	12	al salir	y al subir
42	15	elegante, sablo,	(elegante, sobrio)
51	3	La cosa	La casa
55	23	apenas penerar	apenas penetrar
60	29	la segúa	la sigue
63	34	y buena—	y salva
96	11	Elinor	Elinor
101	6	acontecimientos el	acontecimientos le
108	36	Nº 142	Nº 147
109	38	Nº 142	Nº 147
123	39	—«Tía, Hansel	—«Tía, Hansell
127	19	la nursla	la nursse
135	12	las 6	las 7
135	14	hace en	hace esquina en
137	13	el Country	el County
141	21	el Grea	el Great
141	29	dieran a	dieran al
143	9	su padre	su padre
143	11	los muables	lcs muebles
149	6	gos; erau	gos; eran
149	25	pital dobde	pital donde
150	12	la Habanana	la Habana
153	24	debía resachazar	debía rechazar
157	16	un restourant	un restorant
158	20	Howaed)	Howard)
159	19	minutos. Ello	minutos. Ella
164	38	pasa uua	pasa una
167	20	Ciceronne?"	Cicerone?"
167	20	a Coney-Islan	a Coney-Island

